SEBASTIAN HAFFNER

LOS SIETE PECADOS CAPITALES

DEL IMPERIO ALEMÁN EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL



Un libro que analiza los siete pecados capitales que condenaron a Alemania en el estallido y desarrollo de la Primera Guerra Mundial. Un ensayo histórico de primera magnitud escrito por el autor de Historia de un alemán.

«No es cierto que los disparos en Sarajevo provocaran la Primera Guerra Mundial», afirma Sebastian Haffner en este lúcido ensayo sobre los orígenes y el desarrollo de esta guerra que clausuró una visión política del mundo y condicionó el futuro de Europa. El autor de Historia de un alemán indaga en los siete pecados capitales que cometió Alemania en la germinación y el desarrollo de esta devastadora contienda, y responde a preguntas clave para entender ese periodo y a través de él la evolución de la historia europea en el siglo XX: ¿Cuáles fueron las verdaderas causas de la Primera Guerra Mundial?, ¿se hubiera podido evitar?, ¿cómo diseñaron las grandes potencias sus estrategias de poder?, ¿en qué erraron sus cálculos unos y otros?, ¿qué mundo clausuró esa guerra y qué mundo emergió de ella? La intención de Haffner no era ni un realizar una condena moral del gobierno del Reich ni aclarar la llamada cuestión de la culpa en la guerra. Para él era más importante señalar las desastrosas decisiones equivocadas, de graves consecuencias, «los siete pecados mortales», de la política del Reich: el abandono de la política de Bismarck, el plan Schlieffen, la desperdiciada posibilidad de paz de 1916, la ilimitada guerra de submarinos, la bolcheviquización de Rusia, la desaprovechada oportunidad de reducir la guerra a una sola frontera tras la paz de Brest-Litovsk, la actitud ante la derrota al finalizar la guerra… En este magistral ensayo Haffner rompe clichés, cuestiona lugares comunes, desmenuza las medias verdades y propone una nueva visión

política del origen y el desarrollo del conflicto, que nos sirve para comprender el pasado y para analizar con más precisión el presente.



Sebastian Haffner

Los siete pecados capitales del Imperio alemán en la Primera Guerra Mundial

ePub r1.0

j666 03.03.14

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Die sieben Todsünden des Deutschen Reiches im Ersten Weltkrieg*

Sebastian Haffner, 1964

Traducción: Belén Santana López

Retoque de portada: j666

Editor digital: j666

ePub base r1.0

Edición digital: ePubLibre, 2014

Conversión pdf: FS, 2020





PROLOGO

1914-1964. Las efemérides han concluido, los artículos conmemorativos ya se han escrito. Quien los haya leído habrá constatado un hecho: Alemania no ha superado el acontecimiento que supuso la Primera Guerra Mundial, un hecho que permanece en su estómago, más indigesto e indigerible que nunca. Esta vivencia no se ha asimilado; su recuerdo no provoca ningún aprendizaje ni reflexión, sino sentimientos y estados de ánimo.

Las viejas leyendas, desde «el cerco» hasta «la puñalada por la espalda», no han muerto. Los mayores siguen renovando como entonces la herida de la «mentira sobre la responsabilidad de la guerra», cuestionan la derrota (cuya aceptación no resultó fácil después de tantas victorias) y reniegan de su suerte.

Los jóvenes no saben ni quieren saber. Consideran que ni siquiera la Segunda Guerra Mundial tiene que ver con ellos, así que no digamos la Primera. Para ellos no es más que una antigua leyenda.

Sin embargo, se trata del principio de una historia que aún no ha terminado, ni siquiera para los más jóvenes entre nosotros. Con la Primera Guerra Mundial comenzó el proceso de autodestrucción alemán aún en curso. Fue entonces cuando Alemania empezó a cometer los errores que, desde entonces, han ido degradando su posición en el mundo,

errores que sigue cometiendo hoy.

Todo el que sufre un grave revés en la vida suele preguntarse después: «¿Qué he hecho mal?». Y no se lo pregunta para castigarse ni humillarse —sabe Dios que ya ha sufrido castigo y humillación suficientes—, sino para aprender de sus errores. Si omite la pregunta, volverá a cometer los mismos fallos una y otra vez.

Los alemanes la han omitido y, por tanto, han repetido los mismos errores. En lugar de cuestionarse por qué se embarcaron en la guerra y luego la perdieron, se han convencido una y otra vez de que ellos no fueron culpables y de que, en realidad, la habían ganado. El resto, todo lo demás, fue fruto del «destino».

Pero ni la guerra ni la derrota fueron fruto del «destino», sino el resultado de cálculos erróneos, decisiones equivocadas y medidas incorrectas por parte de unos gobiernos alemanes que, en su mayoría, contaron con la aprobación de la opinión pública. Hoy, desde la distancia, es tan fácil reconocer los graves errores de la política bélica y prebélica alemana y de la gestión del conflicto como divisar a simple vista la cima de una sierra lejana. Sólo hay que querer mirar directamente.

Mirar, no volver atrás. Quien desee acusar o exculpar personalmente a los actores de entonces deberá conceder que mucho de lo que hoy puede verse con claridad no fue perceptible ni previsible en aquel momento, pero aquí no se trata de eso; no queremos juzgar, queremos aprender, aprender por fin de una experiencia dura y difícil, por la que se pagó un alto precio. Quien esté dispuesto a hacerlo no deberá vacilar ante el argumento de que todo es más fácil a toro pasado. ¡Ojalá fuera así! Puede que el conocimiento *a posteriori* sea algo demasiado simple pero, en todo caso, vale

más que aferrarse a un error. Lo más tonto que se puede hacer es seguramente olvidar aposta todo lo que uno ha vivido para luego continuar sabiendo tan poco como antes.

«¡Pero tampoco es que los otros fuesen mejores, también cometieron errores!». Es probable que así fuera, pero para alguien que quiera aprender de su propia desgracia eso carece de interés. Los alemanes jamás se verán en la situación de repetir los errores cometidos entonces por Inglaterra, Rusia, Francia o la antigua Austria. Son sus propios errores los que arrastran y los que deberían interesarles para evitarlos en el presente y en el futuro. Que cada uno se ocupe de lo suyo.

EL ALEJAMIENTO DE BISMARCK

El primero de los grandes errores que cometió Alemania fue, para empezar, provocar la Primera Guerra Mundial, y eso es exactamente lo que hizo.

Esto no tiene nada que ver con la cuestión de la «responsabilidad de la guerra». Después de la Primera Guerra Mundial hablar de «responsabilidad de la guerra» por parte de los vencedores es falso e hipócrita. Este tipo de responsabilidad presupone un delito y, por aquel entonces, la guerra no constituía delito alguno. En la Europa de 1914 la guerra era todavía un instrumento legítimo, bastante honorable e incluso glorioso. Tampoco es que fuese en exceso impopular; de hecho, la guerra de 1914 no lo fue en ningún sitio. En el mes de agosto de 1914 se oyeron gritos de júbilo no sólo en Alemania, sino también en Rusia, Francia e Inglaterra. En aquel momento todos los pueblos tuvieron la sensación de que volvía a tocar una guerra, así que recibieron su estallido con un sentimiento de liberación. Sin embargo, la responsable de que hubiese llegado el momento fue Alemania.

La gran escisión entre la paz y el periodo prebélico había tenido lugar alrededor del cambio de siglo, y lo que cambió entonces fue la política alemana, nada más.

Las últimas décadas del siglo XIX habían sido de las más pacíficas en la historia europea, lo cual en gran medida

también se había debido a la política alemana. Bajo el mandato de Bismarck e incluso en los primeros años transcurridos tras su retirada, la política alemana había sido totalmente pacífica y Europa había disfrutado de esa paz. Sin embargo, a partir de 1897 aproximadamente se produjo una grave ruptura en la política alemana: de pronto dejó de ser pacífica y, desde entonces, Europa ya no tuvo una paz segura, sino que vivió una crisis tras otra, siempre a la expectativa de que estallase una guerra.

Esto no significa que en las décadas anteriores no se hubiesen producido tensiones, pues éstas siempre existen en un sistema de Estados soberanos. Uno de los motivos de tensión más antiguos y asimilados era, por ejemplo, la «cuestión del Este»: el ansia independentista de las naciones balcánicas que llevaba al lento desmoronamiento del Imperio otomano y amenazaba al reino de los Habsburgo. Rusia exigía la emancipación de los eslavos balcánicos; Austria e Inglaterra trataban de frenarla, la una porque se sentía directamente amenazada desde lejos y la otra porque quería impedir el acceso de Rusia al Mediterráneo. Alemania actuó de mediadora. Todo aquello era sobradamente conocido y estaba más que ensayado.

No merecía una guerra. Cada vez que se producía una nueva sublevación o un nuevo incidente en los Balcanes entraba en acción el «concierto europeo» de las grandes potencias y las cosas se arreglaban de una forma u otra. Así había sucedido durante décadas y así podría haber seguido ocurriendo otros tantos decenios, también en 1914.

En la propia Alemania reinaba otra situación de tensión, pues allí donde siempre había estado Prusia, la menor de las potencias europeas, a partir de 1871 se encontró de pronto la

potencia mayor y más fuerte: el Imperio alemán. Este cambio supuso una tremenda sacudida para el acostumbrado equilibrio europeo, y haberlo producido sin provocar una guerra había sido toda una proeza. No obstante, aún fue más difícil que Europa se acostumbrara a esta nueva relación de fuerzas. Bismarck todavía fue consciente de tal dificultad, que logró superar mediante una política en extremo cautelosa y sabia que limitó e hizo visibles los intereses de Alemania y evitó cuidadosamente pisar a las demás potencias. Bismarck generó confianza en el nuevo Imperio alemán, pero sus sucesores suscitaron una desconfianza generalizada. Si se desea saber en qué consiste una política alemana de paz, basta analizar la política de Bismarck después de 1871. Para darse cuenta de que la política de sus sucesores no fue del mismo signo basta compararla con la de Bismarck. Por supuesto que los sucesores de Bismarck, a diferencia de Hitler, no buscaban la guerra por la guerra; sin embargo, a diferencia de Bismarck, ellos sí aspiraron entonces a unos objetivos que no eran alcanzables sin pasar por un conflicto armado.

Bismarck fue en todo momento consciente de que Europa no siempre había dado por supuesta la existencia de un Imperio alemán. De hecho, él mismo fue el responsable de que el Imperio alemán naciera con la «enemistad secular» con Francia esperándole en la cuna. También desde 1878 la otrora buena relación con Rusia estaba enturbiada, de forma que Alemania se había visto obligada a aliarse con Austria. A partir de aquel momento dos peligros flotaban constantemente en el aire: una alianza entre Rusia y Francia o una guerra entre Rusia y Austria en la que Alemania pudiera verse envuelta. Durante su gobierno, Bismarck supo evitar ambas amenazas gracias a un cuidado y virtuosismo infinitos.

Jamás habría concebido la posibilidad de casi *provocar* junto con Austria una guerra contra Rusia y Francia, ni mucho menos la de enfrentarse a Inglaterra sin necesidad. Sin embargo, sus sucesores hicieron ambas cosas, lo cual no supuso ningún delito; es más, según las convenciones del momento estaban en su perfecto derecho de hacerlo, pero fue un terrible error y, al mismo tiempo, la causa de la Primera Guerra Mundial.

Todo pecado empieza siendo de pensamiento y todo error comienza siendo de lógica. Eso mismo ocurrió en este caso. Antes de que se modificara la política alemana cambió la forma de pensar del país. Ya no existía esa sensación de Estado pleno. Había un sentimiento de insatisfacción, de carencia y, al mismo tiempo, se percibía una fuerza creciente. Las ideas de «cambio radical», de una «*Weltpolitik*» (política mundial) y de una «misión alemana» se apoderaron del país y generaron todo un clima de resurgimiento y estallido, expresado primero por medio de libros y artículos de periódico, lecciones magistrales, manifiestos y la fundación de diversas asociaciones y, más adelante, también a través de decisiones políticas y acciones diplomáticas. Aproximadamente a partir del último lustro del siglo XIX toda la orquesta alemana comenzó a tocar de pronto una nueva pieza musical.

Las relaciones de paz mantenidas en el siglo XIX pueden resumirse en una sola frase: dentro de Europa reinaba el equilibrio y fuera de Europa reinaba Inglaterra. Bismarck nunca quiso dinamitar este sistema, tan sólo pretendió integrar en él un Imperio alemán unificado y poderoso, cosa que consiguió. Sus sucesores quisieron reventar el sistema y sustituirlo por otro de modo que, en el futuro, la divisa rezase:

fuera de Europa reina el equilibrio y dentro de Europa reina Alemania.

En la Europa continental Alemania ya no debía ser una más entre iguales, sino una potencia rectora y salvaguarda del orden establecido. Sin embargo, en aguas internacionales y en las tierras de ultramar Inglaterra ya no había de ser la potencia hegemónica, sino sólo una más entre iguales. Según la seductora teoría que las mejores cabezas pensantes de los ámbitos académico y periodístico de la Alemania de entonces llevaban enunciando desde finales de los años noventa y sus constantes nuevas versiones, el antiguo sistema de equilibrios europeo debía entonces, en la era del imperialismo, ampliarse a un sistema de equilibrios mundial. Este nuevo sistema requería arrancar a Inglaterra una serie de concesiones, las mismas que, varios siglos atrás, el sistema de equilibrios europeo había logrado arrancar a las otrora grandes potencias coloniales (España y Francia). «No deseamos hacer sombra a nadie, pero nosotros también queremos un lugar bajo el sol», y además obtenerlo no como hasta entonces, por la gracia de Inglaterra. De ahí la gran flota bélica que Alemania creyó de pronto necesitar y comenzó a construir. «Nuestro futuro está sobre las aguas».

Bien, de acuerdo. ¿Por qué no? La hegemonía británica sobre las aguas propias y de ultramar no obedecía a un mandato divino; en ninguna parte estaba escrito que no fuese a llegar el día en el que este dominio tuviese que hacer sitio a un nuevo sistema. Lo que ocurría es que Alemania, en realidad, no estaba enfrentada a Inglaterra. Inglaterra no le había hecho nada a Alemania y tampoco es que se disputara con ella sus escasas colonias. Por otra parte, es obvio que no cabía esperar que Inglaterra renunciase a su hegemonía de

forma pacífica. Así, no es que fuese muy difícil prever que Inglaterra se convertiría irremediablemente en un enemigo si alguien ponía en duda su supremacía mundial sin motivo aparente. Además, ¿acaso Alemania no tenía ya bastante con la enemistad heredada con Francia y Rusia?

En el periodo anterior cercano a 1900, cuando en Berlín se tomaron las decisiones funestas, esta situación de hostilidad era lógicamente soportable. Bien es cierto que la alianza franco-rusa que Bismarck había sabido evitar durante doce años pronto se constituyó tras su retirada, pero entre Rusia y Francia por un lado y Alemania y Austria por otro reinaba un equilibrio; es más, tal vez hasta podría hablarse de un ligero desequilibrio a favor de Alemania, pues ésta seguía fortaleciéndose por sí misma mientras que Rusia (aunque también Austria) iba debilitándose a causa de sus crisis internas. En cualquier caso no se puede afirmar que la alianza bilateral franco-rusa estuviese en pie de guerra.

Sin embargo, es evidente que podría estarlo si Alemania se enfrentaba a un nuevo enemigo: Inglaterra. Ambas cosas, es decir, un conflicto mundial con Inglaterra por obtener «un lugar bajo el sol» y un conflicto europeo con Francia y Rusia por el dominio continental eran, sin duda alguna, demasiado para Alemania, incluso para una Alemania tan poderosa como la de 1900, eso se detectaba a simple vista. De no estar ya satisfecha con los logros de Bismarck, Alemania al menos tendría que haber elegido.

Todavía en 1900 Alemania había tenido la oportunidad de sofocar el conflicto recién iniciado con Inglaterra y establecer en su lugar una alianza con este país, alianza que le fue ofrecida. Es probable que este pacto hubiese provocado antes o después una guerra de dos frentes en Europa, pero tal cosa

habría sucedido con Inglaterra como aliado y, por tanto, con posibilidades reales de lograr la victoria. Alemania rechazó la propuesta, dando así a Inglaterra la señal definitiva de que el desafío alemán iba en serio.

Pero si realmente iba en serio, Alemania tendría que haber tratado de reconciliar a Francia y Rusia y de convencerles para participar en una alianza contra Inglaterra. Esta oportunidad no se le presentó, así que Alemania tendría que haber tomado la iniciativa, cosa que no hubiese resultado difícil, pues dentro del nuevo sistema de equilibrios imperial que Alemania quería instaurar a costa de Inglaterra, Francia y Rusia habrían sido aliados por necesidad e incluso habrían tenido algo que ganar. En lo que respecta a la flota y a las colonias, hasta 1900 ambos países habían sido para Inglaterra unos rivales más serios que Alemania, de modo que una alianza continental frente a Inglaterra no era del todo impensable.

No obstante, si Alemania hubiese querido promoverla, tendría que haber pagado el precio correspondiente: devolver a Francia los territorios de Alsacia y Lorena, o por lo menos Lorena; dejar a Rusia actuar libremente en los Balcanes y puede que incluso hubiese tenido que contar con un futuro reparto del reino de Habsburgo con Rusia. El que quiera jugar al ajedrez no ha de temer sacrificar sus piezas.

Alemania no pensó en ello en el sentido más literal del término: no se permitió idear nada al respecto, le resultaba algo inconcebible. Se sentía demasiado fuerte. Creyó tener ya en el bolsillo la mitad del liderazgo y la hegemonía continentales necesarios para un combate internacional contra Inglaterra. Además confió en que Inglaterra jamás se alinearía con Francia ni mucho menos con Rusia, pues sus posiciones se antojaban demasiado opuestas. A los dirigentes alemanes

de 1900 se les subieron demasiado los humos y lo mismo le ocurrió a la opinión pública. Sin embargo, esta actitud les pasó factura, pues fue Inglaterra la que sacrificó frente a Francia y Rusia aquello que Alemania había considerado innecesario para convertir a sus enemigos en aliados. En 1904 Inglaterra, puso fin, no sin sacrificio, a sus conflictos coloniales con Francia; en 1907 hizo lo propio con Rusia. Así, Alemania se vio «cercada» y no es injusto afirmar que ella misma fue la responsable.

Ése habría sido el momento justo de recapacitar y ceder. Aún no había sucedido nada irrevocable, nadie estaba preparado para una guerra. Entonces todavía era posible aflojar el nudo que se estaba apretando y soltarlo cuidadosamente. Sin embargo, tanto entonces como ahora, el hecho de tener que adaptarse a las circunstancias, renunciar a objetivos inalcanzables, ser capaz de admitir un cálculo erróneo y abandonar con cautela una senda de fracaso político nunca fue el punto fuerte de Alemania. Es mejor doblar la apuesta, ir de cabeza contra el muro.

A la entente anglo-francesa de 1904 siguió la crisis marroquí de 1905; a la alianza anglo-rusa de 1907, la crisis bosnia de 1908. Los detalles y los detonantes de estas crisis carecen hoy de interés, sólo importa una cosa: en ambas ocasiones Alemania amenazó a los nuevos aliados de Inglaterra con ir a la guerra; en 1905 a Francia y en 1908 a Rusia. En ninguno de los dos casos fue una amenaza seria. Alemania sólo pretendía intimidarles y demostrar su superioridad militar, cosa que logró, no sin éxito, en ambas ocasiones. En 1905 Francia retrocedió ante las «relucientes huestes» alemanas y Rusia lo hizo en 1908, por supuesto a regañadientes y con la firme decisión de procurar que no les

ocurriese una segunda vez, pero las maniobras de intimidación siempre pasan factura. A partir de ese momento se puso un rumbo directo hacia un serio conflicto bélico.

Así, fue entonces cuando la vieja oposición continental que llevaba mucho tiempo casi dormida se convirtió en material inflamable. De pronto estuvo claro que Alemania aún tendría que luchar por una hegemonía continental que hasta el momento había creído suya como por generación espontánea. Fue entonces cuando comenzó la carrera armamentística en tierra. Todos los hombres de Estado empezaron a prepararse para la guerra. Tras la segunda crisis marroquí de 1911, en la que Inglaterra se alineó abiertamente con Francia por última vez, Europa vivió un clima prebélico muy intenso: aumento de tropas en Alemania, servicio militar de tres años en Francia, profundo rearme también en Rusia, todo ello acompañado de la correspondiente melodía mediática. La pregunta ya no era «si» sucedería, sino sólo «cuándo» y «cómo». No obstante, era obvio que, en lo que concierne al armamento terrestre tal y como estaba concebido, Alemania incrementaría su fuerza relativa hasta 1914, pero después de ese año hasta 1916 ó 1917 aproximadamente su fuerza remitiría, en especial respecto a Rusia.

Detengámonos aquí un instante. Hemos llegado al momento en el que la guerra está a la vuelta de la esquina. La Europa pacífica de finales del siglo XIX ha experimentado tremendos cambios. En todas partes hay «partidarios de la guerra», no sólo en Alemania; se trata de grupos de gobernantes que consideran la guerra inevitable y ya no tratan de impedirla, sino sólo de intervenir en el momento más favorable y en las mejores condiciones y de culpabilizar, a ser posible, al adversario. También en Alemania, como en todas

partes, hay además gobernantes temerosos del desastre que se avecina que albergan la esperanza, cada vez menor, de lograr al menos aplazarlo. Y en Alemania estos últimos tienen incluso especial motivo para actuar así, pues la perspectiva de enfrentarse a tres grandes potencias enemigas se ha vuelto realmente escalofriante. Por lo tanto, resulta comprensible que Alemania se sintiera acorralada y comenzase a caer en ese estado de desesperación en el que uno ya sólo piensa en «abrirse paso sea como sea».

Sin embargo, el detonante de este cambio fatídico partió claramente de Alemania. El primer error decisivo que cometió Alemania (mucho antes del estallido de la guerra) fue el alejamiento de la política de Bismarck.

Bismarck consideró que con la fundación del Imperio alemán el país había logrado una situación óptima. En 1887 declaró: «Somos uno de los Estados satisfechos, no tenemos necesidades que pudiésemos cubrir con el sable». La política llevada a cabo a partir de 1871 demuestra que Bismarck creía en lo que decía.

Por el contrario fue Max Weber quien, en 1916, expresó el sentimiento mayoritario de la siguiente generación de alemanes: «Si no queríamos arriesgarnos a esta guerra, podíamos haber renunciado a la constitución del Imperio». Para esta generación, que ensalzaba a Bismarck como el «Canciller de hierro», pero que también lo rechazaba por anticuado, la fundación del Imperio alemán no había sido la meta final, sino el pistoletazo de salida hacia el éxito. Alemania quería liberarse del corsé centroeuropeo, aspiraba a convertirse en una potencia mundial y a ostentar la hegemonía europea, y deseaba dos cosas al mismo tiempo: suceder a la Francia napoleónica en Europa y a Inglaterra en

el mundo. Veía «venir tiempos de gloria». El siglo XX iba a convertirse en el siglo de Alemania del mismo modo que el XIX lo había sido de Inglaterra y el XVIII de Francia. Alemania estaba embriagada de grandes objetivos, grandes planes de futuro, su propia esencia y su propia fuerza.

Esta reacción no merece ninguna burla: la sensación de fuerza y el amor propio de un pueblo experimentados en grado sumo resultan siempre conmovedores, pero lo cierto es que la Alemania de la época de Guillermo II era realmente un país en su máximo esplendor, no sólo en el ámbito militar, sino también en los campos económico y científico. Lo mismo ocurría en el arte y la cultura, dos áreas que, lógicamente, habían manifestado con frecuencia su oposición a la Alemania oficial. Ser alemán en aquel momento tuvo que constituir un motivo de gozo. Y no me refiero sólo a quienes perteneciesen a la nobleza, aún en el poder, sino también a una burguesía que percibía vientos de cambio e incluso y de forma creciente al proletariado alemán, por entonces sin duda líder del proletariado mundial, pero cada vez menos sediento de revolución. Es más, incluso hoy, precisamente hoy, el recuerdo de las décadas que precedieron a la Primera Guerra Mundial en Alemania, cuando la vida parecía avanzar y expandirse sin límite, tiene algo de fascinación, algo de poesía.

Sin embargo, la poesía y la política son cosas distintas, y el éxtasis propio del poeta le es tan ajeno al político como al camionero. La autocomplacencia propia de la política alemana entre 1897 y 1914 ha de considerarse inquietante. Sus errores, errores de presuntuosidad y sobrevaloración, fueron elementales y enormes, y no se justifican por su amplia aceptación.

Además, si se analiza con detenimiento la política que llevó a cabo Alemania como potencia internacional y que originó la Primera Guerra Mundial, junto a la embriaguez y la desinhibición se constatarán otros tres elementos aún más preocupantes.

El primero, por raro que pueda parecer, fue un cierto esnobismo. Es evidente que, en aquella época, el imperialismo era el último grito en toda Europa pero ¿de verdad era necesario, precisamente para Alemania, participar de esa moda con un entusiasmo tanto menos crítico y más advenedizo? Hoy somos conscientes de la ridícula estabilidad de los cimientos que sustentaban todo aquel imperialismo colonial europeo, de la pompa de jabón que era en realidad. ¿De verdad era tan difícil darse cuenta de ello ya entonces, precisamente para un país como Alemania, que había permanecido tanto tiempo al margen? A la vista de las miserables atrocidades cometidas en las guerras de sometimiento colonial y en las expediciones represivas y de la infame explotación de las personas de color, ¿el objetivo ideal consistía realmente en estar a la altura? El aroma de tan vasto mundo, ¿acaso no percibieron justo entonces su hedor tan cercano? ¿Por qué no confiaron en su propio olfato? ¿Por qué se empeñaron a toda costa en ser como los ingleses? Resulta curioso que el gran desafío que Alemania quiso imponer a Inglaterra fuese acompañado, es más, en cierto modo hasta partiera de un estúpido afán, a todas luces inferior y provinciano, por emular precisamente la necedad y la vanidad inglesas.

El segundo elemento fue un cierto nihilismo. También esto puede parecer raro, puesto que la Alemania optimista, ingeniosa y cultísima de la época guillermina no era en

absoluto consciente de semejante actitud. Sin embargo, desplegaba su poder y hasta cierto punto lideraba una revolución mundial (consistente en derribar el sistema de poder establecido) en nombre de… nada. En su gran época imperial Suecia y España habían luchado por la Reforma y la Contrarreforma; Francia propagó la Ilustración; Inglaterra, el liberalismo; la Rusia de ayer y la China de hoy quisieron y quieren llevar el comunismo al resto del mundo, pero ¿con qué finalidad pretendía Alemania cambiar el mundo en su gran época? ¿Qué mejoras nuevas e importantes obtendría Europa del siglo XX alemán? No hubo respuesta. Frases como el poder por el poder, la hegemonía por la hegemonía, «porque nos toca a nosotros» o «porque somos los más fuertes» no eran ninguna legitimación y no despertaban más que odio y rechazo; así no se podía constituir ningún imperio mundial. Por último se produjo cierto trastorno de la propia percepción. Alemania era un país conservador, habitado por un gobierno aristocrático ya entonces anticuado, si bien aún gozaba de grandísimo éxito y popularidad. Estaba aliada con dos imperios símbolo de un Barroco decadente que tocaban claramente a su fin: el de los Habsburgo y el otomano. La propia cultura alemana estaba impregnada de un profundo Romanticismo. Bien es cierto que en la época guillermina esta concepción conservadora del Estado y esta actitud romántica ante la vida no sólo habían experimentado un florecimiento tardío fascinante, sino que habían supuesto un despliegue inesperado de fuerza y de poder; no obstante, acometer una revolución mundial con ideas y ánimos semejantes llevaría irremediablemente a la autodestrucción. El conservadurismo, por naturaleza, sólo puede ser defensivo. Ya alrededor de 1900 el mundo que quedaba al oeste de Alemania se hacía

claramente más democrático; el que quedaba al este, más revolucionario. La guerra sólo podía acelerar este proceso. Recurriendo a ella, la Alemania conservadora no hizo más que tirar piedras sobre su propio tejado. De hecho, su acción bélica más duradera fue la bolchevización de Rusia.

No, Bismarck llevaba razón y Max Weber estaba equivocado. El Imperio alemán no tenía «ninguna necesidad que pudiese cubrir con el sable». Creer lo contrario fue el primer gran error y el que trajo consigo todos los demás, empezando por el terrible gol en propia puerta que Alemania se marcó en julio y agosto de 1914.

EL PLAN SCHLIEFFEN

No es cierto que los disparos de Sarajevo provocaran la Primera Guerra Mundial. Los disparos de Sarajevo no provocaron nada en absoluto. En la Europa de aquella época el asesinato de jefes de Estado, ministros y príncipes estaba a la orden del día y jamás había producido una crisis internacional, tampoco cuando el asesino era extranjero. El 5 de julio de 1914, en una conversación entre ambos, el presidente francés Poincaré recordó al embajador austríaco en París que su antecesor, Carnot, había sido asesinado recientemente por un italiano, a raíz de lo cual el gobierno francés se limitó a ofrecer protección policial a las autoridades y negocios italianos en París.

Tampoco es cierto que Sarajevo fuese una excepción porque tras el asesinato estuviese el gobierno serbio, ya que no fue así, más bien al contrario: el gobierno serbio estaba horrorizado. Quien en todo caso estaba detrás del asesinato era un grupo de agentes secretos serbios que actuó por su cuenta. El gobierno de Belgrado era muy consciente de que en Viena había hombres influyentes que, desde hacía tiempo, acechaban la llegada de un pretexto para estrangular a Serbia. Y sabía además que, en caso de una guerra contra una gran potencia, su pequeño país no tendría ninguna posibilidad y sufriría un grave tormento, sin importar lo que ocurriera después. Tampoco es que los austríacos creyesen en la culpabilidad del gobierno serbio; sus propios informes

oficiales procedentes de Belgrado apuntaban en una dirección muy distinta.

No obstante, tampoco es cierto que Austria estuviese decidida desde un primer momento a declarar la guerra a Serbia ni que Alemania, llevada por una bondad insensata, rindiese a Austria una «fidelidad nibelunga» y le firmase un «cheque en blanco». En un principio Austria se mostró muy indecisa. El único claramente a favor de la guerra era el jefe del Estado Mayor, el conde Franz Conrad von Hötzendorf, quien ya la había exigido en media docena de ocasiones; la guerra contra Serbia era desde hacía tiempo su «*Ceterum Censeo*[1]» particular. El ministro de Asuntos Exteriores, el conde Berchtold, aún vacilaba; el emperador Francisco José tenía serias dudas al respecto y el primer ministro húngaro, el conde Tisza, estaba totalmente en contra. Como en Viena eran incapaces de llegar a un acuerdo, pasaron la pelota a Alemania.

La decisión a favor de una guerra de Austria contra Serbia se tomó pues en Alemania, en la ciudad de Potsdam, el 5 de julio de 1914. Es más, la decisión fue tomada expresamente también en el caso de que la guerra contra Serbia acarreara «serias complicaciones europeas». Alemania estaba dispuesta a hacer estallar la guerra europea y aquella circunstancia le pareció favorable.

Una vez tomada la decisión sólo puede juzgarse consecuente que Alemania, cuando hubo estallado la crisis de la última semana de julio, insistiese en contra de su costumbre en que la acción contra Serbia había de tratarse como un asunto particular de Austria y, por tanto, bloquease cualquier intento de intervención por parte de las demás potencias. Si en 1914 Alemania hubiese querido preservar la paz, semejante

comportamiento habría sido del todo inexplicable.

Pero es que en 1914 Alemania no quería preservar la paz, claro que tampoco deseaba la guerra que luego obtuvo: una guerra simultánea contra Rusia, Francia e Inglaterra. Ésta es la razón por la que Alemania fue mucho más proclive a generar un conflicto a través de Serbia, ya que estaba convencida de que así Inglaterra se mantendría neutral. En un principio Alemania tuvo motivos fundados para dicho convencimiento; única y exclusivamente esta circunstancia justifica la política alemana de julio de 1914.

Esta política no fue una política de paz, más bien todo lo contrario pero, a diferencia de lo que ocurriría 25 años más tarde con Hitler, tampoco fue malintencionada ni criminal. La política alemana se encontraba ya ante un duro dilema. Debido lógicamente a sus errores previos tenía encima dos «guerras frías»: una contra Rusia y Francia por la hegemonía continental y otra contra Inglaterra por ocupar «un lugar bajo el sol». Alemania estaba obligada a separar ambas cosas y reventar la Entente. Si surgía una oportunidad de hacerlo, aunque fuese una guerra, cualquier gobierno alemán habría actuado incluso en contra de su deber si la hubiese dejado pasar sin aprovecharla. No lo olvidemos: por aquel entonces la guerra seguía siendo un instrumento político legítimo, y ya en 1914 toda la política europea se había desarrollado en un entorno prebélico.

De las dos guerras frías, la que en los últimos años anteriores a 1914 se había convertido en una amenaza notablemente mayor era la continental. Desde 1912, Alemania, Francia y Rusia llevaban compitiendo febrilmente en un rearme agotador para las tres partes que, a la larga, no era sostenible sin una guerra de por medio. También fue en

esta etapa cuando ya se tomaron importantes decisiones militares previas: hasta 1914 Alemania fue en cabeza (concretamente en lo que respecta a la artillería pesada), en los años siguientes su dominio amenazaba con decaer.

No ocurrió lo mismo en la carrera contra Inglaterra por el rearme naval. En este caso el liderazgo británico nunca estuvo en peligro. Así, Inglaterra contemplaba el panorama con más frialdad y tras la crisis marroquí de 1911 en la que todos, también los ingleses, habían visto los cañones de frente, Londres supo imponer de nuevo su visión menos apasionada de las cosas. Pero ¿de verdad necesitaba Inglaterra una guerra contra Alemania? ¿Acaso no bastaba la maniobra de contención lograda? Es más, precisamente gracias a este triunfo, ¿no podía Inglaterra justo entonces llegar a un ventajoso acuerdo con Alemania? Eduardo VII había muerto y para un sistema de comercio mundial tan complejo y vulnerable como el inglés, que alimentaba a todo el país, una guerra no podía provocar más que una auténtica catástrofe.

Mientras esto ocurría en Londres, en Berlín se reaccionaba de manera positiva ante tales razonamientos (al menos el nuevo canciller Bethmann Hollweg así lo hacía). Desde 1912 Hollweg había llevado a cabo una política de distensión frente a Inglaterra (cosa que le hizo granjearse una popularidad más bien escasa en Alemania) que justo empezó a dar los primeros frutos en la primavera de 1914. Alemania e Inglaterra acordaron «esferas de interés» en Oriente Próximo, un acuerdo que implicaba una clara punta de lanza contra Rusia, el nuevo aliado de Inglaterra. En realidad la alianza anglo-rusa siempre había tenido un fundamento mucho más débil que la anglo-francesa; es más, en ese momento casi volvía a agonizar. Además, Inglaterra ni siquiera tenía con Francia

una verdadera alianza que, llegado el caso, le hubiese obligado a tomar parte en la guerra. Bien es cierto que Inglaterra había mantenido con Francia (no con Rusia) reuniones secretas e informales a escala de Estado Mayor y firmado acuerdos navales que habían generado cierto vínculo moral, pero de esto sólo eran conscientes los tres o cuatro ministros implicados, no la opinión pública inglesa, tampoco el Parlamento, ni siquiera el gabinete de gobierno; además, era más que dudoso que el gabinete británico, del que dependía la decisión sobre la guerra o la paz, en caso de gravedad fuese a hacer valer los vínculos morales establecidos a sus espaldas.

Ésta fue por tanto la situación política de la que partió Alemania en verano de 1914: la guerra contra Rusia y Francia era prácticamente inevitable; por el contrario, las relaciones con Inglaterra eran más distendidas que nunca, casi hasta volvían a ser amigables. Y entonces surgió una oportunidad única de romper definitivamente y de un solo tajo la alianza entre Inglaterra y los enemigos continentales de Alemania, y de hacerlo además en el punto de sutura más débil: entre Inglaterra y Rusia, en los Balcanes. En estas circunstancias Sarajevo tuvo que ser un regalo caído del cielo para la política alemana.

Si la guerra estallaba a partir de un conflicto directo entre Alemania y Francia, aún en 1914 se tendría que haber contado con que Inglaterra se pondría del lado francés; si derivaba de un conflicto directo entre Alemania y Rusia tal cosa no podría descartarse del todo, pero en el caso de un conflicto balcánico entre Rusia y Austria porque Rusia se hubiese inmiscuido sin ser invitada en una guerra austro-serbia en la que Alemania sólo se viese afectada de manera indirecta, ¿iba Inglaterra a querer destruir por completo la

esperanzadora distensión alcanzada con Alemania? Era algo improbable, extremadamente improbable. Al fin y al cabo era justo en ese punto donde la vieja oposición entre Inglaterra y Rusia aún no estaba superada, donde aún no se había olvidado la vieja comunidad de intereses formada por Inglaterra y Austria. ¿Acaso Inglaterra iba a entrar en guerra por la mera posibilidad de acabar cediendo a Rusia un acceso al Mediterráneo? No, visto así había que dejar que la guerra continental llegara tranquilamente, es más, casi había que provocarla. Semejante oportunidad de separar a Inglaterra y a Rusia no volvería a presentarse tan fácilmente.

Digámoslo una vez más: aquélla no fue una política de paz, sino de guerra; una política calculadora, si se quiere carente de escrúpulos y desesperada. No fue una política insensata ni alocada ni tampoco criminal. La guerra estaba ya en el aire; si había de llegar, es lógico que cada uno permitiera que estallase en el momento que le fuese más favorable. Entre las grandes potencias de 1914 no hubo ningún alma cándida; los gritos de júbilo se escucharon por doquier.

La pregunta es: ¿por qué no le salieron los cálculos a Alemania? ¿En qué consistió el error o dónde se cometió? La respuesta es: no fue en Londres, sino en Berlín.

El 29 de julio, cuando la llegada de la guerra era ya imparable, el canciller alemán Bethmann Hollweg se reunió en Berlín con el embajador inglés para hablar abiertamente por primera vez sobre la esperada neutralidad de Inglaterra. Hollweg ofreció determinadas garantías para Francia: incluso en el caso de una victoria militar absoluta Alemania no exigiría concesiones territoriales por parte de Francia, a lo sumo se limitaría a algunas colonias a modo de compensación. ¿Se mantendría Inglaterra neutral a cambio de

esta promesa? El rostro del embajador inglés mostró sus reservas y Grey, el ministro de Asuntos Exteriores, contestó de inmediato con una negativa, lo cual asustó mucho a Bethmann, pero Grey se estaba marcando un farol. El 30 de julio todavía no era en absoluto seguro que Inglaterra fuese a participar realmente en la guerra del lado de Francia. Churchill, por entonces ministro de la Marina y, al igual que Grey, miembro dirigente del sector británico probélico, es decir, un testigo libre de toda sospecha, escribió al respecto:

«La mayor parte del gabinete estaba a favor de la paz. Al menos tres cuartas partes de sus miembros estaban decididos a no dejarse arrastrar hacia ningún conflicto europeo a menos que la propia Inglaterra fuese atacada, cosa que no era muy probable. Primero, confiaban en que entre Austria y Serbia la sangre no llegara al río; segundo, de no ser así esperaban que Rusia no interviniese; tercero, si Rusia intervenía, confiaban en que Alemania se mantuviese al margen; cuarto, si Alemania sí que atacaba a Rusia, esperaban que al menos Francia y Alemania se neutralizaran mutuamente sin necesidad de combatir; pero, si Alemania atacaba a Francia, creían que al menos no lo haría a través de Bélgica y, de hacerlo, al menos sin que hubiese resistencia por parte belga… Había por tanto seis o siete posturas distintas. Todas eran discutibles, pero no había ninguna prueba para rebatirlas… salvo la que proporcionasen los acontecimientos».

Frente a esto la parte probélica, es decir, una minoría dentro del gabinete británico que se sentía moralmente unida a Francia y quería al menos combatir a su lado en caso de una ocupación alemana lo tenía muy difícil. Grey, su principal portavoz, el 1 de agosto todavía fue capaz de imponer a su gabinete una medida: Inglaterra no permitiría que la flota

alemana entrase en el Canal de la Mancha para atacar desde allí la costa francesa. Incluso a raíz de esto el 2 de agosto gran parte de los ministros amenazó con dimitir.

El primer ministro Asquith, de tendencia también probélica, dijo a un Churchill decepcionado: «No podemos actuar en contra de lo que opine nuestra propia mayoría». El embajador francés en Londres exclamó desesperado: «¡En el futuro tendremos que tachar la palabra "honor" del diccionario inglés!».

Hasta ese punto habían llegado las cosas. El 1 de agosto de 1914 la entente anglo-francesa saltaba por los aires. Del pacto anglo-ruso ni siquiera se podía hablar; ni que decir tiene que Inglaterra no intervendría en una guerra puramente oriental a menos que a Francia le sucediese algo. Así pues, puede decirse que los cálculos alemanes casi habían salido; la neutralidad británica, al menos en la primera fase de la guerra, estaba prácticamente garantizada para desesperación de los franceses que, a la hora de la verdad, se sintieron abandonados.

A posteriori puede afirmarse con absoluta certeza que Inglaterra se habría mantenido al margen si Alemania hubiese renunciado a invadir Francia, es decir, si hubiese atacado por el este y defendido por el oeste, tal y como hubiese correspondido a la lógica política de aquella crisis, una crisis puramente oriental. Es más, incluso en el caso de una ofensiva occidental alemana, lo más probable es que Inglaterra se hubiese mantenido neutral, al menos en un principio, con tal de que Alemania sólo hubiese atacado a Francia y no a Bélgica. Bélgica lo cambió todo. Escuchemos de nuevo a Churchill:

«El gabinete estuvo reunido de forma casi ininterrumpida

todo el domingo [2 de agosto] y hasta mediodía pareció que la mayoría iba a dimitir. Sin embargo, los acontecimientos provocaban un cambio de opinión a cada hora. Cuando el gabinete se reunió la mañana del domingo, ya nos comunicaron la violación de la neutralidad luxemburguesa por parte de las tropas alemanas. Por la tarde llegó la noticia del ultimátum alemán a Bélgica; a la mañana siguiente, la llamada de auxilio que el rey belga dirigía a las potencias garantes de la paz. Aquello fue decisivo. El lunes la mayor parte del gabinete consideró que la guerra era inevitable. Esa mañana de lunes el ambiente que dominó el debate fue totalmente distinto».

La tarde de aquel lunes (3 de agosto) Inglaterra dio un ultimátum a Alemania para que detuviese la invasión de Bélgica de inmediato. La noche del 3 al 4 de agosto tuvo lugar una dramática conversación entre Bethmann y el embajador inglés, en la que Bethmann exclamó desesperado: «¡Y todo por un pedazo de papel!». El martes Inglaterra declaró la guerra a Alemania. Francia respiró aliviada. La política alemana acababa de fracasar.

¿Cómo había sido posible?

La respuesta, casi inverosímil, es que el Estado Mayor alemán, en caso de que en 1914 estallase una guerra europea de dos frentes, no tenía más plan que el denominado Plan Schlieffen. Dicha estrategia preveía un movimiento defensivo e incluso la retirada por el este, mientras que por el oeste el movimiento ofensivo había de conducir a una derrota más rápida de Francia, si bien quebrantando la neutralidad belga que tanto Inglaterra como precisamente Alemania se habían comprometido a garantizar. Los últimos planes alternativos se habían archivado en 1913. Así, según la voluntad de su

Estado Mayor y sin la menor consideración de la situación política, una vez estallada la guerra Alemania tuvo que poner el peso específico de su estrategia bélica en el frente occidental y arrastrar por tanto a Inglaterra. En 1914 Alemania era incapaz de participar en una guerra que no fuese un conflicto occidental contra Inglaterra y Francia a la vez; ella misma había excluido cualquier otra posibilidad. Resulta increíble leer esto, pero así fue.

En el momento en que el asunto pasó de las manos de los diplomáticos y de los políticos a los militares, el comportamiento alemán experimentó un cambio o fractura radical totalmente incomprensible. Hasta entonces los diplomáticos se las habían tenido que ver con Serbia y de pronto los militares se enfrentaban a Bélgica. La de julio había sido una crisis puramente oriental, motivo por el que a los alemanes precisamente les había venido tan bien, pero la guerra de agosto fue de repente una guerra occidental.

Que Alemania no fuese considerada en una guerra entre Austria y Rusia por Serbia o que reaccionase ante la movilización rusa con su propia movilización o, a lo sumo, con una declaración de guerra era evidente, pero no llegaba a poner en peligro la neutralidad inglesa.

Sin embargo, que Alemania de pronto no marchara contra Rusia, sino contra una Francia neutral y le declarase, por así decirlo, una guerra preventiva sólo por el hecho de aliarse con Rusia era algo lo suficientemente raro como para obligar a Inglaterra a movilizarse. Pero que Alemania además requisara como escenario bélico a una Bélgica inofensiva, neutral y absolutamente pacífica dejó fuera de juego a la fracción antibélica británica y rubricó la entrada de Inglaterra en el conflicto.

Aquello fue obra del Estado Mayor alemán, que dejó a la política del país en la estacada para después aniquilarla. Jamás hubo un ejemplo más certero que éste para demostrar la verdad de las palabras de Clemenceau cuando afirmó que una guerra es un asunto demasiado serio como para dejarlo en manos de los generales.

Si la guerra se hubiese desarrollado en un vacío político, si no hubiese sido más que una gran maniobra con Europa como campo de operaciones, habría habido algunos argumentos a favor del plan Schlieffen. Sus fundamentos militares eran convincentes. Por razones geográficas la movilización rusa era forzosamente lenta, lo cual daba a Alemania unas semanas de margen para concentrarse en Francia sin que por el este le molestasen demasiado. La perspectiva de que durante esas primeras semanas Alemania fuese capaz de dejar a Francia totalmente fuera de combate era, como es lógico, muy tentadora.

Sin embargo, la frontera francesa con Alemania estaba muy fortificada y el ejército galo no era ni un ápice más débil que el alemán. Así, un ataque frontal no auguraba una victoria rápida y total. Si era a eso a lo que se aspiraba, había que contener el avance francés con un gran movimiento de martillo oscilante que abarcara desde el flanco hasta la retaguardia y para eso era necesario atravesar Bélgica.

El plan Schlieffen fue un producto típico del *Jugendstil* militarista, con grandes flores y tallo fino. Que también resultara ingenioso y perjudicial desde el punto de vista militar es discutible, pero la objeción más aplastante es de carácter político. Fue un plan que, a cambio de lograr un éxito incierto, aceptó un desastre seguro: ante la *posibilidad* de dejar fuera de combate a *una* gran potencia, Francia, el plan

prefería arrastrar hacia el conflicto con toda seguridad a otra aún más fuerte, Inglaterra. De este modo, incluso si el plan tuviera éxito su saldo no arrojaría beneficio alguno y, de *no* tenerlo —posibilidad que al fin y al cabo había que contemplar, pues en la guerra el éxito nunca está asegurado—, se convertiría casi en una receta de cómo perder una guerra.

La neutralidad belga (cuyo quebrantamiento suponía ya de por sí un delito internacional según las convenciones del momento) no era cualquier cosa. Muchas potencias, entre ellas Inglaterra, habían proclamado su garantía, y la garantía británica no era puramente formal. Bélgica había sido desde siempre la puerta de entrada británica al continente; Amberes, «una pistola apuntando al corazón de Inglaterra». Durante siglos Inglaterra había luchado una y otra vez en y por Bélgica; aún en 1830 había amenazado a Francia con la guerra a causa de Bélgica, en 1870 había insistido en que se respetase estrictamente la neutralidad belga. Esto lo sabía cualquier aprendiz de soldado. Si el Estado Mayor alemán diseñaba no obstante un plan bélico que contemplase el paso por Bélgica como una condición *sine qua non*, sabía que con ello obligaría a Inglaterra a entrar en guerra.

Por lo tanto, este plan sólo era discutible única y exclusivamente en caso de una guerra en la que desde el principio se contase con Inglaterra como enemigo seguro. Para cualquier otro caso se deberían haber previsto otras estrategias de campaña, por más que militarmente se antojasen menos tentadoras. El hecho de que desde 1913 Alemania careciese de alternativas supone tal omisión del deber que, en un Estado bien dirigido, el jefe de las Fuerzas Armadas no sólo habría sido destituido, sino que sería llevado ante un tribunal.

Hasta el día de hoy Alemania ha aceptado el plan Schlieffen sin el menor espíritu crítico; es más, con la mayor naturalidad. La voluntad de los «semidioses militares» era algo así como el destino; a lo sumo se criticó que los sucesores de Schlieffen al frente del Estado Mayor, por ejemplo Moltke (el joven[2]), hubiesen «aguado» su plan. Sin embargo, el plan Schlieffen no fue fruto del destino y tampoco se trataba de aguarlo. Tanto si funcionaba como si no, el plan metía a Inglaterra en la guerra, mientras que toda la política alemana ejercida en julio de 1914 se basaba precisamente en la oportunidad de preservar la neutralidad británica. El Estado Mayor alemán destruyó la obra de la política; la mano izquierda de Alemania no supo lo que hacía la derecha.

Hasta el día de hoy resulta inexplicable e incomprensible que, al parecer, el canciller del *Reich* y el jefe del Estado Mayor no mantuviesen jamás una conversación al respecto; que el canciller practicase una política —además en un asunto en el que se trataba de la paz o la guerra, la vida o la muerte— cuyo rechazo por parte del jefe del Estado Mayor era más que previsible y que este último lo permitiese a sabiendas de que con su estrategia bélica las cuentas políticas del canciller nunca saldrían.

De hecho, en la Alemania imperial, Gobierno y Estado Mayor estaban claramente separados, la carta magna no establecía ningún vínculo transversal entre ellos; ambos estaban directamente subordinados al Emperador. Éste era sin duda un fallo en la construcción de la Ley Fundamental alemana, pero no sirve para explicarlo todo ni para justificar nada. También Bismarck había sufrido las duras consecuencias del despotismo de los «semidioses» militares en 1866 y 1870-1871 y tenido que luchar hasta perder los

nervios y amenazar físicamente con suicidarse para que dejasen de arruinar una y otra vez sus proyectos políticos, pero la cuestión es que Bismarck lo logró. Para una batalla de este tipo, que en este caso ya se debía haber librado antes de que estallara la guerra, Bethmann Hollweg careció bien de fortaleza de ánimo o bien de entendimiento. En eso consistió su fracaso, y el resultado fue un auténtico desplome de su concepción bélica, no exenta de cierto fundamento, a partir del día en que estalló el conflicto.

Hasta cierto punto es posible reconstruir cómo habría transcurrido la guerra si los dirigentes militares alemanes de agosto de 1914 no hubiesen neutralizado la política alemana de julio de 1914 y, en lugar de eso, la hubiesen continuado y complementado con sensatez. También en ese caso se habría producido la guerra, pero habría sido continental y, sobre todo, oriental. De haber sido así, Alemania tendría que haber permanecido a la defensiva en el oeste y dejar que fuese Francia la que declarase la guerra. A esta declaración Alemania debería haber respondido en tono formal proclamando reiteradamente que no le exigía nada a Francia, que no mantenía conflicto alguno con ella y que en todo momento estaba dispuesta a firmar una paz sobre la base de un *statu quo* mutuo. No obstante, es probable que los franceses, fieles a su alianza con Rusia, hubiesen invadido igualmente Alsacia y Lorena, pero no habrían llegado muy lejos, pues en todo el transcurso de la Primera Guerra Mundial las armas defensivas fueron técnicamente superiores a las ofensivas y la defensa de la frontera alemana occidental era extremadamente férrea. Mientras los franceses se hubiesen abierto la cabeza contra ella se habrían presentado ante el mundo, e incluso tal vez ante sí mismos, como unos atacantes

sin motivo. Inglaterra se habría mantenido neutral sin lugar a dudas. No se habría producido ningún bloqueo. Alemania no habría necesitado alimentos ni refuerzos y el interés de los proveedores y prestamistas norteamericanos en una victoria de su cliente no habría beneficiado a Inglaterra y Francia, tal y como ocurrió más adelante, sino a Alemania.

Entretanto Alemania y Austria habrían podido acometer la ofensiva allí donde la guerra de 1914 estaba «en casa», en el este y el sureste; habrían conquistado Polonia, el Báltico y Serbia; habrían levantado un frente en la frontera con el auténtico núcleo de Rusia y establecido un vínculo con el aliado turco. Todo ello lo consiguieron un año después incluso contra todo el ejército ruso movilizado. Si en 1914 hubiesen atacado en mitad de la lenta movilización rusa, aún inacabada, el sentido común dice que todo les habría resultado más sencillo. Nada les obligaba a adentrarse en la vasta Rusia como Napoleón o Hitler. Con Polonia y el Báltico en el bolsillo habrían tenido un campo de operaciones suficiente para una guerra de movimientos en la que los ejércitos alemanes, como de hecho sucedió más adelante, habrían sido muy superiores a los rusos.

Obviamente no es posible pasar por alto cómo habría transcurrido todo a partir de ese momento, pero es evidente que, desde ese punto de partida, Alemania habría tenido una oportunidad clara de acabar la guerra occidental tarde o temprano sin sufrir pérdidas y de ganar la oriental sin mayor dificultad.

Con el plan Schlieffen el Estado Mayor alemán excluyó esta posibilidad desde el principio y lo que logró fue transformar la ansiada guerra continental en una guerra mundial contra tres grandes potencias, un conflicto perdido

desde el primer momento. Sin embargo, el hecho de que Alemania tardase cuatro años en ser derrotada fue un logro que raya lo milagroso. Precisamente este logro, imprevisible y tremendo, del ejército y el pueblo alemán consiguió casi remediar lo que sus dirigentes habían malogrado el primer día del conflicto. A pesar de lo ocurrido, este logro dio a Alemania una oportunidad más de afirmarse como invicta y alcanzar un honroso empate. Sin embargo, debido a otros errores graves y evitables Alemania tampoco supo aprovechar esta oportunidad inesperada.

BÉLGICA Y POLONIA, O LA HUIDA DE LA REALIDAD

Como es sabido, el plan Schlieffen fracasó y lo hizo antes de llegar al río Marne. Se ha debatido mucho sobre si la retirada desde el Marne hacia el Aisne fue una necesidad táctica pero, en realidad, no es eso lo fundamental. Si las tropas alemanas se hubiesen atrincherado junto al Marne en lugar del Aisne, el resto de la guerra habría transcurrido de la misma forma; y si tras la batalla del Marne hubiesen seguido avanzando hasta el Sena o incluso hasta el Loira, habrían ido directas a una derrota segura, pues el plan Schlieffen había fracasado estratégicamente en el mismo instante en que el ejército ofensivo alemán dejó de rodear a las tropas francesas por el flanco y la retaguardia y pasó a ser él el rodeado. De haber obtenido una victoria táctica junto al Marne y haber proseguido el avance, la presión sufrida por el flanco y las líneas de comunicación alemanas, cuya primera consecuencia fue la batalla del Marne, sólo habría sido mayor y terminado por resultar mortal.

Sobre el papel militar, con el fracaso del plan Schlieffen Alemania había perdido la guerra a todos los efectos, puesto que el grueso de su ejército estaba inmovilizado en el frente occidental mientras que la «apisonadora de vapor rusa» avanzaba lentamente por el este. Durante todo el primer invierno del conflicto el mando de las tropas alemanas había estado más que ocupado haciendo frente a la continua

amenaza de una derrota inminente por el este con unos efectivos arañados a duras penas y en manifiesta inferioridad. Alemania logró su objetivo con una serie de operaciones tremendamente osadas y tremendamente brillantes que comenzó con la batalla de Tannenberg, pero su ejército siempre se movió al filo del abismo. Sólo en el verano de 1915 Alemania consiguió reunir fuerzas para llevar a cabo una gran ofensiva de liberación en el este que, en efecto, hizo retroceder considerablemente a los rusos hacia Polonia, Lituania y Curlandia. Sin embargo, Rusia continuó siendo durante dos años más un adversario poderoso, combativo e incluso con capacidad de ataque. El tremendo e inesperado logro bélico obtenido por Alemania en el este durante el primer año de guerra había supuesto un respiro, pero nada más. En otoño de 1915, el que probablemente fuera para Alemania su momento más favorable en todo el conflicto, el balance total de la guerra seguía incluyendo, si bien a largo plazo, la probabilidad de una derrota o, como mucho, la posibilidad de acabar en tablas. En diciembre de 1915 el jefe del Estado Mayor informó al emperador de que «con los medios que ofrecía una guerra terrestre ya no podía garantizar la victoria». Tal afirmación era la pura verdad y, teniendo en cuenta la relación de fuerzas establecida desde el principio, tampoco resultaba en absoluto sorprendente. Alemania había tensado la cuerda al máximo, tenía todas sus tropas movilizadas y desplazadas en el frente; había rebasado sus fronteras tanto en el oeste como en el este, pero estaba en posición defensiva. Sus aliados no podían ayudarle, es más, una y otra vez ellos mismos precisaban del auxilio germano para poder defenderse a duras penas. Alemania no podía contar con nuevos socios ni mucho menos con un incremento

de su propia capacidad de combate; al contrario, era previsible que el esfuerzo prolongado unido a la presión ejercida por el bloqueo fuese debilitando a los efectivos de forma lenta, pero segura.

Por el contrario, las fuerzas enemigas seguían en aumento. No las de Rusia puesto que, al fin y al cabo, estaba ya tocada; tampoco las de Francia que, al igual que Alemania, había consumido todos sus efectivos desde el primer momento, si bien en el ataque y no en la defensa; pero sí las de Inglaterra. Inglaterra, como siempre, no había comenzado a prepararse para la guerra hasta que estalló el conflicto; de hecho no introdujo el servicio militar obligatorio hasta 1916. Por lo tanto era una mera cuestión de cálculo que, en 1917 y 1918, la capacidad militar británica alcanzara su grado máximo.

Además, la Entente seguía encontrándose con nuevos partidarios: Italia en 1915 y Rumania en 1916. Y en la retaguardia estaba la potencia ya entonces más fuerte: unos Estados Unidos neutrales más interesados en mediar por la paz que en participar en la guerra, pero ya vinculados materialmente a Inglaterra y a Francia por un ingente suministro de mercancías y créditos bélicos hasta tal punto que no podían contemplar impasibles una derrota de ambas potencias.

Cuando la guerra entró en su segundo año e incluso en el tercero, la impresión general fue de empate momentáneo, mucho más de lo que Alemania habría podido esperar en una guerra con tan desafortunado comienzo.

Esta situación hacía honor a la capacidad bélica y la valentía del ejército y el pueblo alemanes, así como a la habilidad de su mando militar; pero si bien Alemania ya lo había puesto todo en la balanza, su adversario aún no. Si la

guerra era de extenuación y se libraba hasta agotar todas las fuerzas, era inevitable que la balanza terminase inclinándose en contra de Alemania por más brillantes proezas armamentísticas e imponente capacidad de resistencia que hubiese mostrado.

Aquello también resultaba obvio para cualquiera que quisiese verlo, de forma que la misión de la política germana era clara: Alemania debía aprovechar el tiempo ganado al fin y al cabo con sus victorias y susceptible aún de ser prolongado por unos momentos gracias a su capacidad de aguante para poner fin político a la guerra, bien mediante una paz total pactada, bien mediante una paz parcial en uno de los frentes que luego pudiese generar en el otro una nueva oportunidad de victoria.

La política alemana no estuvo a la altura de esta tarea. No sólo fue incapaz de llevarla a cabo, sino que ni siquiera fue consciente de su existencia. Éste fue el tercer gran error con el que Alemania echó a perder la Primera Guerra Mundial.

A lo largo de cuatro años —más exactamente hasta el 29 de septiembre de 1918—, el gobierno alemán, secundado por el aplauso de la opinión pública, rechazó siempre en un tono casi indignado, como si de una exigencia inmoral se tratara, pactar una paz general sobre la base de un *statu quo*, «sin vencedores ni vencidos», «sin anexiones ni compensaciones», tal y como rezaban las consignas del momento. No sólo en artículos propagandísticos, sino también en documentos confidenciales del gobierno puede leerse una y otra vez que esa paz «corrupta» o «prematura» «equivaldría a una derrota».

Es cierto que en momentos de derrotismo se acarició la idea de firmar una paz parcial —perspectiva sólo practicable con Rusia—, pero jamás se quiso pagar ningún precio. Al

contrario, Alemania siempre quiso sacar algo más, en todo caso un poco menos de lo que obtendría con una «paz victoriosa». Es obvio que con semejante planteamiento no se logra que un enemigo aún invicto se sienta tentado a dar el peligroso paso de abandonar una coalición de guerra y exponerse a la ira y la venganza de sus hasta entonces aliados.

Resulta curioso que el mando político alemán, respaldado por la opinión pública, pareciese dar siempre por supuesto que Alemania «aguantaría» más tiempo que la Entente. Sabe Dios en qué se basaría semejante premisa, es imposible dar con un argumento que la sustente fruto de un análisis objetivo. Las cifras y los hechos aproximados que ya entonces se conocían iban claramente en contra de esa hipótesis. También el Estado Mayor alemán tenía absolutamente claro ya antes del conflicto que Alemania era incapaz de ganar una guerra de extenuación sólo contra Francia y Rusia, así que ni que decir tiene si a ambas se sumaba Inglaterra. Por esta razón había apostado todo a la carta del plan Schlieffen y, por tanto, a lograr una victoria relámpago en uno de los frentes como mínimo. ¿Cómo pudieron en plena guerra olvidarse por completo de lo que habían tenido tan claro antes de que comenzara?

En efecto, este error básico de percepción de una situación en su conjunto no tiene una explicación lógica ni racional, pero sí una psicológica e irracional. Alemania se encontraba en una situación muy extraña: llevaba tiempo a la defensiva, pero seguía sintiéndose en posición de ataque. En la realidad palpable de 1915 y 1916 Alemania estaba asediada por una coalición superior, sin ninguna expectativa de lograr una victoria militar y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, sólo era capaz de evitar o posponer la amenaza continua de una

derrota inminente que a la postre resultaría inevitable; asimismo, estaba completamente obligada a salir del apuro pactando la paz mientras fuese posible. Sin embargo, en su propia imaginación (que coincidía con la de sus adversarios) Alemania era un atacante audaz, decidido a dominar Europa y convertirse por la fuerza en una potencia mundial, someter a Francia, derrocar a Rusia y destronar a Inglaterra.

Este afán dio de hecho origen a la guerra, este «programa de paz victoriosa» era lo único que justificaba el conflicto ante los ojos alemanes; así, es obvio que frente a semejante objetivo cualquier paz pactada o basada en un *statu quo* parecería una derrota. Lo que les faltó a los alemanes fue la fortaleza de espíritu suficiente para darse cuenta de que aquel objetivo se había vuelto inalcanzable.

Y es que todo dependía del punto de vista desde el que se observasen las cosas: bien a partir de los hechos o bien a partir de los deseos y objetivos personales. Partiendo de los hechos una paz basada en el *statu quo* habría supuesto para Alemania un regalo caído del cielo, pero partiendo de los deseos y objetivos alemanes aquello equivalía a una derrota. Alemania no miraba de frente a los hechos, sino a sus propios deseos y objetivos, tal y como ha hecho siempre, desde entonces hasta hoy. Este tipo de estado o enfermedad mental tiene un nombre: pérdida del sentido de la realidad.

Dicho trastorno se vio reflejado en la discusión sobre los «objetivos bélicos» que dominó la política interior alemana durante todo el conflicto, primero a puerta cerrada y más adelante en público. Este debate, que tuvo lugar en la Alemania de aquellos años y ha sido ampliamente documentado por el historiador Fritz Fischer en su magna obra *Asalto al poder mundial*, es una tragicomedia con la que

uno no sabe si reír o llorar. Mientras en la región de Champagne, junto a los ríos Aisne y Somme, en Flandes, en las ciénagas de Rokitnoje y junto a la ciudad de Baranovichi el ejército alemán lograba a duras penas resistir con todas sus fuerzas y el sacrificio espeluznante de vidas a los ataques masivos y reiterados de unas tropas enemigas superiores en número, y en Galitzia y Bucovina, en Transilvania y junto al río Isonzo conseguía tapar mínimamente los agujeros abiertos en el frente austríaco; mientras las economías de escasez y de sucedáneos alemanas tenían cada año menos recursos para garantizar el suministro de material y la población de las grandes ciudades sufría hambre, la Alemania oficial y política debatía sobre si «tras la victoria» sólo se anexionaría la costa flamenca de Bélgica o también la costa francesa que daba al canal, sobre cuáles serían los medios más adecuados para anular a Francia para siempre como potencia, sobre si había que convertir a Polonia en un protectorado alemán o anexionarla a Austria y sobre cómo recaudar las ingentes cantidades que pensaban imponer como compensación de guerra a los adversarios vencidos; en su cabeza Alemania ya había anexionado Longwy y Briey, Lituania y Curlandia, y ahora se traían entre manos la confección sobre el mapa de un gigantesco imperio colonial en el centro de África; con mucho esmero se sopesaron los pros y contras de incluir Sudán y Egipto para lograr así un acceso a Oriente Próximo, en el cual también se esperaba regir «tras la victoria»; además se planeó una Europa central bajo el dominio alemán en la que, en determinados momentos de euforia, incluían ya de paso toda Francia y Bélgica; en efecto, se reflexionaba seriamente al respecto y se redactaban sesudos informes sobre cómo incorporar al ámbito de poder alemán una Holanda neutral

con el mayor tacto, cuidado y discreción posibles.

Todas estas fantasías recuerdan a los festines que cree ver el hambriento; carecían de cualquier vínculo con la realidad y sus problemas y necesidades más graves y acuciantes, pero no por ello resultaban inofensivas. La huida de la realidad constituye una realidad en sí misma que genera situaciones concretas y acarrea determinadas consecuencias.

La primera consecuencia afectó a la política interna alemana y consistió en el quebrantamiento de la «tregua» entre partidos, tregua que había imperado en Alemania al inicio de la guerra. Primero los socialdemócratas y después provisionalmente también la izquierda liberal y parte del centro católico manifestaron tímidamente sus reservas respecto a los objetivos bélicos más radicales, pero su oposición no fue bien recibida. La «paz de la renuncia» o «paz de Scheidemann» (Scheidemann era el entonces portavoz de política exterior del partido socialdemócrata, SPD) se convirtió en la pura encarnación del derrotismo y del «espíritu aguafiestas» a los que se oponían la «paz victoriosa» o «paz de Hindenburg», como si lo que se interpusiese a la victoria de Hindenburg no fuesen los ejércitos de la Entente, sino la socialdemocracia alemana.

Pero la cosa no se quedó en esta discusión sobre política interna. La determinación de obtener una paz victoriosa sin posibilidad de victoria alguna obstaculizaba cualquier tipo de política exterior sensata. Es cierto que muchos de los objetivos bélicos alemanes se quedaban en el ámbito de la pura fantasía; incluso la decisión oficial de anexionar Longwy-Briey, Lituania y Curlandia permaneció oculta en los informes germanos y no fue objeto de la política internacional, pero sí lo fueron dos países que Alemania mantenía ocupados y a los

que no estaba dispuesta a renunciar jamás: Bélgica y Polonia. Ambos países fueron la razón de que en 1916 fracasara el intento de alcanzar una paz general pactada por mediación de Estados Unidos y una paz especial con Rusia.

De los cuatro años que duró el conflicto, 1916 y en especial su segunda mitad fue el periodo en el que la voluntad de todas las partes de seguir adelante con la contienda estuvo más debilitada. Aquél fue el año de las conversaciones en voz baja sobre la posibilidad de conseguir la paz y, *a posteriori*, es fácil determinar el porqué: el impulso y la ira iniciales se habían consumido por doquier, pero aún no se había alcanzado el grado máximo de empecinamiento y desesperación. 1916 era el último año en el que aún se podía dar marcha atrás, y también el último en el que la guerra se desarrolló en el marco político de un conflicto europeo de coaliciones digamos que normal. A partir de 1917, con la entrada de Estados Unidos y la revolución bolchevique que tuvo lugar en Rusia, la guerra adquirió una dimensión radicalmente nueva. De hecho puede afirmarse que fue en 1917 cuando el conflicto se convirtió en una auténtica guerra mundial.

Esta circunstancia ya se veía venir en 1916. Por todas partes se notaba la llegada de un punto de inflexión fatídico y temido por la mayor parte de los países. Fue evidente que había llegado el momento de tomar una decisión trascendental: poner fin a la guerra o permitir que degenerase en algo completamente impredecible.

Puede decirse que los gobiernos que habían comenzado la guerra seguían teniéndola en sus manos; no obstante, desde el punto de vista militar (también y sobre todo en el caso de los gobiernos de la Entente), la guerra les producía bastante inquietud, pues todas las partes habían sido sorprendidas por

una técnica bélica que convertía la guerra, tal y como se libraba entonces, en una carnicería permanente y absurda, sin resultados estratégicos y repleta de atrocidades. A diferencia de cualquier otro conflicto anterior e incluso de la Segunda Guerra Mundial, fue precisamente en la Primera donde la desproporción entre los objetivos estratégicos alcanzables y las víctimas causadas día tras día era manifiesta y cada vez más clamorosa. Mucho más que en Alemania este clamor se oía en Francia e Inglaterra, dos países que, sin haber aprendido la lección, habían lanzado sus grandes ejércitos una y otra vez contra fortificaciones de campaña subterráneas salpicadas de ametralladoras y provocado así una sangría inútil. Fue entonces cuando también estos dos países, a pesar de ser conscientes de que su superioridad numérica y material seguía creciendo, empezaron a preguntarse cómo iban a conseguir la victoria militar definitiva. Mientras en Rusia se percibía la llegada de la revolución. En Occidente el presidente norteamericano Thomas W. Wilson preparaba una gran campaña de mediación posterior a su reelección, que tendría lugar en noviembre de 1916. En Petrogrado el líder del «partido pacifista», Boris V. Stürmer, se convertía en primer ministro. En ese momento una política exterior alemana libre de fantasías y que no aspirase a una victoria inalcanzable, sino a un empate factible, habría tenido su oportunidad.

Pero semejante política no existió; a lo sumo se manifestaron determinados estados de ánimo y sus correspondientes vacilaciones. En el verano y el otoño de 1916 las instrucciones que recibía el embajador alemán en Washington variaban con frecuencia; ora debía sabotear las medidas pacificadoras de Wilson, ora promoverlas. También se mantuvieron contactos con el nuevo gobierno ruso vía

Estocolmo e incluso vía Japón, un enemigo nominal. Sin embargo, la «oferta de paz» oficial lanzada por Alemania el 12 de diciembre, totalmente insustancial desde el punto de vista político, más que apoyar las inminentes medidas pacificadoras de Wilson buscaba impedirlas, a pesar de lo cual no se debe excluir que al menos algunos dirigentes alemanes desearan en el fondo, como mínimo temporalmente, el éxito de alguna que otra «ofensiva de paz». Lo que ocurre es que durante todo este periodo de leve apaciguamiento y de posibilidades latentes de firmar una paz verdadera ni un solo miembro de este sector moderado se mostró dispuesto ni un solo instante a restablecer el *statu quo* de 1914 en Bélgica y Polonia. Por eso fracasaron todas las posibilidades de paz: por Bélgica las norteamericanas, y por Polonia las rusas.

Ya en abril de 1916 el canciller alemán había proclamado ante el *Reichstag* que ni en Bélgica ni en Polonia se produciría un retorno a la situación previa al conflicto. Entonces, en el momento psicológicamente más decisivo, Alemania pasó de las palabras a los «hechos consumados»: en el mes de octubre 40.000 obreros belgas fueron obligados a trabajar en la industria bélica alemana y deportados a ese país. El 5 de noviembre se proclamó un «Reino de Polonia» en la Polonia rusa ocupada. Fueron dos golpes certeros contra Wilson y Stürmer.

Ambas acciones son las más incomprensibles de la política bélica germana. ¿Qué pretendía Alemania con Bélgica y Polonia? Ninguna de las dos había pertenecido jamás a Alemania, no querían formar parte de ella, no tenían nada importante que ofrecer y no habían desempeñado el más mínimo papel en ninguno de los grandes planes alemanes para dominar la política internacional y lograr la hegemonía

europea, motivos primigenios de la guerra.

Ni siquiera en 1914 se había pretendido conquistar Bélgica de verdad; sólo se creyó necesitarla provisionalmente como mera vía de paso militar en una campaña que, en realidad, iba dirigida contra Francia. Bethmann había manifestado ya entonces con unas palabras que sonaron valientes y sinceras que con Bélgica se estaba cometiendo una injusticia que sería reparada más adelante y que simplemente se estaba actuando bajo el lema: «La necesidad no sabe de leyes».

¿Qué había cambiado desde entonces? ¿Por qué de repente, dos años después, se necesitaba a Bélgica con una urgencia tal que ella fuese la causa de que fracasase desde el principio una paz tal vez alcanzable y muy necesaria? No era en absoluto cierto que hubiese que «anular» a Bélgica como posible «puerta de entrada enemiga en el futuro». Ningún enemigo había utilizado Bélgica como puerta de entrada a Alemania; más bien al contrario, Alemania la había usado como puerta de entrada a Francia. Puede que algunos pensaran ya en la siguiente guerra, en la que necesitarían a Bélgica —en especial su costa flamenca— como base de una flota para luchar contra Inglaterra; pero en ese caso tendrían que haber ido un paso más allá y llegado a la conclusión de que por eso precisamente Inglaterra jamás aceptaría una paz que no contemplase la restitución de Bélgica. Al margen de esto, en realidad no se sabía qué hacer con Bélgica, se discutía continuamente sobre si había que anexionarla por completo o bien sólo Flandes; si anexionar sólo Lieja y justo Flandes no, sino convertirlo en un Estado satélite y anexionar en su lugar Valonia; si no anexionar Valonia, sino ofrecérsela a Francia en compensación por la anexión de Longwy-Briey… una sucesión de planes confusos y contradictorios que demuestran

claramente que ni siquiera la propia Alemania sabía lo que debía o quería hacer con Bélgica. Lo único que tenía claro es que no quería devolverle su independencia bajo ningún concepto. En 1916 la anexión directa o indirecta de Bélgica se había convertido en un objetivo irrenunciable y su restitución en una exigencia indiscutible. El que sea capaz de entenderlo, que lo haga, pero así fueron las cosas.

La instauración de un reino polaco resulta aún más incomprensible. Era más que evidente que cualquier Estado polaco aspiraría a unificarse con la Polonia prusiana. ¿Acaso estaban dispuestos a ceder las provincias de Posnania y Prusia Occidental, así como la parte polaca de la Alta Silesia? Más bien al contrario: para frenar de una vez por todas estas ambiciones polacas ya se había decidido arrebatar a la nueva Polonia una «línea fronteriza» de la que serían evacuados todos los polacos para hacer sitio a los colonos alemanes. Esta línea fronteriza ocupada por Alemania, que correspondía aproximadamente a lo que más tarde sería el *Warthegau*[3], debía separar de una vez por todas a los polacos prusianos de los polacos polacos.

Bien, de acuerdo, pero era obvio que los polacos no acogerían esta medida precisamente con los brazos abiertos. Por tanto, ¿por qué proclamarlo como Estado? ¿Qué tipo de política es ésa que con toda intención planta ante sus propias narices como enemigo prefabricado una Polonia de nuevo cuño, pero al mismo tiempo mutilada y, sobre todo, lo hace en el momento en el que Rusia por primera vez da claras muestras de que puede estar dispuesta a firmar una paz especial? (Por no mencionar el hecho de que el «Reino de Polonia», que jamás tuvo rey propio ni ajeno, se convirtió a partir de entonces en la manzana de la discordia entre

Alemania y Austria). Para la política alemana relativa a Bélgica y a Polonia, que en 1916, un momento crucial, se concretó en un rechazo a cualquier tipo de pacto o paz especial, así como para este rechazo no hay ninguna explicación lógica, sino sólo una psicológica. Ésa era la contrapartida tras años de autocomplacencia marcada por fantasías de guerra y de victoria. Los alemanes eran incapaces de decir adiós a su sueño dorado; de «renunciar» a todo aquello de lo que previamente habían disfrutado en su cabeza como botín de guerra. Alguna conquista había que sacar de la guerra para no quedar en ridículo ante uno mismo. Puede que no fuese posible obtener Francia o el África central, pero Bélgica y Polonia ya se «tenían»; bien, en ese caso debían asegurarlas. Todos los que sacrificaron vida y hacienda tenían que haber servido para algo, y no había más que Bélgica y Polonia. Se trata de un razonamiento enrevesado, confuso y apenas verbalizable y, sin embargo, es lo único que puede explicar una política por lo demás absolutamente inexplicable.

¿O acaso había otra explicación? ¿Podría ser que, al menos para algunas personas clave, Bélgica y Polonia no fuesen más que un pretexto indiferente y que al menos para algunos dirigentes alemanes de 1916 sólo se tratara de sofocar a cualquier precio la posible «amenaza» de una mediación norteamericana y de una paz especial con Rusia? Semejante hipótesis no se debe descartar, puesto que justo entonces, tras dos años de «aguante» porque sí, en determinados círculos de poder alemanes surgieron de hecho dos nuevos planes concretos —desesperados, sí, pero planes al fin y al cabo— para obtener una victoria absoluta contra todo pronóstico. El primero consistía en librar una guerra submarina sin cuartel contra Inglaterra y, llegado el caso, también contra Estados

Unidos; el segundo, en desestabilizar Rusia. Ante la alternativa de haber hecho la guerra a cambio de nada (si bien habiendo salido indemne) o doblar la apuesta y atreverse a dar el salto hacia lo desconocido y lo imprevisible, algunos de los que entonces tomaron el mando en Alemania optaron por lo segundo. Fue entonces cuando se vislumbraron los próximos dos errores de Alemania.

LA GUERRA SUBMARINA SIN CUARTEL

Con la guerra submarina sin cuartel Alemania cometió por segunda vez el mismo error, sólo que de mayor envergadura, que el que había supuesto el plan Schlieffen. De nuevo estuvo dispuesta a aceptar un mal seguro a cambio de la mera expectativa de obtener un beneficio incierto. Con el plan Schlieffen Alemania quiso dejar a Francia fuera de combate y lo que consiguió fue que entrase Inglaterra. Con la guerra submarina sin cuartel quiso sacar a Inglaterra y lo que consiguió fue que entrase Estados Unidos. En ambos casos el daño seguro fue mayor que la mera expectativa de obtener un beneficio, el cual además en ninguno de los dos casos se produjo.

Estos dos enormes fallos tuvieron su origen en el alto mando del Ejército y la Marina alemanes, que habían dirigido las operaciones de forma excelente. En sentido estrictamente militar, a diferencia de la Segunda Guerra Mundial, en la Primera el mando del Ejército alemán apenas cometió errores graves demostrables (tampoco lo hizo el de la Marina). Se podrán criticar ciertas operaciones (la Batalla del Marne, Verdún), pero en conjunto puede afirmarse que los ejércitos alemanes (al igual que la flota) no perdieron ni una batalla en la Gran Guerra; no hubo ningún Stalingrado, ni un Túnez, ni una Normandía. Lo que ocurrió fue que todos los *pfennige*[4] recaudados por el Estado Mayor del Ejército y de la armada

en forma de batallas victoriosas se malgastaron en miles de marcos con el plan Schlieffen y la guerra submarina sin cuartel. Cada batalla o cada campaña bélica victoriosa suponía para el adversario una pérdida de 100.000 hombres y 1.000 piezas de artillería a lo sumo, pero el plan Schlieffen añadió toda la fuerza de Inglaterra y la guerra submarina toda la fuerza estadounidense, es decir, más de diez millones de hombres y muchas más de 100.000 piezas de artillería en total, por no hablar del resto.

Los fallos decisivos cometidos en un plan estratégico general no se pueden corregir con pequeñas victorias logradas en operaciones concretas, por muy brillantes que sean. Quien no lo entendiese entonces o aún hoy siga sin entender cómo Alemania pudo continuar ganando en el campo de batalla y, a pesar de todo, perder la guerra tiene aquí la respuesta más sencilla.

La guerra submarina sin cuartel fue en cierta manera un fallo aún más imperdonable que el plan Schlieffen. Primero, porque se cometió por segunda vez el mismo error de lógica básico —aceptar un daño seguro a cambio de un éxito puramente especulativo—, aunque ya se hubiese caído en él una primera vez y se pudiese haber aprendido la lección.

Segundo, porque en esta ocasión las cartas estaban más visibles. En 1914 Inglaterra no aclaró su posición de una vez por todas hasta el último momento (por la sencilla razón de que fue sólo entonces cuando se decidió). Convengamos con el Estado Mayor alemán en creer que Inglaterra tomaría parte en la contienda de todos modos, incluso sin plan Schlieffen; convengamos asimismo en esperar (como a todas luces hizo Bethmann Hollweg) que, a pesar del plan Schlieffen, Inglaterra se mantendría neutral. Sin embargo, en el caso de

Estados Unidos no se produjo esta incertidumbre. Estaba fuera de toda duda que Estados Unidos deseaba realmente ser neutral pero que, en el caso de una guerra submarina sin cuartel, combatiría a toda costa. En esta ocasión todos los implicados conocían de antemano, porque se les había comunicado de forma clara, repetida e inequívoca, el precio asfixiante que habían de pagar por la expectativa de obtener la victoria; no podían llamarse a engaño.

Tercero y último, a diferencia del plan Schlieffen, la decisión de emprender una guerra submarina sin cuartel digamos que fue tomada a cámara lenta. El plan Schlieffen fue urdido con gran secretismo por el Estado Mayor sin que los políticos supiesen muy bien qué estaba ocurriendo; el 2 de agosto se empezó a ejecutar de repente y sin que los políticos pudiesen ya modificarlo por mucho que hubiesen querido. Sin embargo, la guerra submarina sin cuartel fue debatida y discutida arduamente durante dos largos años, primero entre el canciller y el mando de la Marina y después entre el canciller y el alto mando del Ejército. No hubo ni un solo argumento a favor o en contra al que no se le diesen todas las vueltas posibles. Dos veces se decidió emprender la guerra submarina y otras dos se revocó la decisión. Cuando, en enero de 1917, ésta se volvió a tomar por tercera vez de forma definitiva, todos sabían lo que hacían. Por otra parte, en este caso tanto la tentación como el apuro eran mayores que con el plan Schlieffen. Dicho plan llevaba aparejada cierta arbitrariedad y autocomplacencia. El Estado Mayor había tenido una idea genial, se había prendado de ella y lo había apostado todo sin mirar a izquierda ni derecha por más posibilidades que hubiese habido. A comienzos de 1917 puede que la guerra submarina sin cuartel fuese efectivamente

la única oportunidad realista que tenía Alemania de ganar la guerra. Si renunciaba en redondo a una paz pactada, no le quedaba más remedio que jugarse el todo por el todo y apostar a esa sola carta, teniendo la certeza de que sufriría la más absoluta derrota si no era la ganadora, puesto que a nadie se le escapaba que la entrada de Estados Unidos en el conflicto iba a suponer un aumento asfixiante de la superioridad de la coalición enemiga, ya de por sí más fuerte.

Alemania lo apostó todo a una carta en verdad muy poco segura. En aquella época los submarinos eran un arma nueva que no había sido probada en ningún conflicto previo. Claro que las armas nuevas y desconocidas son siempre especialmente eficaces antes de que el adversario pueda adaptarse a ellas, ya que generan cierto efecto de sorpresa y confusión; son «armas milagrosas» capaces de causar pánico. Por otra parte, las armas nuevas comienzan siendo primitivas y técnicamente poco avanzadas. En la Primera Guerra Mundial los submarinos fueron unos productos prematuros de la tecnología bélica, tan quebradizos y hasta divertidos por lo rudimentario de su construcción como los aviones: en realidad se trataba más bien de barcos sumergibles que de submarinos, pues se desplazaban bajo el agua lentamente y a ciegas, obligados a subir una y otra vez a la superficie para cargar las baterías. También sobre el agua eran tremendamente débiles y vulnerables, y justo esta circunstancia les forzaba a combatir de una manera especialmente brutal. Un submarino emergido que según las reglas de la guerra de corso disparase al aire para capturar a otro navío se convertía en presa fácil incluso de un buque mercante desarmado. El éxito sólo lo garantizaba pues una guerra submarina «sin cuartel» en la que un barco sumergido e

invisible pudiese torpedear sin previo aviso todo lo que se le pasara por delante.

Sin embargo, este tipo de combate submarino, en el que tanto los buques mercantes como los de guerra, tanto los neutrales como los implicados tuviesen que contar en la misma medida con que les hundiesen por completo y sin previo aviso, de forma que los náufragos quedasen a merced del destino, puesto que los submarinos casi nunca estaban en disposición de ocuparse de ellos; este tipo de guerra contravenía sin lugar a dudas el derecho internacional, y eso fue lo que hizo intervenir a Estados Unidos. La mayor potencia neutral y su más que provechoso comercio marítimo no estaban dispuestos a que sus barcos fuesen hundidos y sus marineros se ahogasen en una guerra ajena. Para Estados Unidos éstas eran acciones bélicas que merecían una respuesta bélica.

Ante esto podría argumentarse que el bloqueo al que Inglaterra sometía a Alemania desde lejos atentaba igualmente contra el derecho internacional (argumento que sería discutible), o también que el derecho de guerra naval vigente entonces no había considerado aún el submarino como arma y, por tanto, requería una revisión. Todo esto se dijo, pero no sirvió de mucho, pues Estados Unidos hacía oídos sordos a este respecto. Una guerra submarina sin cuartel significaba una guerra contra Estados Unidos, no había vuelta de hoja. Lo cierto es que en dos ocasiones, en la primavera de 1915 y la de 1916, Alemania transigió ante la amenaza de guerra norteamericana y retiró el anuncio de una guerra submarina, ante lo cual Estados Unidos en ambas ocasiones mantuvieron su palabra y permanecieron en actitud neutral.

Ésta fue una doble victoria de los políticos alemanes, a

quienes la apuesta les parecía demasiado alta y demasiado osada, frente a los militares y, en especial, frente a unos almirantes decididos a jugarse el todo por el todo. Sin embargo, éstos no se rindieron, sino que siguieron construyendo submarinos febrilmente. Afínales de 1916 habían acumulado 200.

Mientras tanto continuaban empleando todos los medios, incluida la propaganda de masas, para acabar imponiendo la guerra submarina, cosa que finalmente lograron a principios de 1917.

Sus argumentos eran en verdad convincentes. Aún hoy lo son si olvidamos por un instante lo que sabemos desde entonces; este ejercicio sirve para aprender cómo hacer campaña a favor del error más grave y catastrófico y lograr que tenga éxito.

El tonelaje mundial, del que dependía por completo la estrategia bélica aliada y, sobre todo, la británica, no era ilimitado. Es obvio que la magnitud exacta no se podía calcular en situación de guerra. Albert Ballin la estimó en 40 millones de toneladas; otros cálculos arrojaban una cifra inferior. El mando de la Marina alemana se comprometió a aplicar una estrategia bélica ilimitada según la cual sus 200 submarinos hundirían como mínimo 600.000 toneladas al mes. Esto significaba que en un plazo máximo de seis años ya no habría ni un solo barco, los mares del planeta quedarían limpios e Inglaterra estaría literalmente en dique seco. Era una perspectiva inquietante y vertiginosa.

Pero ya mucho antes, al cabo de uno o de medio año, el tonelaje disponible no alcanzaría para cubrir las necesidades bélicas inglesas. El suministro de la industria armamentística quedaría paralizado, Inglaterra pasaría hambre, es más, se

moriría de hambre, pues no podía emular a la Alemania bloqueada y malcomer de su propia agricultura. Así, la orgullosa Inglaterra sería sometida y se vería obligada a pedir y a suplicar la paz. Y con Inglaterra se derrumbaría toda la coalición enemiga. Francia no podía subsistir sin Inglaterra, y sin ellas Rusia tampoco podía aguantar. La victoria total ya no se obtendría gracias al increíble y numeroso ejército alemán, sino a través de un truco sencillo y genial con el que nadie contaba.

¿Y qué pasaba con la contrapartida? ¿Qué ocurriría con la entrada en el conflicto de Estados Unidos, sus 120 millones de personas y su capacidad industrial, ya entonces ilimitada? Los almirantes que ejercían de incansables propagandistas en la prensa, ante las asociaciones y en diversos encuentros también tenían una respuesta a esta pregunta.

Primero, decían, la industria norteamericana ya está trabajando a toda máquina para los enemigos de Alemania, así que en este sentido no se produciría ningún cambio reseñable.

Segundo, hasta que los grandes ejércitos norteamericanos se movilizasen y estuviesen formados pasaría mucho tiempo. Los primeros estadounidenses no llegarían a hacerse notar en los campos de batalla franceses antes de 1918; es más, la plena intervención norteamericana no sería factible hasta 1919 ó 1920. Hasta entonces Inglaterra y la Entente habrían sucumbido de sobra y la guerra habría terminado. Y tercero, ¿cómo iban a llegar los estadounidenses a Europa? Los submarinos se ocuparían de que no cruzaran el Atlántico vivos.

Es obvio que cada uno de estos puntos suscitaba reservas y objeciones y, en este caso, no se puede reprochar a la cabeza

política del Imperio alemán que no fuese consciente de ellas ni las hiciese valer. El canciller Bethmann luchó contra la guerra submarina como jamás lo hizo contra el plan Schlieffen y, cuando acabó cediendo, lo hizo sin convicción interna, pero la presión se había vuelto insoportable. El mando de la Marina no sólo había puesto de su parte al entonces casi todopoderoso alto mando del Ejército, sino también al *Reichstag* (incluso a gran parte de las filas socialdemócratas) y a la opinión pública. Los políticos contrarios a la idea figuraban ya como traidores y saboteadores de una victoria alemana.

El plan Schlieffen había sido un fallo oculto del Estado Mayor; la guerra submarina sin cuartel fue un fallo cometido por el conjunto del pueblo alemán.

Fueron muchos los factores que influyeron: la vieja idea prebélica de que el auténtico enemigo no era otro que Inglaterra, con quien había que disputarse la hegemonía mundial; la exasperación, aún no liberada por completo, producida por la declaración de guerra y el bloqueo ingleses, así como por el hecho de no haber terminado de hacer mella justamente a ese país. Alemania practicaba contra Francia y Rusia una guerra al menos tan activa como la que ambas naciones dirigían contra ella pero, en el caso de Inglaterra, Alemania sólo había logrado reaccionar tímidamente ante su eficaz táctica bélica. Al final se llegó a la conclusión, del todo cierta, de que era Inglaterra la que en ese momento sustentaba toda la coalición enemiga y de que su neutralización conduciría a la victoria total.

Y a todo esto hay que sumar el estado de ánimo en el que se encontraba Alemania por entonces, a comienzos de 1917: la desnutrición sumada a un desgaste excesivo, las expectativas

sobrealimentadas, la impaciencia nerviosa y palpitante, la sensación de haber hecho un esfuerzo inútil y de unas fuerzas en continua disminución, la búsqueda desesperada de una idea que aún pudiese garantizar la victoria. Allí estaba esa idea, que además prometía la victoria en un plazo de seis meses, con una cifra de nuevas víctimas relativamente escasa, por así decirlo al más puro estilo de David y su honda, con un golpe directo en la frente de su odioso adversario. ¿Cómo renunciar a intentarlo? La suave voz disidente que advertía y recordaba que era imposible que fuese tan fácil, que las armas milagrosas aisladas jamás habían logrado decidir una guerra y que contra cualquier nueva arma tarde o temprano se encontraba otra, no logró hacerse eco entre tanto ruido. ¿Y Estados Unidos? Estados Unidos estaba lejos y el momento en el que de verdad pudiesen intervenir parecía más lejano aún.

Al final todo se redujo al hecho de si se podría materializar la promesa de destruir 600.000 toneladas en buques al mes. Nadie podía saberlo a ciencia cierta, pero puestos a confiar en alguien, ¿en quién sino en los expertos de la Marina, con mayor conocimiento de causa? Todos ellos hablaron con una sola voz, una voz que manifestaba no sólo una seguridad absoluta en sí mismos, sino un apremio casi desesperado. Hubo almirantes que empeñaron públicamente su palabra de honor como oficiales al asegurar que con la guerra submarina se conseguiría obligar a Inglaterra a firmar la paz en un plazo de seis meses (según algunos incluso de cuatro). Aquél no era el lenguaje de un experto objetivo, sino más bien el de un propagandista, pero en los oídos de un pueblo sediento de victoria al tiempo que harto de la guerra y sometido a una tensión física y psíquica cercana al desgarro tenía que sonar

irresistible.

Se sabe cómo ocurrió. La guerra submarina sin cuartel comenzó el 1 de febrero de 1917 y Estados Unidos declaró la guerra a Alemania el 3 de abril no sin haber dudado por espacio de dos meses, durante los cuales el presidente Wilson trató en vano de conseguir que los alemanes se retractasen por tercera vez de su decisión o hiciesen al menos una excepción con los barcos estadounidenses. A lo largo de tres meses los submarinos alemanes cumplieron su promesa con creces. En abril el número de hundimientos alcanzó la tremenda cifra de 849.000 toneladas en buques. Los rostros de *Whitehall* y *Downing Street* palidecieron: en aquel momento de la guerra, también una Inglaterra aterrorizada vio ante sí una derrota inminente.

Sin embargo, la necesidad agudiza el ingenio y, teniendo el fracaso tan cerca, el mando de la Marina británica decidió experimentar algo que todos sus expertos habían descartado por inútil: el sistema de convoyes para buques mercantes. Y funcionó a la perfección.

La historia de la guerra submarina es, en ambos bandos, la historia del ridículo que hicieron los expertos. Ni los especialistas de la Marina alemana ni los de la británica consideraron seriamente la posibilidad de utilizar este método sencillo y, tal y como se comprobó más adelante, de una eficacia decisiva, ya que su instinto les decía que los convoyes serían para los submarinos unos objetivos más sólidos que los barcos que navegaran dispersos y en solitario. Lo que en este caso les pasó inadvertido (cosa rara entre marineros) fue la ampliación del escenario en el que tuvo lugar la batalla naval. En el ancho mar tanto los convoyes como los buques aislados no eran más que un punto minúsculo, pero de repente hubo

muchos menos puntos minúsculos; con un radio de acción reducido los submarinos tenían que buscar mucho más para dar con uno de ellos. Y ahora esos «puntos» iban armados: los submarinos tenían que atacar mientras ellos mismos eran atacados por los buques de guerra que escoltaban a los mercantes. La unión de ambas cosas supuso, al menos en la Primera Guerra Mundial, la derrota de los submarinos.

En mayo de 1917 los primeros convoyes de prueba comenzaron a navegar. A partir de julio los hundimientos nunca volvieron a alcanzar la cifra prometida de 600.000 toneladas. A partir de agosto, cuando todos los barcos, tanto los aliados como los neutrales, ya sólo viajaban escoltados por convoyes, los hundimientos descendieron en picado mientras la cifra de submarinos perdidos aumentaba vertiginosamente. En enero de 1918 el número de barcos de nueva construcción volvió a superar el de hundimientos.

Por entonces en Alemania ya nadie hablaba de una victoria fruto de una guerra submarina sin cuartel. Una de las mayores curiosidades de la Primera Guerra Mundial es precisamente el silencio absoluto con el que se extinguió una esperanza de triunfo encendida con tanto furor. Fue como si jamás hubiese existido. Ni siquiera supuso un revés moral perceptible ni hubo reproches públicos contra los expertos de la Marina que con tanta autosuficiencia habían anunciado una victoria segura. Es posible que muchos se avergonzaran de haber compartido esta certeza tan a la ligera, o puede que las nuevas expectativas de victoria distrajesen la atención, pues, entretanto, Rusia se había quedado fuera de combate.

Pero también Estados Unidos había entrado en la guerra, circunstancia que sentenció el final del conflicto. La aparición de un adversario en plenas facultades, que por sí solo era casi

dos veces mayor en número y disponía de más del doble de capacidad económica y armamentística que Alemania, sumada a una Francia invicta y una Inglaterra que acababa de alcanzar la plenitud de su capacidad militar era demasiado para una Alemania extenuada, desnutrida y cansada de luchar. El error de cálculo que supuso el plan Schlieffen y sus terribles consecuencias había sido compensado durante tres años por un ejercicio de pura fuerza por parte de un pueblo y un ejército por entonces tremendamente vigorosos, frescos y entusiasmados. El error de cálculo que supuso la guerra submarina fue mortal. Hiciera lo que hiciera Alemania (y lo cierto es que hizo cosas sorprendentes), a partir de ese momento su derrota fue completamente inevitable.

Al mismo tiempo esta derrota, aún imperceptible para los alemanes, adquirió unos rasgos mucho más amenazantes y angustiosos que los que había tenido hasta entonces. Bien es cierto que ya antes en Alemania se tenía por costumbre hablar de la «voluntad de aniquilación del enemigo», pero hasta el momento no había sido más que una frase hecha o una forma de demonizar al adversario con la que uno sólo consigue ponerse en evidencia. La Entente ni siquiera tuvo una verdadera voluntad de aniquilación en 1919, cuando de una vez por todas pudo hacer con Alemania lo que le viniese en gana; también en esa ocasión permitió la continuación del Imperio alemán. Sin embargo, entre los objetivos bélicos de los aliados antes y después de 1917 sí que había una gran diferencia que perjudicaba a Alemania.

Antes de 1917 las consecuencias de una derrota alemana aún habrían resultado incluso soportables. Sólo Francia tenía un objetivo territorial directamente opuesto a los intereses alemanes, si bien modesto: Alsacia y Lorena. Rusia e Italia

demandaban territorios, en algunos casos de extensión considerable, a Austria y a Turquía, no a Alemania. Hasta 1917 Inglaterra combatió tradicionalmente sólo por restaurar el amenazado equilibrio europeo. Sus objetivos bélicos explícitos se limitaron a la restitución de Bélgica y a un desarme generalizado.

Hasta finales de 1916 cualquier paz firmada incluso con una Alemania vencida se habría parecido probablemente más a las paces anteriores pactadas en Europa que a todo lo que realmente sucedió después. Hasta 1916 se habría puesto freno al poder desmesurado de Alemania, que habría perdido Alsacia y Lorena y probablemente habría estado obligada a pagar una indemnización considerable; pero de cara al exterior habría seguido siendo una gran potencia entre iguales y de cara a sí misma la monarquía conservadora que siempre fue. Es cierto que también en los albores del conflicto, precisamente entonces, hubo manifestaciones por parte de algunos dirigentes aliados que declararon una guerra abierta al sistema imperial como tal, pero antes de 1917 la política gubernamental establecida y proclamada oficialmente en ningún momento apuntó en esa dirección; es más, también cabe reseñar manifestaciones de lo más comedido que datan justo del año 1916.

Pero todo cambió a partir de 1917. El discurso en el que el presidente Wilson exigió ante el Congreso en Washington una declaración oficial de guerra a Alemania tuvo tintes realmente novedosos: «La paz y la libertad estarán amenazadas», afirmó Wilson, «mientras existan gobiernos autocráticos que sólo obedezcan a su propia voluntad y no a la de su pueblo. Es necesario asegurar la democracia en el mundo». Hasta ese momento la Entente nunca se había

planteado inmiscuirse en la política interna de Alemania, modificar su Ley Fundamental ni abolir su monarquía. Estados Unidos, una vez provocado a tomar parte en el conflicto, consideraron estas medidas lo más normal del mundo. La participación de los norteamericanos no sólo supuso la llegada de un gigante cuya fuerza se medía en una escala totalmente distinta a la de quienes hasta entonces se habían enfrentado, sino también la introducción de ideas y objetivos bélicos totalmente novedosos, ajenos y, ante los ojos de Europa, pero muy en especial de Alemania, revolucionarios.

Tras las atrocidades, el sufrimiento y el miedo vividos durante la guerra submarina, tampoco Inglaterra mostraba ya esa flema casi mayestática de los primeros años del conflicto. Antes sólo se pretendía frenar el exceso de poder de Alemania como se hiciera en su día con España y Francia; ahora cobraba cada vez más fuerza la obligación de volver inofensivo a ese enemigo sin escrúpulos que no se amedrentaba ante nada ni nadie. La idea de desarmar unilateralmente a Alemania, disolver su Estado Mayor, ejercer un control sobre sus arsenales y exigirle una indemnización durante años fue adquiriendo consistencia. Aún no se trataba de una «voluntad de aniquilación», pero en ese momento sí que se constituyó una oscura y firme voluntad de castigo. Alemania ya no podía esperar salir indemne de aquella situación.

A consecuencia de la guerra submarina y de la entrada de Estados Unidos, en la mente de los políticos aliados de Occidente y en los sentimientos de sus pueblos fue entretejiéndose lentamente lo que dos años más tarde sería el Tratado de Versalles. Lo que faltaba aún eran las disposiciones territoriales que afectarían al Este, pero también

en este sentido la propia Alemania, mediante la política practicada con Polonia, se había encargado de dar ciertas ideas a los aliados occidentales. Dichas ideas no resultaban practicables mientras Rusia siguiera siendo un aliado de Occidente; lo que no se podía hacer era arrebatar a la Rusia aliada su parte de Polonia para luego completarla a costa de Prusia. Para que esta idea madurase del todo hubo que esperar a que se sumaran la desestabilización de Rusia y su salida de la Entente. Fue Alemania la que se encargó de que también esto ocurriera. La alianza estratégica de la Alemania imperial, tremendamente conservadora, con el bolchevismo ruso; es decir, el siguiente punto en la lista de planes a la desesperada con los que Alemania aún trató de forzar la victoria de una causa que, en realidad, ya estaba del todo perdida, fue el error más extraordinario de todos los que cometió Alemania en la Primera Guerra Mundial, además de ser el que tuvo las consecuencias más duraderas desde el punto de vista histórico. Este error sucedió inmediatamente al de la guerra submarina sin cuartel.

EL JUEGO DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL Y LA BOLCHEVIZACIÓN DE RUSIA

Resulta obvio que la bolchevización de Rusia fue principalmente obra de Lenin, pero también lo fue de Alemania, y no en el sentido de quienes afirman que la posterior propagación del comunismo en Europa central fue obra de Hitler. Hitler nunca pretendió que a raíz de la Segunda Guerra Mundial hubiese gobiernos comunistas en Varsovia y Berlín Este, simplemente lo provocó. Sin embargo, en el hecho de que a raíz de la Primera Guerra Mundial hubiese un gobierno comunista en Moscú no sólo influyó de manera decisiva el entonces gobierno del *Reich*, sino que éste así lo quiso. La bolchevización de Rusia fue consecuencia de una política consciente, muy meditada y sólo en esa ocasión lograda por parte de la Alemania imperial durante la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, serán pocos los que hoy en día disientan de que, a pesar de todo, aquello también fue un error desde el punto de vista alemán.

Tampoco es que se tratara de una auténtica política a la desesperada; Alemania en ningún caso actuó como un Sansón cegado que, llevado por el ansia heroica de perecer, derrumba el templo de los filisteos por encima de su propio cadáver. Ni siquiera es posible sostener que Alemania sólo concibiera la bolchevización de Rusia como último recurso para salvar nada más que su pellejo. El mes de abril de 1917, cuando el

gobierno alemán envió a Lenin a Rusia, fue el mes dorado de la guerra submarina en el que se hundieron 849.000 toneladas en buques y la derrota británica parecía estar a la vuelta de la esquina. Y fue el conde Brockdorff-Rantzau, uno de los promotores del encargo a Lenin, quien exigió el cumplimiento de esta misión «para garantizar nuestra victoria en el último segundo»; para garantizar por tanto la victoria, no una mera salvación.

Con la bolchevización de Rusia se pretendía algo más que conseguir una paz parcial en el este sólo para librarse de una guerra en dos frentes. Eso ya se habría podido obtener en 1916 del gobierno de Stürmer. De la bolchevización de Rusia se esperaba mucho más: una paz victoriosa en el este, el descalabro de Rusia y su anulación como potencia por mucho tiempo. Al principio dio toda la impresión de que estos cálculos iban a salir bien. Nadie podía imaginar entonces que, a largo plazo, la bolchevización de Rusia sería precisamente lo que la convertiría en una auténtica superpotencia, ni que el bolchevismo a la larga no produciría en Rusia el venenoso efecto letal deseado, sino que actuaría como un tremendo reconstituyente.

En su papel de comadrona en el nacimiento de la Rusia bolchevique, Alemania no se limitó a poner a disposición de Lenin y de algunos otros dirigentes revolucionarios un tren especial para atravesar el país. Alemania financió además las actividades del partido bolchevique en Rusia en el verano y el otoño de 1917, actividades sin las que la Revolución de octubre no habría tenido lugar. Asimismo, Alemania probablemente le salvó la vida al régimen bolchevique o al menos le cubrió las espaldas de manera decisiva en el verano de 1918, cuando sufrió la primera y más grave crisis de un

gobierno aún no consolidado. Todo este proceso de colaboración, con toda su espeluznante problemática por ambas partes, en modo alguno obedeció a una improvisación del momento. Sus raíces se remontan hasta el primer año del conflicto.

Hoy casi se ha olvidado que Alemania planteó la Primera Guerra Mundial y sobre todo su primera fase como una guerra revolucionaria pero, al hacerlo, se mezclaron dos cosas: la revolución como objetivo bélico y la revolución como instrumento bélico.

La revolución que Alemania en verdad deseaba y a la que realmente llevaba aspirando durante las dos últimas décadas previas a la guerra era una revolución de la estructura de los Estados que significaba la imposición de una hegemonía alemana en Europa y el colapso de la hegemonía británica en ultramar. Ésta habría sido ciertamente una revolución de máximas proporciones, pero sólo habría afectado a la estructura de los Estados, no a la de las sociedades, e incluso dentro de aquélla no habría supuesto más que una alteración del orden establecido. El sistema de Estados imperialistas como tal, es decir, ese sistema basado en una férrea jerarquía de Estados, en la hegemonía de las grandes potencias y la explotación de los débiles por parte de los fuertes no era en modo alguno lo que Alemania quería cambiar; es más, puede que incluso pretendiese reforzarlo.

Sin embargo, una vez embarcada en una guerra contra una coalición más fuerte formada por tres grandes potencias, Alemania estuvo dispuesta a servirse de ideas revolucionarias mucho más radicales como *instrumento* bélico. Con tal de combatir entonces al imperialismo *inglés* también se dio la bienvenida como socios a todas aquellas ideas y efectivos

dirigidos contra *todo* tipo de imperialismo; y con tal de derribar a la potencia rusa Alemania estaba dispuesta a pactar incluso con la revolución nacional y la revolución social en Europa del Este. La «guerra santa» del Islam, la sublevación india, el alzamiento egipcio, las aspiraciones nacionalistas de Finlandia, Polonia, Ucrania y el Cáucaso y, por último, también la revolución proletaria que llevaba incubándose en Rusia desde hacía dos décadas y cuya llama ya se había avivado una vez en 1905, todo ello se convirtió de repente en objeto de máximo interés para Alemania en agosto de 1914; para todo se buscaron «especialistas», para todo se encontró financiación y buenas intenciones. Es un espectáculo extraordinario e increíblemente fantástico ver cómo aquella Alemania romántico-conservadora que en su propio territorio se acobardaba ante el más mínimo intento de democratización, por ejemplo la abolición del sufragio de tres clases prusiano, desempeñaba de pronto en todo el resto del mundo el papel de benefactora y promotora de la revolución mundial. Pero fue éste el espectáculo que en verdad se representó; a todo el que se fije con detenimiento no podrá pasarle inadvertido. En la Primera Guerra Mundial la Alemania imperial y conservadora tendió un cable suelto muy particular a todas las nuevas fuerzas revolucionarias que desde entonces, en efecto, han determinado la historia del siglo XX: fuerzas anticoloniales, nacionalistas y partidarias de la revolución social.

Claro que Alemania no estaba representando un espectáculo del todo auténtico y, a menudo, no fue muy consciente del carácter incendiario de los argumentos que estaba manejando. Simplemente actuaba guiada por esa máxima facilona de que en el amor y en la guerra cualquier

instrumento es lícito y de que vale más quien es capaz de poner al diablo a tirar del carro en el infierno y exigirle después el pago de la carrera. El cómo deshacerse luego de los fantasmas invocados era una preocupación que se dejó para más adelante.

Finalmente resultó que dicha preocupación, en la mayoría de los casos, ni siquiera tuvo razón de ser, pues toda la actividad prorrevolucionaria de Alemania a escala mundial más bien se aletargó al cabo del primer año de conflicto, de manera que hoy casi ha caído en el olvido por la sencilla razón de que aquello no quedó en nada, a excepción claro de la bolchevización rusa, la cual no se produjo hasta mucho más tarde, en 1917, a modo de consecuencia tardía.

En principio no se produjo sublevación alguna, ni india ni egipcia, las distintas nacionalidades del imperio zarista también permanecieron en calma y, durante los primeros años de la guerra, incluso la revolución social rusa pareció estar paralizada: Lenin en Zürich y Trotski en París no podían más que exasperarse ante el «patriotismo social» de los camaradas de la patria que apenas iba a la zaga del patriotismo de los socialdemócratas alemanes.

Lo que Alemania —bastante inexperta en un mercado ya de por sí tan opaco— había adquirido era en su mayoría un puñado de impostores y aventureros de la política que prometían mucho y cumplían poco. Al menos uno de ellos, Alexander Parvus-Helphand (una figura ambigua, mitad revolucionario auténtico, mitad hombre de negocios político) ya en 1915 facilitó al Ministerio de Exteriores alemán el contacto con Lenin. Desde entonces se supo que Lenin era el único socialista ruso con rango suficiente dispuesto a aceptar una paz especial, por cierto sin apenas condiciones, a cambio

de salvar la revolución rusa. Se habían mantenido contactos con él y su nombre figuraba en la lista. Puede que incluso se reparase en que aquel hombre estaba hecho de una pasta distinta al grueso de los políticos emigrados con los que se trataba normalmente. Cuando en marzo de 1917 el zar fue derrocado por sorpresa y sin intervención alemana alguna y todo se puso en marcha, muchos se acordaron de aquel revolucionario.

La iniciativa del viaje de Lenin desde Suiza a Rusia pasando por una Alemania en guerra partió de esta última, no de Lenin; es más, Lenin tuvo incluso el descaro de hacerse de rogar y poner condiciones, aunque lógicamente estaba deseando intervenir en la política rusa cuanto antes. La más curiosa de estas condiciones fue que la postura de un emigrante ruso ante la disyuntiva de la guerra o la paz no constituyese un criterio para autorizar su paso por Alemania, es decir, que junto con Lenin también debían poder regresar los «patriotas sociales» rusos partidarios de la guerra. Aún más extraño fue que el gobierno alemán aceptase esta condición. Es evidente que el sentido de este pacto, en el cual ninguna de las dos partes podían estar interesadas, sólo podía residir en proteger a Lenin de la acusación de ser un agente alemán (acusación vertida casi desde el primer momento). Y es evidente que ambas partes consideraron necesaria esta medida de protección.

Por supuesto que Lenin no era un agente alemán; más bien al contrario, Lenin jugaba con el gobierno alemán al mismo juego que éste practicaba con él, un juego cuyo resultado consistía precisamente en poner al diablo a tirar del carro en el infierno y exigirle después el pago de la carrera. Pero es igualmente cierto que, sobre esta base establecida entre dos

partes completamente enfrentadas y ajenas la una a la otra (que además se subestimaban mutuamente de forma casi cómica), se pactó algo más que solo el paso de Lenin por Alemania de camino a Rusia.

Tal vez no se debería hablar de un «complot» entre Lenin y Ludendorff (por entonces el hombre más poderoso de Alemania), puesto que todo «complot» presupone la existencia de un objetivo común. El juego al que jugaron Lenin y Ludendorff se asemejaba más a una apuesta, una apuesta por ver quién era capaz de aprovecharse más del otro y al final reírse de él. Sin embargo, lo que surgió a partir de esa extraña constelación fue un considerable trabajo en equipo que tuvo consecuencias históricas.

De lo que no cabe ninguna duda seria es sobre todo de la financiación por parte alemana de las actividades realizadas por el partido bolchevique en el verano de 1917. El magnífico crecimiento del partido entre los meses de abril y agosto (de 78 a 162 agrupaciones locales y de 23.000 a más de 200.000 miembros), el aumento igualmente súbito de la tirada de la prensa partidista bajo unas condiciones de auténtica escasez de papel, así como el equipamiento armamentístico de la Guardia Roja, todo eso precisó de grandes sumas y lo cierto es que el partido bolchevique, incluso en su etapa de prosperidad relativa anterior a la guerra, siempre padeció graves necesidades económicas; es más, en ocasiones se había visto obligado a financiarse a través del robo de bancos. Sin embargo, el partido jamás aclaró el origen de aquella abundancia repentina de fondos que siguió a una etapa de absoluta escasez.

Tampoco los alemanes dieron una explicación oficial, pero existe un informe interno del entonces secretario de Estado de

Asuntos Exteriores alemán, Von Kühlmann, con fecha del 3 de diciembre de 1917, que reza: «Sólo los recursos que les suministramos continuamente a los bolcheviques por múltiples vías y de múltiples maneras les han permitido poner en marcha el *Pravda*, su máximo órgano de expresión, llevar a cabo una gran labor de agitación y ampliar considerablemente la base de un partido que al principio tuvo escasos apoyos». No hay razón alguna para creer que Kühlmann se inventara algo así en un informe interno.

Por cierto que a través de otros documentos alemanes es posible incluso calcular la cifra aproximada de fondos suministrados entonces a los bolcheviques; ésta podría rondar los 26 millones de marcos, tal vez algo menos, pero en ningún caso más. Se trata pues de una cantidad ridícula para una potencia en plena guerra que en el mismo periodo gastaba miles de millones en operaciones militares, pero no estaba nada mal para un partido que se preparaba para asumir el poder político en su país. Además, esto es una asombrosa demostración de lo poco que se corresponde la importancia de una operación con los costes que ésta conlleva: esos míseros 26 millones alteraron el rumbo de la Historia; los cientos de miles de millones y muchos más que Alemania invirtió en la gestión militar del conflicto se gastaron para nada.

Hasta aquí nos hemos movido sobre el terreno más bien seguro de los hechos. Lo que Lenin y los representantes del gobierno alemán pactasen más allá de ahí en los meses de marzo y abril de 1917 es pura especulación y lo seguirá siendo. No hay documentos al respecto, pero a nadie se le escapará que el gobierno alemán no financió el viaje a Rusia de un líder socialista soviético totalmente desconocido (y no muy de su agrado) ni le dio 20 millones porque sí. Es natural

que Alemania esperase algo concreto a cambio: una segunda y rapidísima revolución que tuviese como objetivo acordar una paz especial inmediata y sin apenas condiciones y después la firma de esa paz. No hay razón por la que Alemania no hubiese mencionado este objetivo a las claras en sus negociaciones con Lenin, ni tampoco motivo por el que Lenin hubiese tratado de sortear dicha exigencia, puesto que en eso precisamente consistía su plan, en cuya consecución él, por su parte, quería involucrar a Alemania.

Lenin no sólo había rechazado siempre con desprecio el «patriotismo social» de la mayoría de socialistas europeos, sino también el pacifismo de su ala izquierda, que se limitaba a exigir el fin de la guerra cuanto antes, «sin anexiones ni indemnizaciones». Lo que Lenin ansiaba era que la guerra se convirtiese en una revolución al menos en un país, el suyo. Su idea de cómo lograrlo había cambiado mucho en el transcurso del conflicto, pero fue sólo entonces cuando vio un camino muy claro ante sí: el único objetivo capaz de activar la energía revolucionaria del pueblo ruso era la firma de una paz inmediata. Eso era lo que realmente querían las masas soviéticas de entonces, cosa que los liberales y los socialistas de derechas burgueses que habían llegado primero al poder en marzo no estaban dispuestos a darles. Así, lo que hicieron fue poner en manos de Lenin y de su partido bolchevique el instrumento necesario para derrocarlos. El propio Lenin, con ayuda del partido por él fundado, se encargaría de proporcionar a la revolución un contenido socialista; pero el partido haría la revolución en nombre de la paz. (Ése fue después el doble lema: ¡Paz y tierra!).

De esta concepción tan clara y sencilla se derivó también sin mayor dificultad la política de alianzas internacionales de

Lenin. A la Entente le interesaba que Rusia siguiera en guerra; a Alemania, todo lo contrario. De este modo Alemania se convirtió en el aliado, socio y financiador natural de Lenin, mientras que la Entente hizo lo propio con los adversarios de éste. La circunstancia de que Alemania, desde el punto de vista ideológico, estuviese más distante, fuese más hostil y aún más «reaccionaria» que la Entente no le interesó a Lenin en absoluto.

Lenin no se hacía ilusiones en cuanto al hecho de que la paz que Alemania impondría a Rusia sería dura y amarga. A diferencia del resto de dirigentes bolcheviques, Lenin no vaciló ni un instante en el drama posterior que tuvo lugar en Brest-Litovsk. Las condiciones de paz alemanas, insoportables para cualquier patriota ruso convencional, no le hicieron siquiera pestañear. En su opinión estas condiciones eran veleidosas, lo decisivo era la implantación de la revolución socialista en Rusia, la cual crearía algo duradero, que trascendería a escala mundial. Habiendo vencido en un país la revolución acabaría extendiéndose tarde o temprano y llegaría un momento en el que su propagación, la «revolución mundial», acabaría con las condiciones de paz impuestas por Alemania.

Muchos líderes bolcheviques de 1917, por ejemplo Trotski, el gran adversario y compañero de Lenin, esperaban que la revolución se extendiese a otros países, sobre todo a Alemania, en un futuro inmediato. Así lo esperaban y apostaron por no tener que contemplar el duro rostro de Ludendorff ya durante las negociaciones de paz; sus interlocutores serían los representantes del proletariado alemán que para entonces habría tomado ejemplo de la revolución rusa. En ocasiones también Lenin alentó este tipo

de esperanzas; probablemente tuvo que hacerlo para animar a sus correligionarios a cometer la tremenda osadía hacia la que pretendía arrastrarlos. La revolución rusa como «mecanismo de ignición» de una revolución europea, el «levantamiento del sitio» bajo el que peligraba el régimen bolchevique ruso mediante la instauración sucesiva de los correspondientes regímenes simpatizantes en otros países europeos más poderosos y más avanzados e ideas similares fueron las que desempeñaron un importante papel, en algunos casos puede que decisivo, en las mentes de los primeros bolcheviques, y no sería Lenin quien los desalentara.

Sin embargo, estas ideas no fueron propias de Lenin, al menos no sus ideas principales, por las que él apostó. Bien es cierto que si la revolución se hubiese propagado de inmediato desde Rusia a Alemania y a Europa occidental Lenin habría estado encantado, pero tampoco mostró ningún desánimo cuando esto no ocurrió. En aquel momento Lenin estuvo más que dispuesto a conformarse con entablar una dura relación comercial teniendo como socio al gobierno imperial alemán y a aceptar las severas condiciones de paz que previsiblemente le impondrían como precio por el apoyo prestado a su revolución rusa. Lenin valoraba más bien poco la paz obtenida por la vía de la capitulación, a la que se resignaba y, a cambio, le importaba mucho más la revolución socialista que podía lograr con éxito en Rusia, por reducidas que fueran sus dimensiones.

Las estimaciones alemanas eran totalmente opuestas: para el gobierno germano la revolución bolchevique que él mismo facilitó y alentó era un azaroso episodio con dudosas posibilidades de éxito y una duración probablemente escasa; es más, en los círculos de poder alemanes se manifestaba una

grave preocupación ante la improbabilidad de que, tras la victoria, la revolución se mantuviese el tiempo necesario para cerrar a cal y canto la paz especial con Rusia. Por el contrario, Alemania se tomaba esta paz totalmente en serio: sus condiciones no sólo figurarían sobre el papel, sino que sus ejércitos de ocupación se encargarían de hacerlas valer.

El hecho de que lo poco que quedaba de una Rusia debilitada e impotente estuviese gobernado por «gente tremendamente mala y antipática», los bolcheviques, podía dejarle a uno indiferente; es más, «no tenemos razón alguna para desear un rápido fin de los bolcheviques» (esto fue lo que dijo, todavía en agosto de 1918, el entonces secretario de Estado alemán de Exteriores, Von Hintze). «Los bolcheviques», prosiguió, «son gente tremendamente mala y antipática, lo cual no nos ha impedido obligarles a firmar la paz de Brest-Litovsk y, además, ir arrebatándoles poco a poco terreno y habitantes. Les hemos sacado todo lo que hemos podido; nuestro afán de victoria exige que continuemos así mientras ellos lleven el timón… Pues, ¿qué es lo que buscamos en el este? La paralización militar de Rusia. Los bolcheviques nos la facilitarán mejor y con más eficacia que cualquier otro partido ruso… ¿Acaso debemos renunciar a los frutos de cuatro años de combates y triunfos sólo para liberarnos del odio que se nos profesa por habernos aprovechado de los bolcheviques? Puesto que esto es precisamente lo que hacemos: no colaboramos con ellos, sino que los explotamos».

Se trataba pues de una colaboración peculiar en la que cada uno de los socios aborrecía al otro y creía estar explotándolo en su propio beneficio… no, en realidad lo explotaba de verdad; en la que cada uno consideraba la filosofía de otro en

parte diabólica y en parte divertida; en la que cada uno no acababa de tomarse en serio los objetivos ni las intenciones del otro y en la que, precisamente por eso, cada uno podía hacerle al otro todas las concesiones que éste considerase importantes sin tener por ello que traicionarse a sí mismo ni convertirse en agente de nadie, puesto que, ante los ojos propios, esas concesiones eran tan necias e inútiles como las perlas de cristal con las que los comerciantes blancos compraron sus tesoros a los pobres e inocentes indígenas en la época del descubrimiento. El hombre más poderoso de la Alemania de aquel entonces y el verdadero socio de Lenin, si bien éste nunca lo conoció personalmente, fue el general Ludendorff. Para Ludendorff Lenin no era más que un pobre bufón y viceversa y, partiendo de esta base, ambos no sólo se entendieron a la perfección, sino que también se prestaron una ayuda mutua decisiva. Cada uno estaba convencido de que lo que para el otro era fundamental en realidad no lo era en absoluto.

Desde la perspectiva actual, en esta función Lenin era el realista y Ludendorff el idealista, pero en noviembre de 1917 los papeles parecieron intercambiarse. El éxito de la revolución de Lenin y Trotski no parecía aportar a Rusia nada más que caos e impotencia, pero a Alemania le proporcionaba una última y muy inesperada oportunidad de victoria. De repente, como por arte de magia, Alemania se había librado de una guerra en el este y eso le abría la posibilidad de volcar toda su fuerza en el oeste y lograr así, en el último segundo, un final victorioso de la guerra también en ese frente antes de que llegasen los estadounidenses. El 7 de noviembre había triunfado la revolución bolchevique en Petrogrado. Ya el 11 de noviembre el cuartel general alemán tomó la decisión de

acometer la ofensiva por el oeste durante la próxima primavera, en cuanto la meteorología lo permitiese, y buscar la batalla definitiva.

Por entonces los efectivos alemanes estaban ya tremendamente desgastados y habituados a las decepciones; una y otra vez habían rendido al máximo y una y otra vez el máximo no había sido suficiente.

No sólo el entusiasmo de 1914, también la confianza en la propia capacidad de aguante de los años posteriores había remitido. Todos los rostros de los alemanes que aparecen en antiguas fotografías de 1917 y 1918, especialmente los de los soldados, parecen apesadumbrados. Hacía tiempo que las grandes palabras consagradas a la guerra y a la victoria sonaban huecas. La gente ya ni siquiera era capaz de alegrarse, y todo aquel que haya vivido el invierno de 1917-1918 sabrá que, a pesar de todas las expectativas alimentadas de repente, su ánimo era presa de una extraña angustia.

Sin embargo, aquel invierno Alemania tuvo su última y puede que, a pesar de todo, su mejor oportunidad. Por primera vez estaba en disposición de librar una guerra en un solo frente; los dos enemigos que lo ocupaban, Francia e Inglaterra, también llevaban tres años de guerra a sus espaldas. Y los estadounidenses no habían llegado aún. Tal y como había pronosticado Brockdorff-Rantzau, ¿podría ser que la bolchevización de Rusia hiciera de verdad posible una «victoria en el último segundo»?

Ni siquiera *a posteriori* puede excluirse esta posibilidad a ciencia cierta, puesto que Alemania realmente no hizo uso de esta última e inesperada oportunidad de victoria. La concentración de todas las fuerzas restantes en la batalla decisiva que se libraría en el oeste, de la que dependía todo y

para la que apenas quedaba tiempo, jamás tuvo lugar. Además Alemania dejó gran parte de sus efectivos concentrados en el este. En efecto, por increíble que parezca, en 1918 Alemania se adentró hacia el este más que nunca.

Hoy casi se ha olvidado esta fantástica incursión oriental de Alemania en 1918, ni siquiera los libros de historia la mencionan; pero eso fue lo que malogró definitivamente la última oportunidad que tuvo Alemania en la Primera Guerra Mundial. Con esa incursión Alemania echó a perder todas las ganancias que le había traído la baza de Lenin. Lo único que quedó, lo que queda, fue la ganancia de Lenin.

BREST-LITOVSK O LA ULTIMA OPORTUNIDAD DESAPROVECHADA

En uno de los párrafos más importantes de su obra sobre la Primera Guerra Mundial, Churchill afirma que la decisión germana de acometer la ofensiva por el oeste en la primavera de 1918 fue el error que selló la derrota de Alemania. Churchill escribe al respecto:

«La derrota total de Alemania se debió a tres fallos capitales: la decisión, tomada en 1914, de atravesar Bélgica sin tener en cuenta que eso obligaría a Inglaterra a intervenir; la decisión, tomada en 1917, de comenzar una guerra submarina ilimitada sin tener en cuenta que eso forzaría la intervención de Estados Unidos y, en tercer lugar, la decisión, tomada en 1918, de servirse de las fuerzas liberadas en Rusia para efectuar el último gran ataque en Francia. De no ser por el primer fallo, los alemanes habrían vencido sin esfuerzo a franceses y rusos en el plazo de un año; de no ser por el segundo, en 1917 habrían estado en disposición de lograr una paz satisfactoria; de no ser por el tercero, habrían levantado contra los aliados un frente inexpugnable junto al Maas o al Rin e incluso podrían haber negociado unas condiciones para poner fin a aquella matanza que estuviesen a la altura de su ego».

No seré yo quien contradiga a la ligera a un gran maestro

de la historiografía bélica como es Churchill, y menos en su terreno. Al menos sus dos primeras hipótesis dan de lleno en el blanco, pero la tercera se antoja cuanto menos dudosa, si no hasta incorrecta. Lo que Churchill subestima en este caso es el factor tiempo y el factor cansancio. Puede que al cabo de 40 kilómetros un corredor de maratón tenga todavía fuerzas para un tremendo *sprint* final, pero no para un segundo maratón.

Esta era la situación de Alemania en la primavera de 1914. Aún podía permitirse un último y tremendo esfuerzo para forzar un final victorioso en el último segundo, antes de que llegasen los estadounidenses, pero lo que ya no tenía era la fuerza suficiente para, una vez más y puede que durante años, seguir aguantando infinitas batallas defensivas con gran inversión de material contra los estadounidenses, aún frescos, ni contra los ingleses y los franceses.

Tampoco es posible en modo alguno afirmar con rotundidad que en la primavera de 1918, una vez neutralizado el frente oriental, no fuese a surgir otra oportunidad de lograr una victoria rápida y decisiva en el oeste. Es cierto que no era nada seguro, sino tan sólo una oportunidad, oportunidad que sólo estuvo vigente durante un breve periodo que abarcó unos pocos meses de la primavera de 1918; ya en verano los refuerzos estadounidenses se habrían vuelto tan numerosos que, sumados a los aliados, les hacían imbatibles. Pero lo cierto es que durante ese breve lapso, antes de que llegaran los estadounidenses en masa, esa oportunidad efectivamente existió.

El fallo que cometió Alemania en el invierno de 1917-1918 y la primavera de 1918 no fue arriesgarlo todo a esa oportunidad, sino *no* hacerlo. Si realmente se hubiese querido aprovechar aquella posibilidad inesperada, surgida una vez

más en el último instante, de lograr una victoria militar en el oeste (una posibilidad desesperada, escasa, y terriblemente efímera), Alemania debería haber volcado todo, absolutamente todo lo que tenía en ese momento en el frente oeste. El más mínimo ahorro y la más mínima fragmentación de efectivos en ese preciso instante eran totalmente absurdos, puesto que aquella oportunidad podía no volver a presentarse jamás, y el esfuerzo que se podía desplegar esa última vez tampoco iba a poder repetirse. Que los alemanes aún se permitieran distracciones; que dividiesen los efectivos para perseguir otras metas; que, guiados por su rapacidad y su sed de conquista, sólo aprovechasen a medias el haberse librado de una guerra de dos frentes, posibilidad que les había caído del cielo, era algo imperdonable que los hacía merecedores del castigo que ellos mismos se buscaron. Alemania cometió este fallo imperdonable en el invierno de 1917-1918 y en la primavera siguiente.

Los hechos están a la vista y pueden resumirse en pocas palabras. El destino de la ofensiva occidental alemana se decidió en un plazo de 40 días, entre el 21 de marzo y el 30 de abril de 1918. En este periodo y mediante dos tremendos ataques, los alemanes trataron de separar a los ingleses de los franceses primero y de devolver a aquéllos a su isla después, justo lo mismo que lograrían 22 años más tarde, en mayo de 1940. De haberlo logrado también en 1918, lo más probable habría sido que, a continuación, al igual que hicieron en 1940, hubiesen dejado a Francia fuera de combate y despojado a los estadounidenses de su base para avanzar por Europa. (Lo que no se puede afirmar a ciencia cierta es si, tal y como ocurrió en 1944 en la Segunda Guerra Mundial, unos años más tarde los estadounidenses y los ingleses habrían vuelto a arribar al

continente europeo).

En 1918 ni siquiera se logró lo de 1940, si bien al fin y al cabo no faltó mucho. En dos ocasiones, el 26 de marzo a las puertas de Amiens y el 10 de abril a las puertas de Hazebrouck, los ingleses estuvieron «entre la espada y la pared»; apenas unos kilómetros separaban a los alemanes de su correspondiente objetivo estratégico. En aquellos dos días ambos contendientes habían recurrido a sus últimas reservas disponibles. El comandante en jefe británico, mariscal de campo Haig, afirmaría más adelante que media docena más de divisiones alemanas podría haber supuesto la diferencia entre una victoria o una derrota estratégicas.

Si se hubiera querido, se habría dispuesto de esa media docena de divisiones que faltaba. No seis, sino 50 divisiones alemanas, aunque se trataba principalmente de las promociones más antiguas, estuvieron emplazadas en el este durante aquellos 40 días decisivos. No es que estuviesen allí de brazos cruzados. Justo en esos 40 días dos de ellas intervinieron decisivamente en la guerra civil finlandesa. No menos de 30 de aquellas divisiones, también en el transcurso de esos 40 días, conquistaron Ucrania, la cuenca del Donetz y Crimea. El 8 de mayo las tropas alemanas ocuparon la ciudad de Rostov del Don. Justo ocho días antes, en las colinas flamencas, entre Kemmel y Scherpenberg, Alemania había desaprovechado definitivamente su última oportunidad de ganar la guerra. ¡De qué servía entonces la conquista de Rostov del Don!

En 1917 había 141 divisiones alemanas emplazadas en el oeste y 99 alemanas y 40 austríacas en el este. Es decir, que en marzo de 1918, cuando realmente se necesitaron, podía haber habido en el oeste un máximo de 240 divisiones alemanas y

tal vez incluso 20 ó 30 más austríacas, pero lo cierto es que el 21 de marzo de 1918, en el este sólo hubo 190 divisiones alemanas y cuatro austríacas. Más de 50 divisiones alemanas, esto es, más de un millón de hombres, estaban, o mejor dicho: avanzaban todavía hacia el este.

En el invierno de 1917-1918 sólo se trasladó al oeste una escasa mitad de las tropas alemanas que en el este resultaba prescindible. Más adelante, hacia finales de verano y principios del otoño, cuando Alemania ya no luchaba por alcanzar la victoria en el oeste, sino sólo por retrasar la derrota, se decidió desplazar poco a poco también la otra mitad a excepción de seis divisiones que permanecieron en el este hasta el final de la guerra y mucho después. Pero entonces fue demasiado tarde.

¿Por qué ocurrió esto? ¿Por qué se renunció a medias a la ventaja de liberarse del frente oriental y sólo se aprovechó a medias la oportunidad decisiva de lograr en el último momento una victoria militar en el frente occidental? La respuesta resulta tan obvia como el hecho en sí y es la siguiente: porque los alemanes no pudieron resistir la tentación de construir un gran imperio oriental a su medida en aquel momento de debilidad rusa. Es duro decirlo, pero es cierto: la Alemania imperial de 1918 desaprovechó la última oportunidad de ganar la guerra a causa de su irrefrenable rapacidad y sed de conquista. Y la Historia en cierto modo ha hecho justicia en tanto en cuanto con esa decisión Alemania también malogró su condición política.

Lo único que queda por relatar es el drama de Brest-Litovsk y el drama, aún más fantástico, de la *Ostpolitik* alemana practicada tras el Tratado de Brest-Litovsk. Son dos capítulos de la historia olvidados; olvidados, pero

tremendamente fascinantes como ejemplo de una ceguera y arrogancia trágicas cuyo castigo no se hizo esperar, pero también por otra razón, ya que en 1918 se vislumbraron por el este, al menos en dos ocasiones, sendas posibilidades que harían historia en el futuro transcurso del siglo XX: en febrero, la formación de los frentes de la Segunda Guerra Mundial; en julio y agosto, los de la Guerra Fría de los años cincuenta.

La paz que Alemania impuso mediante el Tratado de Brest-Litovsk a una Rusia bolchevizada, ni siquiera vencida militarmente, fue una paz de sometimiento y mutilación que resulta hasta indulgente comparada con la paz de Versalles que Alemania se vería obligada a firmar un año más tarde. Rusia perdió el 26 por ciento del territorio que poseía antes de la guerra, el 27 por ciento de la superficie cultivada, el 26 por ciento de su red ferroviaria, el 33 por ciento de la industria ligera, el 73 por ciento de la industria pesada y el 75 por ciento de las minas de carbón. Se le cortó el acceso a ambos mares, el Báltico y el mar Negro, y no sólo perdió Finlandia, las provincias bálticas y la Polonia soviética, zonas que al fin y al cabo no estaban habitadas por rusos, sino también Ucrania, que era y es tan rusa como Baviera era y es alemana. Fue una paz que a cualquier patriota ruso, bolchevique o no, debió llenar de desesperación; una paz que no podía más que avivar al máximo la voluntad probélica de las naciones occidentales aún invictas (y sobre todo la de un presidente estadounidense idealista, con un sentido de la moral muy acusado) y una paz que, incluso en Alemania y al menos entre los obreros, despertaba reservas y algo así como mala conciencia. Pero sobre todo se trataba de una paz que, una vez firmada, debía imponerse en gran medida por la vía militar. Con el Tratado de Brest-Litovsk Alemania perdió la oportunidad de liberar

realmente y de una vez por todas a sus efectivos militares del frente oriental.

Al menos por esta última razón la paz de Brest-Litovsk debería haber sido muy reñida también en Alemania. En un país que practicase una política realista y estuviese en la situación de Alemania en 1918 tendría que haber habido personas responsables que exigiesen una paz oriental moderada y asequible para el adversario, puesto que ésa era la única forma de que Alemania liberase todos sus efectivos para poder disponer de ellos en el oeste.

Pero estas personas no existieron. Sólo los obreros de Berlín y otras grandes ciudades se declararon en huelga durante una semana a finales de enero para protestar ante lo que consideraban una prolongación innecesaria de la guerra, motivada por un mero afán de conquista; fue una huelga que hizo todo el honor a su objetivo político, pero los obreros no tuvieron ningún líder. Los dirigentes socialdemócratas se encargaron de que la huelga fracasara rápidamente y, seis semanas más tarde, en la votación del *Reichstag* para ratificar el Tratado de Brest-Litovsk, se abstuvieron.

Por lo tanto, el drama de Brest-Litovsk no tuvo lugar en Berlín ni tampoco en la propia Brest-Litovsk —donde sólo se celebraron presuntas negociaciones y se pronunciaron discursos de cara a la galería—, sino en el politburó de Petrogrado. Una vez enfrentados a la monstruosidad de las condiciones de paz alemanas, el partido bolchevique y el gobierno se dividieron respecto a la cuestión de «la guerra o la paz».

Lenin estaba firmemente decidido a aceptar la paz, fuese cual fuere. Trotski era partidario de no proclamar «la guerra ni la paz» para así ganar tiempo, promover la agitación y

apostar por una revolución alemana. Un tercer grupo dentro del politburó, encabezado por Bujarin, prefería reanudar la guerra contra Alemania. La solución fue incierta hasta el último momento. Finalmente, en la votación decisiva que tuvo lugar en el politburó, Lenin ganó sólo por siete votos a seis después de que el voto de Trotski, que sería el que inclinaría la balanza, estuviese en el aire hasta el último momento. Merece la pena pensar por un instante qué habría sucedido si Trotski al final no hubiese dado su voto a Lenin, sino a Bujarin.

Lenin habría sido depuesto y probablemente liquidado. A partir de entonces habría estado tan proscrito en la leyenda comunista como lo está hoy Trotski. Bajo un gobierno de Trotski y Bujarin la Rusia bolchevique habría reanudado la guerra contra Alemania.

No puede decirse que estuviese totalmente incapacitada para ello. Bien es verdad que en febrero de 1918 las trincheras del frente ruso estaban casi vacías; los soldados rusos procedentes del campesinado habían regresado a casa para no perderse el gran reparto de tierras. En un primer momento no habría sido posible detener un profundo avance alemán hacia el interior de Rusia, aunque éste tuvo lugar de todos modos.

Por otra parte, Rusia nunca había sido vencida militarmente del todo y la capacidad humana y de combate del país en modo alguno estaba agotada; es más, era suficiente como para librar duras guerras civiles y de intervención durante los próximos dos años. Si hubiese reanudado el conflicto con Alemania, es probable que Rusia se hubiese ahorrado estas otras guerras, pues los participantes en la guerra civil no habrían combatido entre sí, sino codo a codo contra el enemigo extranjero. Asimismo, las tropas de

intervención británicas, francesas, estadounidenses y japonesas que en 1918 fueron arribando poco a poco a las costas soviéticas no habrían entrado en acción como enemigos, sino como aliados de la Rusia bolchevique, puesto que para las potencias de la Entente no se trataba de defender una ideología, sino de una sola cosa: instaurar un gobierno soviético que regresara al campo de batalla. Si el gobierno bolchevique hubiese estado dispuesto a eso, la Entente habría pasado por alto las diferencias ideológicas al igual que haría más adelante, en la Segunda Guerra Mundial.

De hecho en enero o febrero de 1918, mientras en Petrogrado se discutía sobre la guerra o la paz hubo un momento en el que la coalición de 1941 estuvo casi lista para llamar a las puertas de la Historia. Con la posible victoria de Bujarin sobre Lenin esto habría sido una realidad. En ese momento los alemanes no fueron conscientes (ni lo son tampoco hoy) de que en febrero de 1918 se escaparon por los pelos.

El razonamiento de Lenin durante la crisis de Brest-Litovsk es más difícil de entender que el de sus adversarios. No es posible tomarse en serio su argumento oficial de que la Rusia bolchevique necesitaba un «respiro». Tal respiro no se le concedería en ningún caso, y Lenin era lo suficientemente realista como para saberlo. La guerra civil estaba a la vuelta de la esquina. Sólo cabe suponer que Lenin casi la deseaba, que prefirió superar tan espeluznante prueba de fuerza antes que ver diluirse a su partido bolchevique y al gobierno.

El caso es que también se habrían diluido si hubiese dependido de Bujarin. Lo que no se puede es confraternizar patrióticamente con el «enemigo de la clase obrera» en casa y pactar en el exterior con un Occidente capitalista, liberal y

democrático sin que salpique al propio partido, sobre todo cuando éste es tan joven, inexperto y maleable como lo era el partido bolchevique ruso de 1918. En una guerra patriótica liderada por los bolcheviques con Estados Unidos, Inglaterra y Francia como aliados el partido bolchevique no se habría convertido más que en otra ala extrema de una «izquierda» general, nacional e internacional que englobaría incluso a los liberales burgueses. Y justo esto era lo que Lenin no deseaba en ningún caso. Para él representaba la mayor atrocidad. En opinión de Lenin, la izquierda no bolchevique, precisamente por el riesgo de infección que emanaba, era un enemigo mucho más peligroso que la verdadera derecha y, por esa misma razón, la Entente liberal era un socio mucho más peligroso que la Alemania imperial, de la que realmente no partía ni el más mínimo intento de seducción. Era mucho más preferible aprovecharse al máximo del interés que mostraba Alemania por la presunta debilidad del régimen bolchevique en Rusia y librar con su ayuda la lucha de clases interna y la guerra civil hasta sus últimas consecuencias que perderse poco a poco a sí mismo en mitad de un caldo general de reconciliación nacional y liberal.

Ésta fue probablemente la argumentación personal de Lenin. Sorprendentemente, el devenir de los acontecimientos acabó dándole la razón. Sin embargo, con su política del verano de 1918 a Lenin le ocurrió lo mismo que les había sucedido a los alemanes con la suya el invierno anterior. Sin saberlo, hubo un instante en el que Lenin estuvo al filo del fracaso total, del que se salvó por los pelos. Al igual que en invierno Lenin había estado a punto de perder el control de su partido por la cuestión de la paz, en verano Alemania vivió la amenaza repentina de que la corriente anticomunista

tomase la delantera a la antirrusa-procomunista. Del mismo modo que en el invierno de 1918 hubo un instante en el que, de repente, se vislumbró la posible coalición de la Segunda Guerra Mundial, en verano de 1918 sucedió lo propio con la coalición de la Guerra Fría.

Entretanto habían ocurrido muchas cosas ciertamente fantásticas. Tras la paz de Brest-Litovsk los alemanes habían conquistado o al menos ocupado partes de Rusia mucho más extensas que jamás antes en plena guerra: Finlandia, Livonia, Estonia, Ucrania, la región del Donets, Crimea, la península del Quersoneso, provisionalmente las regiones del Don y del Kuban y, para finalizar, habían llegado hasta el Cáucaso y la zona transcaucásica. No se puede decir que las 50 divisiones que faltaban en el oeste estuviesen desocupadas en Rusia. Habían derrocado muchos gobiernos, estaban fundando muchos Estados, imponiéndoles normativas económicas, militares y de transporte y poniendo a su servicio dictadores o monarcas (aún el 15 de octubre un príncipe de Hesse fue proclamado rey de Finlandia). Estaba naciendo un Imperio alemán oriental de increíbles proporciones, todo hecho con retazos de Rusia. En el verano de 1918, mientras perdía la guerra en el oeste, Alemania impuso su dominio desde el océano glacial hasta la frontera persa, desde el Vístula hasta el Don.

La táctica que siguió Alemania en su política imperialista, en la que ningún momento interfirió la inminente derrota, era un juego a dos bandas. En Moscú Alemania continuó apoyando al gobierno bolchevique, también económicamente. En las zonas fronterizas rusas, que siguió ampliando como parte de su imperio, apoyó a los adversarios de los bolcheviques, en cuyo auxilio acudía para luego dejar que ellos

mismos se neutralizasen y sustituirlos por puras marionetas o gobernadores alemanes.

Esta política tenía su lógica: los alemanes necesitaban la imagen pavorosa de un gobierno bolchevique en Moscú para luego, en aquellas regiones que deseaban arrebatar a Rusia, poder erigirse en rescatadores ante semejante horror. Sin embargo, esta política también tenía sus dificultades y contradicciones internas. De pronto los alemanes se vieron cada vez más envueltos en la incipiente guerra civil rusa del lado de los «blancos» cuando, en realidad, sólo los necesitaban a lo sumo en las regiones fronterizas; en la Rusia central, por el contrario, seguían necesitando a los «rojos».

Estas contradicciones culminaron en los meses de julio y agosto de 1918. Por una parte el sucesor de Trotski y nuevo ministro de Asuntos Exteriores ruso, Chicherin (el mismo que cuatro años después promovería el célebre Tratado de Rapallo), propuso un pacto formal entre la Rusia bolchevique y Alemania contra la Entente y la contrarrevolución blanca que ésta apoyaba. Por otra parte Helfferich, el nuevo embajador alemán en Moscú (cuyo antecesor había sido asesinado por los enemigos de los bolcheviques) , difundió un giro radical de la política alemana: antibolchevismo en todos los frentes, una alianza con la contrarrevolución blanca, como máximo la renuncia a algunas conquistas y con ello, de forma tácita, la implantación de una política rusa común con la Entente, la cual, justo entonces, acababa de decidirse por la intervención en favor de la contrarrevolución blanca.

Si se tiene en cuenta que en julio de 1918 la derrota alemana en el oeste se anunciaba claramente y que en ese momento lo más importante para los alemanes tenía que ser encontrar puntos en común con la Entente sobre los cuales

cimentar más adelante una posible paz negociada, la propuesta de Helfferich resulta bastante convincente y, por cierto, mucho más maquiavélica de lo que era en realidad, puesto que lo que de verdad subyacía a esta propuesta era más bien cierto rechazo emocional e instintivo a toda la coalición bolchevique. Sin embargo, precisamente ésta tuvo mucha aceptación en Alemania por parte de Ludendorff y también por parte del propio emperador. A finales de julio hubo un momento en el que el giro de la política alemana hacia el antibolchevismo radical pareció estar a la vuelta de la esquina, y con él la constelación de la futura Guerra Fría: la alianza alemana con Occidente y con la contrarrevolución rusa liderando una cruzada antibolchevique.

Pero esta vez tal constelación no se produjo, sino que se restituyó el viejo concepto de colaboración germano-bolchevique. Helfferich fue destituido y en agosto Alemania firmó con Chicherin un tratado adicional al de Brest-Litovsk que, si bien rubricaba todas las conquistas territoriales por parte de Alemania desde Brest-Litovsk, según informes secretos del gobierno bolchevique prometía a cambio el apoyo de las tropas alemanas para expulsar a los ejércitos de intervención de la Entente (y así influir de forma indirecta en la guerra civil, en la que dichos ejércitos ya habían intervenido). De este modo se reinstauró el pacto utilitarista germano-bolchevique en el que cada parte pretendía aprovecharse y burlarse de la otra, y el régimen bolchevique superó su primera y más grave crisis.

Fueron auténticos dramas, discusiones a prueba de nervios, visiones de futuro, esperanzas y miedos disparatados; qué tiempos tan terribles para los pueblos afectados, por ejemplo para los ucranianos, que pasaban de mano en mano entre

blancos y rojos, entre alemanes y rusos y que, una y otra vez, fueron presa de los horribles engranajes de una guerra civil e internacional. Y que todo aquello se olvidase como arena en el desierto, que se desvaneciese como el humo y, al final, se olvidase probablemente con razón puesto que, al menos en lo que respecta a Alemania, todo se quedó en una gigantesca travesura heroica, en un enorme alboroto sin precedentes en el que lo único verdaderamente importante era el despilfarro de las 50 divisiones que faltaban en el oeste…

Todo lo que estas 50 divisiones —que hacia finales del verano fueron cada vez menos, puesto que poco a poco hubo que desplazarlas obligatoriamente hacia el oeste— lograron con sus fantásticos y enormes avances, sus acciones bélicas y sus cruzadas alejandrinas hacia Oriente en busca de algo exótico ya no tuvo validez y podía darse por perdido si entretanto se perdía la guerra en el oeste. Y la guerra allí se perdió porque justo faltaron esas 50 divisiones; ése fue el sencillísimo cálculo que empezó a asomar ya desde el verano de 1918 y que Alemania se negó a reconocer hasta el último momento, en el que ya fue demasiado tarde.

Al igual que se puede producir una caída de forma más o menos torpe, una derrota también se puede gestionar mejor o peor. La gestión de la derrota de 1918 fue el último gran fallo de Alemania en la Primera Guerra Mundial y casi el más grave, puesto que Alemania cayó de la manera más torpe posible. Ya en plena caída Alemania creyó encontrarse en pleno ascenso hacia la victoria. No hizo el menor intento por comprender la situación, frenarla y suavizar sus efectos. Alemania se desplomó con todo su peso y se golpeó de lleno en la cabeza. El final de la guerra tuvo lugar en un estado de cierta inconsciencia repentina. Alemania nunca entendió lo

que realmente pasó entonces ni el daño que ella misma se infligió en el último minuto, y más adelante nunca fue capaz de recordarlo correctamente. Más tarde permitió que le embaucaran con las más absurdas leyendas, incluso aquélla de que el ejército victorioso había sido apuñalado por la espalda. Alemania tampoco logró recuperarse jamás de aquella conmoción. Desde el otoño de 1918 los alemanes son un pueblo políticamente trastornado.

LA VERDADERA PUÑALADA

A finales de abril de 1918, una vez concluida la batalla de cuarenta días en el frente inglés de Francia y Flandes, había llegado el momento de hacer cuentas, de reconocer que la guerra estaba definitivamente perdida y sacar las conclusiones pertinentes.

Los cálculos eran los siguientes:

En marzo de 1918 cada una de las partes contaba aproximadamente con tres millones y medio de soldados en el frente occidental. El intento de forzar una decisión favorable en esas circunstancias había fracasado. Los ingleses no fueron expulsados del continente, tal y como pretendía el mando del ejército alemán. En lugar de la ansiada irrupción sólo se habían generado dos «puntos débiles» estratégicos en el frente alemán: dos profundas fosas en forma de saco con flancos vulnerables.

Aquello había costado cerca de 350.000 hombres, en su mayoría tropas de élite escogidas e irreemplazables. Los ingleses habían perdido algo menos, alrededor de 300.000 hombres, pero podían suplir mejor esta falta porque, en conjunto, no estaban tan diezmados como los alemanes (el servicio militar no fue obligatorio en Inglaterra hasta 1916). En el verano de 1918 el frente británico estaba mejor cubierto que en primavera; el frente alemán era más débil. Por lo tanto, las acciones ofensivas de marzo y abril de 1918 eran

irrepetibles.

Además empezaban a llegar los estadounidenses, a partir de abril del orden de un cuarto de millón al mes; eran unas tropas frescas, sin estrenar, seguras de su victoria, de esas que llevaban años sin pisar los escenarios de guerra europeos. A la larga no se avistaba el final de la gran marea estadounidense. En octubre de 1918 había en Francia un millón y medio de norteamericanos. Se estimaba que en la primavera de 1919 serían aproximadamente tres millones. Tarde o temprano esta superpotencia, en aumento vertiginoso y constante, acabaría por sofocar cualquier resistencia en el frente occidental sobre todo entonces, pues los aliados estaban construyendo además una nueva arma que, por primera vez en la Gran Guerra, supondría un gran mejora táctica de la capacidad de ataque: el tanque.

A esto hay que añadir que todos los aliados de Alemania estaban al límite de sus fuerzas y podían caer cualquier día. Esta circunstancia amenazaba con abrir un nuevo frente sur en las fronteras de Baviera, Sajonia y Silesia y no se disponía de más tropas para cubrirlas.

El 1 de mayo de 1918 Alemania disponía de algo más de tres millones de hombres en el frente occidental y cerca de un millón en el oriental; eran unos ejércitos cansados, extenuados por el combate e insustituibles, pero aún estaban invictos, lo cual significaba que, si se administraban con mesura, Alemania dispondría de fuerzas defensivas para un año aproximadamente, con suerte puede que para año y medio, pero no más, y no tenía ninguna capacidad estratégica de ataque.

Todos estos datos eran sabidos, el mando militar los conocía con detalle; los dirigentes políticos, al menos a

grandes rasgos. No fueron ninguna sorpresa.

Las consecuencias se impusieron por la fuerza. Desde el punto de vista militar había que ahorrar al máximo en la gestión de las fuerzas defensivas para seguir teniendo por unos instantes capacidad de combate y, por tanto, de acción; es decir, era necesario un frente occidental más reducido y unas fuerzas de reserva para un posible frente sur. Desde el punto de vista político había que anticipar por iniciativa propia las mínimas consecuencias inevitables de la derrota para poder ser aún capaces de evitar las máximas consecuencias; es decir, había que ceder voluntariamente al enemigo lo que en cualquier caso ya estuviese perdido para, por así decirlo, saciarlo y debilitar al máximo sus motivos para seguir luchando por conseguir más objetivos.

Dicho en pocas palabras: por razones tanto militares como políticas había que retirarse cuanto antes de Francia, Bélgica y Luxemburgo y, a ser posible, también de Alsacia y Lorena. Sobre indemnizaciones, la cuestión del Este y el desarme podría ofrecerse una negociación más adelante, una vez reforzada la frontera alemana y con un ejército aún invicto a este lado del Rin. Al menos para Inglaterra y Francia habría sido muy difícil rechazar esta oferta, pues con ella habrían logrado sus objetivos bélicos principales, y su única alternativa habría sido volver a sacrificar a cientos de miles de jóvenes en una ofensiva sobre suelo alemán contra un ejército germano aún intacto. Difícilmente lo habrían hecho a cambio de la unificación de Polonia a costa de Prusia o a cambio de una cruzada antimonárquica en la línea del presidente Wilson. Por lo demás en tal caso el ejército alemán, aún invicto, habría estado en un frente ni siquiera la mitad de largo que el frente occidental franco-belga de mayo de 1918; de esta

manera incluso se habrían liberado reservas para defender el sur de Alemania si hubiese sido necesario.

No es posible demostrar que de este modo se hubiese alcanzado efectivamente una paz negociada rentable. El «hubiese» y el «fuera» nunca se pueden demostrar, pero sí es evidente que se trataba de la única oportunidad que quedaba a principios del verano de 1918. Además, el tiempo apremiaba: la maniobra de retirada necesaria no era menos difícil ni compleja que la preparación de una gran ofensiva; requería meses más que semanas y había que aprovechar el nimbo (y la moral) de combate del ejército alemán mientras estuviese intacto, así como la circunstancia de que el enemigo no tuviese aún la sensación de que a todos los efectos había ganado y no necesitaba embarcarse en mayores contiendas.

También se requería tiempo para dar explicaciones al propio pueblo y convencerle de aquel giro de la política interna, tarea ciertamente delicada después de llevar tres años promoviendo un idealismo oficial sin límites y haciendo propaganda en favor de la paz victoriosa. ¿Cómo abordar semejante tarea? La desilusión iba a ser ciertamente dolorosa; la conmoción, grave y el riesgo de que se produjese una ola de pánico, seguro. Por otra parte, la verdad es una medicina amarga, pero también fortalecedora y, por lo general, las personas no caen en un estado de pánico si se les presenta un plan claro y convincente. Es más, en 1918 renunciar a las conquistas para dedicarse a la pura defensa del país habría sido una medida popular entre gran parte del pueblo, al menos entre los obreros. A comienzos del verano de 1918 casi todos habrían comprendido que se librase un duro combate final para minimizar la derrota y alcanzar una paz provechosa. (En lugar de eso, en octubre de 1918 se exigió a los alemanes

que siguiesen luchando y pereciendo sin sentido en una guerra que, oficialmente, ya se daba por perdida, cosa que ya no resultó comprensible).

Este fracaso no obedeció a reflexiones militares ni de política interna, pues jamás tuvieron lugar. Todo se debió a un obstáculo puramente psicológico surgido en propia carne de los responsables que no les honra en absoluto: la incapacidad interna de reconocer ante sí mismos la realidad y asumir el fracaso de sus propios planes. Era mucho más fácil continuar como si nada hubiera pasado, puesto que todavía, por así decirlo, no *había* pasado nada. Esta reacción recuerda a la anécdota de aquel que está reparando el tejado de un rascacielos, se cae y, a mitad del descenso, grita a su compañero: «¡Hasta el momento me va de maravilla!».

La derrota alemana de 1918 se produjo en tres fases claramente diferenciadas. La primera transcurrió desde finales de abril hasta mediados de junio. En este periodo ni el enemigo ni la gran masa del pueblo alemán sabían que había llegado el final y los dirigentes alemanes, que podían y debían haberlo sabido, prefirieron engañarse a sí mismos. Esta fue la fase de las omisiones imperdonables.

La segunda fase, desde mediados de julio hasta finales de septiembre, fue la época de las derrotas militares alemanas y de las retiradas forzosas del frente occidental y, al mismo tiempo, el periodo en el que las alianzas alemanas comenzaron a derrumbarse. Fue entonces cuando tanto los aliados como el pueblo alemán empezaron a intuir la situación, y tanto el mando del Ejército como el del Imperio tuvieron que reconocer que la guerra estaba perdida y debía terminar, solo que no sacaron conclusiones prácticas de semejante descubrimiento; más bien al contrario, siguieron

empeñados en mantener Bélgica y un pedazo del norte de Francia como «prenda».

La última fase comenzó el 29 de septiembre cuando, de repente, el mando del Ejército obligó al Gobierno imperial vía ultimátum a pedir al presidente norteamericano públicamente y sin preparación previa que mediase para firmar un alto el fuego. Fue entonces cuando todos lo supieron todo, tanto las potencias de la Entente como el pueblo alemán. Así, ya no hubo ninguna base para la disposición negociadora de las unas ni para la disposición combativa del otro. Desde ese mismo instante la derrota se convirtió en algo incontrolable, inabarcable.

En este triste proceso se cometieron dos pecados capitales: el primero residió en el abominable desaprovechamiento de los 75 días que transcurrieron entre principios de mayo y mediados de julio, periodo en el que Alemania aún habría dispuesto de un margen de actuación; el segundo, la decisión tomada el 29 de septiembre de pedir públicamente un alto el fuego sin ningún tipo de preparación política, militar ni psicológica, una decisión que abrió todas las compuertas de golpe y dejó paso a la riada. En ambas ocasiones el culpable activo fue el general Ludendorff, que por entonces dirigía Alemania desde su gran cuartel general como si fuese un dictador. Pero también fueron culpables por asentimiento y omisión la dirección política del Imperio, así como toda la Alemania oficial.

Ludendorff era omnipotente en el ámbito militar desde agosto de 1916; tras la caída del canciller Bethmann Hollweg en julio de 1917 también lo fue en la esfera política. Los dos sucesores de Bethmann, Michaelis y el conde Hertling, no quisieron considerarse más que meros auxiliares políticos de

Ludendorff en el frente interno. En contra de su deber constitucional, ambos traspasaron a Ludendorff todo el poder de decisión sobre la política bélica y la estrategia militar a partes iguales.

Sin embargo, Ludendorff resultó ser un buen general y un mal político. Hasta la primavera de 1918 —tal y como ha observado perspicazmente el historiador Arthur Rosenberg— su tragedia personal consistió en que el general Ludendorff no fue capaz de obtener la paz victoriosa que el político Ludendorff demandaba. Los fallos monumentales consistentes en la guerra submarina sin cuartel, el pacto con Lenin y la orgiástica conquista oriental de Brest-Litovsk los cometió el *político* Ludendorff; mientras el *general* Ludendorff llevó a cabo en su propio terreno un trabajo militar de calidad intachable con el que, lógicamente, no se podía alcanzar la victoria. Sin embargo, a comienzos del verano de 1918, el mal político Ludendorff también logró rebasar al buen general Ludendorff en el que fuera el terreno más propio de éste. Los planes estratégicos diseñados para el verano de 1918 e improvisados tras el fracaso del gran golpe decisivo contra el frente inglés eran un desastre incluso desde el punto de vista militar.

Asimismo, una vez fracasada la ofensiva de marzo y abril, para cualquiera con un mínimo de sentido común militar estaba claro que lo único que podía garantizar ya éxitos tácticos era la acción defensiva y que, además, ésta sólo sería posible por un tiempo limitado y en un frente radicalmente menor. Desde el punto de vista estratégico las demás ofensivas ya no tenían sentido alguno, sino que, en el mejor de los casos, de lograr un éxito táctico no se conseguiría más que crear en el frente alemán otros puntos débiles estratégicos

en forma de huecos con flancos en peligro. Incluso las probabilidades de éxito táctico tenían que disminuir en función del aumento de la superioridad aliada. Por esta razón tales ofensivas resultaron entonces, también desde un punto de vista puramente militar, un desperdicio ingenuo e irresponsable de tiempo y de fuerzas, dos elementos que se habían vuelto valiosos e insustituibles.

A pesar de todo, Ludendorff acometió dos de esas ofensivas injustificables desde el punto de vista estratégico de las cuales la primera, que tuvo lugar de finales de mayo a principios de junio, supuso al menos un éxito táctico mientras que la segunda, a mediados de julio, fue un fracaso también táctico. Una tercera ofensiva prevista para mediados de agosto ya no se produjo. En su lugar comenzaron las contraofensivas: a mediados de julio la francesa, a comienzos de agosto la inglesa y a principios de septiembre la estadounidense y, a partir de entonces, se siguió luchando sin pausa, pero también sin objetivo en todo el frente occidental, donde se sufrieron continuas y graves pérdidas.

En la campaña occidental de 1918 el ejército alemán perdió en total cerca de un millón y medio de hombres entre muertos, heridos, desaparecidos y presos; alrededor de 800.000 de marzo a julio y cerca de 700.000 de agosto a noviembre. Estas terribles bajas ya no se pudieron cubrir por completo, tampoco con las tropas venidas desde el este, que llegaban tarde y con cuentagotas. Entre julio y noviembre se disolvieron 22 divisiones alemanas para completar otras, pero aun así al final de la guerra la capacidad de muchas de las divisiones alemanas no superaba la de un regimiento. Lo que convierte este tremendo derramamiento de sangre, el más grave de toda la guerra, en una acusación tan implacable

contra el mando del ejército alemán es que éste se había resignado a que se produjera desde mayo sin la más mínima lógica estratégica, es decir, a cambio de nada.

No es fácil adentrarse en el razonamiento de Ludendorff durante este periodo. En años anteriores había demostrado ser un general demasiado bueno como para creerle capaz de tan tremenda falta de juicio militar durante el verano de 1918. Al mismo tiempo, jamás se mostró tan infalible y seguro de la victoria como entonces.

Cuando el 25 de junio el secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Von Kühlmann, señaló en el *Reichstag* con suma cautela que tal vez había llegado el momento de complementar la gestión militar del conflicto con una acción diplomática, se ganó su descabello político, cosa que se produjo de inmediato.

Cuando el príncipe heredero, nada más lejos de un carácter derrotista, acudió preocupado a Ludendorff el 7 de julio para convencerle de que había llegado el momento de alcanzar un acuerdo con el adversario, aquél lo rechazó de forma casi irreverente: lo único aceptable era una paz victoriosa.

Cuando Von Hintze, el sucesor de Kühlmann, preguntó poco después a Ludendorff en privado si la inminente ofensiva del 15 de julio podía garantizar la victoria militar definitiva, éste se limitó a responder «Sí», una contestación tanto menos comprensible cuanto que el propio Ludendorff sólo concebía esa ofensiva como una artimaña para pasar a la siguiente. No se puede evitar la impresión de que ya en esa época Ludendorff sufría un trastorno mental.

Este trastorno —comprensible tras cuatro años de trabajo excesivo e ininterrumpido y de una tremenda tensión nerviosa — tomó dos formas: primero una resistencia desmesurada a

reconocer los hechos; después, cuando éstos eran ya innegables, una determinación igualmente desmesurada de encontrar chivos expiatorios. Después del 8 de agosto, fecha del glorioso comienzo de la ofensiva británica que él mismo denominó «un día negro para el ejército alemán», Ludendorff acusó a las tropas de no brindarle ya la base firme que requería su estrategia. Más adelante ocurrió lo contrario: era la patria la que «había apuñalado por la espalda al ejército victorioso».

El comportamiento de Ludendorff en ese periodo fue contradictorio. Tras decidir el 8 de agosto «poner fin a la guerra», en el consejo de ministros presidido por el emperador el 14 de agosto Ludendorff abogó por esperar una situación más favorable. El 29 de septiembre exigió de repente una solicitud de alto el fuego en un plazo de 48 horas, pero es que el 26 de octubre, en circunstancias ya realmente desesperadas, se empeñó de pronto en seguir luchando, y cuando le dieron a entender que eso ya era imposible presentó su dimisión. Después huyó a Suecia, desde donde regresó más adelante, cuando ya no hubo moros en la costa, para culpar de la derrota alemana a una conjura mundial judeo-masónica y participar en distintos golpes de Estado contra la Constitución y el gobierno.

Es inevitable mencionar unos datos personales tan vergonzosos porque en el verano de 1918 Ludendorff resultó ser el hombre en cuyas manos se había depositado el destino de Alemania y cuya voluntad fue ley suprema hasta su huida. (Es curioso que en las crisis del siglo XX los alemanes siempre hayan confiado ciegamente en una persona y le hayan otorgado el poder general absoluto, como ha ocurrido en un total de cuatro ocasiones, y que de esos cuatro hombres, dos de ellos padeciesen un trastorno mental obvio y los otros dos

claramente chocheasen). Los actos de la Alemania de aquella época fueron los actos de Ludendorff.

Claro que eso no es disculpa para aquellos cuya obligación habría sido gobernar y que, en lugar de hacerlo, dejaron el gobierno en manos de Ludendorff, es más, casi le obligaron a asumirlo; y tampoco sirve de excusa para aquellos —un gran sector del pueblo, la mayor parte de la burguesía y casi la totalidad de la opinión pública— a los que les pareció bien. También éstos son responsables de que en el verano de 1918 el cambio no se produjese a tiempo, de que el ejército alemán se desangrase sin un objetivo estratégico y de que luego, de repente —tal vez incluso demasiado pronto— la inepcia bélica alemana se pregonara por todo el mundo.

Una vez ocurrido esto a principios de octubre según las órdenes de Ludendorff, ya no hubo manera de parar. Con su propuesta de alto el fuego Alemania había aceptado los «14 puntos» de Wilson que databan de enero de 1918, es decir, no sólo la retirada de todos los territorios ocupados en el oeste y en el este, así como la pérdida de Alsacia y Lorena, sino ya de paso la cesión de la Polonia prusiana y el pasillo polaco y la firma de un compromiso general de indemnización. Todo esto iba incluido en los 14 puntos de Wilson, de modo que su aceptación supuso ya entonces una declaración prácticamente incondicional de la derrota. En el posterior intercambio de notas que se alargó hasta finales de octubre Alemania tuvo que ir resignándose poco a poco a que el alto el fuego debía ofrecer «una garantía absoluta del mantenimiento de la superioridad aliada», que la guerra submarina debía suspenderse antes del alto el fuego y que debía indemnizar «todos los daños infligidos por la agresión alemana a la población civil aliada, así como a sus bienes»; era por tanto

una capitulación a plazos. Se exigió incluso la destitución del emperador, medida que nadie rechazó explícitamente. No podía resultar más obvio que, en ese momento, Alemania estuvo dispuesta a aceptar el alto el fuego prácticamente a cualquier precio.

Cabe discutir sobre si esta disposición era realmente necesaria bajo las circunstancias del 29 de septiembre. Hay motivos para creer que el pánico pesimista que cundió ese día era tan equivocado como el optimismo ilusorio de principios de verano; que en ese momento aún habría sido posible aguantar hasta el invierno y aprovechar tal vez la interrupción forzosa de los combates para entablar negociaciones, si bien en condiciones mucho peores que las de comienzos del verano. Sin embargo, después del 29 de septiembre esta posibilidad se esfumó.

Una vez dado por perdido el juego públicamente, ya no había nada que salvar. Tras la solicitud de alto el fuego la disposición y la capacidad de combate alemanas se derrumbaron rápidamente, pues ¿quién desea morir en el último minuto en una guerra que oficialmente se ha dado por perdida? Cuando a finales de octubre el alto el fuego aún se hacía esperar, se produjo en Wilhelmshaven el célebre motín de la Marina contra una orden de salida, revuelta que luego se extendió a Kiel, desde donde se instigaron acciones revolucionarias en toda Alemania.

Aquello ya no tuvo nada que ver con la derrota ni con la capitulación. Cuando el 30 de octubre se apagó el fuego de las calderas de los buques *Thüringen* y *Helgoland*, el último y más duro punto del plan Wilson ya había sido aceptado, y mientras el 9 de noviembre en Berlín Scheidemann desde la sede del *Reichstag* y Liebknecht desde el balcón de palacio

rivalizaban por proclamar la República, la delegación alemana que había de firmar las severas condiciones del alto el fuego ya estaba en camino. El documento, listo para su firma, les estaba esperando.

Más adelante se culparía de la derrota y de la capitulación a la «revolución de noviembre» (cabe dudar de si mereció esta denominación) y el entonces cabo Hitler, quien creyó realmente en esta relación de causalidad, orientó su posterior política de invierno y primavera de 1945 hacia el objetivo de que aquel noviembre de 1918 no se repitiese jamás, con las consecuencias que hoy todos conocemos. Lo cierto es que los disturbios de noviembre fueron totalmente irrelevantes para la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial. Dichos disturbios fueron su consecuencia, no el motivo, y tampoco contribuyeron lo más mínimo a empeorar las demás consecuencias de la derrota. Más bien al contrario, se podría especular sobre si el éxito en Alemania de una revolución bolchevique según el modelo ruso habría impedido tales consecuencias o si tal vez las habría transformado; pero al menos sí que habría introducido un elemento radicalmente novedoso y habría dado a los acontecimientos un giro nuevo e imprevisible. Lo que ocurre es que en Alemania no se dieron las condiciones para eso.

En su lugar la «revolución de noviembre» facilitó un proceso ya iniciado antes que supuso el peor punto culminante de la historia de la derrota alemana: la desaparición silenciosa de los responsables y la evaporación de su responsabilidad. Desde el 29 de septiembre hasta el 11 de noviembre de 1918 Alemania y su derrota digamos que cambiaron continuamente de propietario, la responsabilidad pasaba de uno a otro. Nadie reconocía haber tenido algo que

ver. La Alemania imperial y sus dirigentes actuaron como un ladrón que, en plena huida, deposita el objeto robado estratégicamente en el bolsillo de un viandante.

Cuando el 29 de septiembre Ludendorff requirió la presencia en el cuartel general del secretario de Estado Von Hintze para comunicarle que sólo podía garantizar la resistencia del frente por espacio de 48 horas y que en dicho plazo necesitaba una solicitud de alto el fuego, es cierto que Von Hintze se quedó «consternado», pero no precisó de asesoramiento alguno, sino que afirmó que, en tal caso, la solicitud de alto el fuego debía emanar de un gobierno parlamentario constituido al efecto y que él ya había previsto. Ni una sola palabra sobre el hecho de que él mismo (o incluso Ludendorff) fuese a ensuciarse las manos.

Lo mismo ocurrió más adelante con el canciller del *Reich*, el conde Hertling, quien no se opuso a las pretensiones de Ludendorff, pero tampoco estuvo dispuesto a asumir la responsabilidad. Hertling «exigió y obtuvo su destitución», así de simple.

En su lugar y bajo el mandato del príncipe Maximiliano de Baden —un liberal hasta entonces crítico con la política bélica— se constituyó un gobierno compuesto por socialdemócratas, liberales y católicos, ambos de izquierda, es decir, por personas a quienes durante la guerra no se les había permitido asumir ninguna responsabilidad; pero entonces sí que pudieron asumir la derrota y la capitulación. Además, al nuevo gobierno se le inculcó a sangre y fuego que debía dejar al alto mando del ejército totalmente al margen: nadie debía saber que la solicitud de alto el fuego había partido de un requerimiento suyo. Los obedientes políticos socialdemócratas y burgueses de izquierdas aceptaron cual

probos patriotas ingenuos y leales «meterse en la boca del lobo», incluso se sintieron en parte halagados de que por fin les permitiesen gobernar. A ninguno de ellos se le ocurrió pensar que se dirigían hacia una trampa.

Cinco semanas más tarde, en el último momento antes de la dura colisión contra el asfalto, también desaparecieron en silencio y sin dejar rastro el emperador, los príncipes regionales, el nuevo canciller y los ministros burgueses. Sólo quedaron los socialdemócratas, «enemigos del *Reich*» antes de 1914 y «aguafiestas» después; entonces se les dejó solos con la derrota en la mano, ya verían ellos cómo arreglárselas.

Sin embargo, aquél no fue aún el punto culminante. Tan sólo un año más tarde volvieron a presentarse los que en octubre y noviembre de 1914 habían huido tan miserablemente de su responsabilidad, y lo hicieron en calidad de acusadores. Los socialdemócratas a quienes ellos habían cargado con la responsabilidad de la derrota se convirtieron entonces en los «criminales de noviembre» que habían «apuñalado por la espalda al frente victorioso» y provocado la derrota, es más, la habían deseado. Una gran parte del pueblo, despojado a la fuerza de los sueños de hegemonía mundial y de las ilusiones de victoria alimentadas durante años, confuso y perturbado ante tan súbita caída, sin ser consciente de lo que le estaba ocurriendo absorbió aquel veneno con avidez.

Es un veneno que perdura hasta hoy y sigue haciendo efecto. Una derrota militar se puede resistir e incluso superar; con frecuencia, mediante la reflexión y el entendimiento, hasta se convierte en una fuente de energía; pero lo que no se puede superar es el autoenvenenamiento de un pueblo a través de un autoengaño político de por vida. Esto es lo que les

ocurrió a los alemanes después de 1918 y lo que marcó el devenir de su historia. El hecho de que entonces se les ocultara una verdad reparadora; que jamás aprendiesen a enfrentarse directamente a los hechos de la Primera Guerra Mundial; que los culpables de la guerra y de la derrota, tras rehuir su propia responsabilidad, dividieran además al pueblo alemán y lo volvieran contra sí mismo, todo eso fue una infamia de la que sólo podía surgir una tremenda desgracia, tal y como ocurrió. En eso consistió la verdadera puñalada.

ENTONCES Y HOY

EPÍLOGO (1964)

La República Federal de Alemania no es el Imperio alemán y la Guerra Fría no es la Primera Guerra Mundial. Una comparación detallada de ambos fenómenos no llevaría muy lejos, puesto que la Historia nunca vuelve a interpretar igual la misma partitura.

Sin embargo, a la Historia le encantan las variaciones sobre el mismo tema. Sí, en algo se asemeja a ese maestro de escuela anticuado y tosco que, cuaderno en mano con un problema mal resuelto, regaña al alumno diciendo: «A repetir todo desde el principio», hasta que el pobre alumno por fin se da cuenta de su error y logra plantear correctamente el problema.

Como no quisieron entender qué habían hecho mal, los alemanes ya en una ocasión tuvieron que repetir la tragedia de la Primera Guerra Mundial en una de sus variantes: bajo el mandato de Hitler en la Segunda Guerra Mundial. La Segunda Guerra Mundial no fue en modo alguno una repetición exacta ni una copia de la Primera (tampoco el *Reich* de Hitler fue una copia del Imperio alemán); es más, se creyó incluso que, en esa ocasión, «las cosas» se harían mejor y de forma distinta. Hitler había estudiado concienzudamente y a su manera la Primera Guerra Mundial y había extraído ciertas enseñanzas de su desafortunado desarrollo. Lo que ocurre es que fueron las enseñanzas incorrectas y, como es sabido, la Alemania de Hitler hizo «las cosas» mucho peor que la

primera vez, de modo que, al final, su caída fue tanto más estrepitosa.

La República Federal de Alemania, de nuevo un modelo de Estado algo distinto, de nuevo quiere hacer «las cosas» de forma diferente y mejor pero, una vez más, se vislumbra que los cálculos tampoco van a salir en esta ocasión, de modo que la tercera derrota, si bien gracias a Dios hasta el momento incruenta, despunta ya claramente por el horizonte.

Es un hecho que tampoco la República Federal ha sacado las enseñanzas correctas de las tragedias sufridas por sus antecesores. También ella se ha conformado con querer hacer «las cosas» de forma diferente y mejor, pero no se le ha pasado por la cabeza dejar «las cosas» completamente de lado y, en su lugar, hacer algo distinto, es decir, practicar una política de paz. A su manera, la República Federal de Alemania no ha sido menos fiel a los pecados capitales cometidos por el Imperio alemán en 1914 de lo que lo fuera Hitler. No obstante, habrá que conceder que, a diferencia de éste, no los ha exagerado a posta. La política de Hitler fue una simplificación insoportable de la política equivocada del Imperio alemán; la de Adenauer, más bien un refinamiento de la misma pero, en el fondo, ambas son iguales. Y si a modo de conclusión tratamos brevemente de llamar por su nombre a *Los siete pecados capitales del Imperio alemán* (en lugar de limitarnos, como hasta ahora, a contar cómo se cometieron), veremos que todos ellos (de forma algo distinta) se han vuelto a cometer y se siguen cometiendo por parte de la República Federal de Alemania.

El primer pecado capital del Imperio alemán, al que sucedieron todos los demás, fue que Alemania, sin motivo aparente, dejó de sentirse y de comportarse como un Estado

satisfecho. Los alemanes de la época guillermina no fueron conscientes de lo bien que les iba y se comportaron como el asno de ese refrán alemán que dice: «Cuando le va demasiado bien, se va a patinar sobre hielo».

¿Qué era lo que le faltaba a aquel Imperio alemán del cambio de siglo, expandido a lo ancho de Europa, poderoso, floreciente y próspero? Visto desde hoy, nada. Puede que en política interna precisase alguna reforma, pero de puertas para fuera los alemanes habían alcanzado la situación óptima que les permitía su demografía y su disposición geográfica. Tenían todos los motivos para agradecérselo diariamente a su creador y para cultivar ese *statu quo* en el que tan cómodamente vivían como si de un jardín se tratase. No sólo Inglaterra desde Waterloo, sino también el propio Bismarck desde Sedán les había mostrado cómo hacerlo.

En su lugar los alemanes no hicieron más que poner todo su afán y empeño en destruir ese *statu quo* que al final les resultaba casi insoportable. «¡Acabemos con la estrechez!», rezaba la consigna. El país más rico de Europa era, a su vez, el más insatisfecho; el más fuerte, el más inestable. La Alemania guillermina cambió en su fuero interno esa cita de Fausto que dice «Es verdad que ya sé mucho, pero quisiera saberlo todo» por «Es verdad que poseo mucho, pero quisiera poseerlo todo». Que con esta máxima sólo lograría aislarse y acorralarse, que se ganó enemigos en todo su entorno y que aquello iba a tener un amargo final era algo que un estadista sabio (o una nación sabia) debería haber previsto. Tras producirse el amargo final cualquier persona con sentido común debería haberlo visto.

Sin embargo, ni siquiera hoy lo ve casi nadie. Es más, la República Federal ha plasmado incluso su insatisfacción y

descontento básicos, con todo lo que eso conlleva, en su Ley Fundamental. No reconoce sus propias fronteras ni tampoco las de su Estado gemelo, ni siquiera le reconoce a éste como tal; más aún, en sentido estricto no se reconoce ni a sí misma, pues desea ser contemplada como el Imperio alemán con las mismas fronteras de 1937, y no dará tregua hasta que se restaure ese Imperio con esas fronteras (con las que, en aquel entonces, estaba totalmente insatisfecho). Con aún más resolución que el Imperio alemán de 1900, la República Federal apuesta todo lo que tiene para ganar aquello de lo que carece. Así, desdeña de un modo, aún más formal y categórico, el *statu quo* en el que vive y del que se alimenta.

«Es comprensible», se argumentará. Alemania ha retrocedido a escala mundial, es lógico que quiera volver a ascender. De acuerdo. Pero ¿ha de ser por los mismos medios que le hicieron retroceder?

El descontento institucionalizado, la inquietud, la codicia, un rechazo empecinado de los acontecimientos, una insistencia peleona en mantener ficciones ingeniosas, las exigencias eternas, una perpetua intolerancia y el arte de granjearse enemigos y malograr las amistades no son el mejor camino para que un país mejore su situación, por mala que sea. Pero la situación de la República Federal no es mala en absoluto. No es tan brillante como la del Imperio alemán de 1900, lo cual, tras haber perdido dos guerras mundiales, no deja de ser normal, pero sí que supera todo lo que los alemanes pudieron imaginar en sus sueños más audaces hace 20 años. Los ciudadanos de la República de los años sesenta son tan poco conscientes de lo bien que les va como los alemanes del Imperio del cambio de siglo. Hace tiempo que vuelven a ser objeto de una envidia fundada en gran parte del

mundo; realmente no deberían permitirse volver a ser, además, una fuente constante de inquietud. Sin embargo, el país más rico de Europa vuelve a ser el más insatisfecho; el más fuerte, el más inestable, y este país vuelve a llamarse Alemania.

Es una situación fatídica. Cometer el mismo pecado capital por tercera vez puede resultar extremadamente peligroso, tanto más cuanto que una tercera guerra alemana, si es que se derivara de esta situación —cosa que ya ocurrió en dos ocasiones a partir de un estado de ánimo semejante—, esta vez con toda seguridad tendría lugar sobre suelo alemán y es probable que se llevara a cabo con armas de destrucción masiva, dirección en la que la República Federal de Alemania, presa de su ceguera, casi ha estado trabajando.

Así, la República Federal se ha apropiado también del segundo pecado capital del Imperio alemán, es decir, de eso que el resto del mundo ha dado en denominar «el militarismo alemán». Los alemanes nunca han entendido este reproche de «militarismo» que siempre les ha molestado por injusto. Se habrían hecho un gran favor a sí mismos si hubiesen tratado de comprender su razón de ser.

Con el término «militarismo alemán», utilizado en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, el mundo no aludía al simple hecho de que el Imperio alemán mantuviese un ejército de proporciones y calidad considerables del que se sentía muy orgulloso. Teniendo en cuenta la situación geográfica de Alemania, dicha circunstancia resultaba más que comprensible y cualquiera con sentido común lo entendía. En la época de Bismarck el ejército alemán era tan grande y tan bueno como en el periodo guillermino, a pesar de lo cual el Imperio de Bismarck se había ganado la

reputación de ser un remanso de paz, mientras que el reproche militarista no surgió hasta la época guillermina.

Con este reproche el resto del mundo no estaba reprendiendo en realidad al ejército alemán, sino a la política alemana, la cual ya en tiempos de paz no cesaba de estar influenciada por consideraciones ya no de tipo político, sino militar y estratégico que, incluso en tiempos de paz, no conducían más que a la idea permanente de la guerra; era una política que no hacía más que marcarse objetivos sólo alcanzables por la vía bélica, que no pensaba más que siguiendo el esquema de aliados y adversarios y que trataba constantemente de debilitar a ciertos «enemigos»; una política siempre dispuesta a utilizar una amenaza de guerra abierta o encubierta como instrumento habitual, que siempre hacía gala de sus «relucientes huestes» y que así, finalmente, generó un clima de tensión continua y una expectativa permanente de guerra, es decir, una atmósfera prebélica.

A esto se dedicó la política alemana durante los diez o veinte años que precedieron a la Primera Guerra Mundial. Del último emperador alemán se ha dicho que, en realidad y a pesar de todo, no deseaba una guerra, sino que disfrutaba adoptando poses bélicas a la manera de un comediante. De ser cierto, tanto peor. Una guerra concebida fríamente y llevada a cabo siguiendo un plan, como una meditada operación quirúrgica (por ejemplo la guerra de Bismarck en 1866), es más perdonable que otra organizada de manera irreflexiva e irresponsable a partir de la estupidez y de la vanidad y que está fuera de control desde el primer momento.

La República Federal de Alemania ha vuelto a ganarse hoy el reproche del militarismo; un reproche que parte de la Unión Soviética pero que, poco a poco, va teniendo eco en el

mundo neutral e incluso entre los aliados de la República. En esta ocasión el reproche tampoco va dirigido contra la existencia del Ejército como tal, que prácticamente le fue impuesto a la República Federal por las potencias occidentales y con el que también la Unión Soviética tuvo que conformarse. Dicho reproche se alimenta constantemente de la insistencia por parte del gobierno alemán en poder disponer de armas atómicas pero, en realidad, va dirigido contra lo que el mundo, incluso en tiempos de paz, considera una política bélica y de fuerza, una guerra en la sombra. En este sentido, ¿puede afirmarse que semejante reproche caiga en el vacío?

La República Federal de Alemania (al igual que el Imperio alemán de Guillermo II) se ha marcado objetivos sólo alcanzables por la vía bélica: en esta ocasión la liquidación de la RDA y la devolución de Polonia. La República Federal de Alemania (al igual que el Imperio alemán) da por supuesto que debe aspirar a estos objetivos por las malas, no por las buenas, ejerciendo presión y obligatoriedad, sin necesidad de recurrir a un desarrollo pacífico. La República Federal (al igual que la Alemania imperial) contempla la guerra como una variable fija en el cálculo de su política exterior e invierte cantidades ingentes en defenderse de un posible ataque con el que en realidad nadie le amenaza. La República Federal de Alemania es el único Estado europeo que se comporta como si la guerra estuviese a la vuelta de la esquina y es, a su vez, el único Estado europeo que hace todo lo posible para crear y mantener un clima de tensión y una atmósfera prebélica. Al igual que la Alemania imperial, la República Federal pretende obtener cosas de las que carece mediante una «política de fuerza». Esto es lo que entonces se denominó militarismo y, si tal reproche estuvo justificado entonces, sigue estándolo hoy.

Sin embargo, a diferencia de aquella época, la fuerza con la que la República Federal de Alemania opera o pretende operar es una fuerza prestada; no le pertenece a sí misma, sino a otros. En este sentido la política «militarista» de la República Federal resulta menos peligrosa para los demás que la del Imperio alemán. No obstante, precisamente por esta razón, dicha política resulta mucho más peligrosa para la propia República Federal, puesto que en esta ocasión se lo está jugando todo y, además, con un dinero ajeno que puede serle retirado cualquier día. Alemania está provocando continuamente a potencias superiores a ella (al menos a una potencia superior) y arriesgándose a una guerra sin la más mínima perspectiva de lograr oponer resistencia con sus propias fuerzas en caso de que algún día los demás aceptaran el desafío. Y lo sigue haciendo a pesar de que, con el paso de los años, es cada vez más evidente que la protección brindada por sus aliados en este juego tan arriesgado está más que limitada y sujeta a condiciones. El 13 de agosto de 1961 debería haber supuesto una advertencia a este respecto, pero la República Federal de Alemania no lo ha tenido en cuenta hasta el momento.

Existe aún otro motivo por el que el pecado capital del «militarismo», es decir, del juego de la guerra, se ha vuelto hoy más peligroso que en 1914. Ya entonces la guerra había dejado de ser lo que fue en el siglo XVIII (por tanto es absurdo hacer cálculos y afirmar, por ejemplo, que en el transcurso de su historia Francia ha librado más guerras que Alemania; lo que ocurre es que las libró en otras épocas y en condiciones distintas). Ya entonces el militarismo alemán, como tantas otras cosas en la historia del país, llegó demasiado tarde. Ya entonces engendró catástrofes que el militarismo *per se* no

provocó en el que fuera su periodo histórico más genuino en Europa, la época de las guerras dinásticas particulares, sin motivo real.

Sea como fuere, aunque no se pudiera controlar, sí que se logró sobrevivir incluso a una catástrofe como la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, al menos Alemania no podría sobrevivir a una guerra como la que se libraría hoy en su terreno con armas atómicas, y si de una guerra sin armas atómicas se tratara, Alemania la perdería con mayor seguridad y rapidez que la Primera y la Segunda Guerras Mundiales.

Por lo tanto, a diferencia de 1914 y 1939, en esta ocasión Alemania no sólo está jugando con un poder prestado sino que, además, también a diferencia de entonces, se está jugando la existencia de 75 millones de alemanes. Y sin embargo, es evidente que su actitud frente al juego no difiere en absoluto de la de antaño. Su predisposición básica y permanente para entrar en conflicto, es más, para librar una guerra «fría» abierta o encubierta incluso en tiempos de paz no ha variado en absoluto. Si todavía en este siglo, lo cual no es del todo impensable, los alemanes consiguen atraer los rayos del este y el oeste y logran así su exterminio, la humanidad superviviente atribuirá la extinción de este extraño pueblo a su inigualable incapacidad para aprender de lo vivido y del daño sufrido.

El tercer pecado capital con el que el Imperio alemán cavó su propia tumba en la Primera Guerra Mundial fue la prepotencia. Tanto antes como en el transcurso de la Primera Guerra Mundial el Imperio alemán siempre quiso jugar una baza demasiado alta. Antes de la Gran Guerra desafió al mismo tiempo a Inglaterra en un combate por la hegemonía mundial y a Rusia y Francia en una lucha por la hegemonía

continental. Es posible que Alemania hubiese ganado una de las dos contiendas, pero no ambas. Hubo un momento durante la guerra en el que, contra todo pronóstico y de forma extraordinaria, Alemania estuvo en disposición de acabar con un empate frente a las tres potencias enemigas, es decir, de obtener una paz de autoafirmación; sin embargo, se empecinó en lograr una paz victoriosa para la que sus fuerzas, evidentemente, no alcanzaron. En 1918 Alemania aún habría logrado sortear la derrota o al menos suavizarla si hubiese rebajado su objetivo y concentrado en él las fuerzas restantes. Sin embargo, todavía creyó posible construir un imperio oriental en plena derrota, malogrando así su última oportunidad defensiva con una ofensiva absurda. El Imperio alemán jamás acertó a alcanzar lo poco que tenía a su alcance por querer ir a la caza de lo ya inalcanzable. Su divisa fue siempre «todo o nada» y el resultado fue nada.

En la historia de la República Federal de Alemania se detecta un paralelismo bastante exacto con la historia del Imperio alemán en la Primera Guerra Mundial. Tampoco la República Federal acertó a alcanzar lo poco que tenía a su alcance por querer ir a la caza de lo ya inalcanzable. En 1952-1955 la República Federal podría haber logrado la reunificación mediante unas elecciones libres, claro que aceptando las fronteras de 1945 y renunciando a una alianza. Sin embargo, prefirió un pacto con Occidente del que esperaba una reunificación bajo las fronteras de 1937 y el posterior triunfo sobre Rusia. Hoy, una vez fracasada dicha política, la República Federal de Alemania sólo puede aspirar a la reunificación por la vía de una confederación con la RDA que tendría como precio renunciar al armamento atómico y participar en un sistema de seguridad europeo. Alemania ha

preferido oponer resistencia, enemistándose poco a poco también con Occidente y sin reconciliarse con Rusia. Ya despunta el día en el que también esta oportunidad se esfume y la República Federal sólo tenga ocasión de alcanzar una paz basada en un *statu quo* en el que reconozca plenamente a la RDA. Si también la rechaza, la República Federal se verá amenazada por una tercera Guerra Púnica.

La prepotencia del Imperio alemán fue el más comprensible y perdonable de sus pecados. La Alemania de 1914 poseía una fuerza verdaderamente enorme, cuyos límites aún desconocía; el valor y el empeño mostrados en la Primera Guerra Mundial alcanzaron dimensiones realmente heroicas. El hecho de que al Imperio alemán siempre se le creyese capaz de lograr objetivos desproporcionados e inalcanzables, de forma que al final todo ese valor y empeño se quedasen en nada, puede considerarse trágico.

La prepotencia de esta República Federal de Alemania que juega constantemente con apuestas ajenas y que, en sentido estricto, sobrevalora no tanto su propia fuerza como su propia capacidad de marcar el paso a otras potencias, no merecerá tan alto epíteto en los anales de la Historia. En esta ocasión, la prepotencia va mezclada con una dosis demasiado alta de autoengaño consciente, y lo que hace 50 años aún se consideraba heroico, hoy no es más que un rasgo triste y vulgar propio de un estafador y un buscapleitos. A pesar de su desmesura y de su prepotencia, la imagen de un Imperio alemán que, estando a la altura de sus circunstancias, aspiraba a ejercer la hegemonía mundial fue un espectáculo tremendo y conmovedor. La de una República Federal repescada del abismo y cebada por unos vencedores compasivos y calculadores que exige a gritos las fronteras dilapidadas de

1937 y niega la paz al resto del mundo si no se cumple su voluntad no provoca en Oriente ni en Occidente más que repugnancia y encogimiento de hombros. Sin embargo, tampoco esta reacción deja de ser peligrosa para Alemania.

El cuarto pecado capital con el que el Imperio alemán se echó a perder en la Primera Guerra Mundial fue lo que podríamos denominar prepotencia *moral*. Los alemanes, que tanto entonces como ahora gustaban de mostrarse como unos buenazos, tendían (y tienden) a creerse demasiado buenos para este mundo cruel. Sobre esta base moral se creyeron legitimados para hacer (y perdonarse a sí mismos) cosas que el resto del mundo considera crímenes y atrocidades. Cuando la buena y cándida Alemania estuvo acorralada, perdió la paciencia y empezó a propinar golpes por todos los flancos, ¿es que no tenía derecho a hacerlo? Si esto afectaba de pasada a un par de inocentes y los demás se molestaban por ello, ¿acaso no era más que un acto de auténtica hipocresía por parte de un mundo fariseo?

La ocupación de la Bélgica neutral obedecía a esa máxima que reza: «La necesidad no sabe de leyes». Después, cuando desde las casas belgas se disparó contra aquellos huéspedes que no habían sido invitados, los alemanes prendieron fuego a calles enteras sin el menor cargo de conciencia, es más, lo hicieron llevados por la certeza de sentirse gravemente ofendidos y convencidos de su derecho a actuar así. ¿Acaso los francotiradores belgas no habían violado el derecho de guerra?

La guerra submarina sin cuartel que ahogó sin remedio incluso a tripulaciones enteras de buques mercantes neutrales y desarmados tuyo lugar según el lema que dice: «El éxito siempre halla disculpa». ¿Y qué pasaría de no tener éxito? Entonces los alemanes mostrarían su indignación por el

hecho de que aquellos valientes capitanes de submarino fuesen tachados de criminales de guerra y tratados como tales.

La bolchevización de Rusia, alentada deliberadamente como medida de aniquilación política para paralizar y desarmar a Rusia por siempre jamás, fue muy acertada: «En el amor y en la guerra todo vale». Sin embargo, la posterior bolchevización de la zona alemana de ocupación soviética por parte de una Rusia que, al igual que las demás potencias occidentales, no hacía más que exportar su propio sistema, ya que consideraba bastante bueno para los alemanes lo que era bastante bueno para sí misma, fue algo imperdonable.

El mundo, en efecto, no es un jardín de infancia. Las violaciones del derecho internacional, los crímenes de guerra, brutalidades y atrocidades de toda índole son también propias de otras potencias distintas del Imperio alemán. Sin embargo, el saldo acumulado por estas partidas en el debe germano durante la Primera Guerra Mundial es bastante alto (por no hablar de la Segunda Guerra Mundial). Fue muy ingenuo no anticipar el odio que tales acciones despertarían, y tratar después de acrecentar esa inquina hasta la saciedad mediante un ejercicio de egolatría, autocompasión e intentos vanos de compensar pérdidas y ganancias —sobre todo cuando uno ha perdido y, en cierto modo, depende de la voluntad de reconciliación de las víctimas vencedoras— no es un acto digno ni inteligente. A este último respecto es precisamente la República Federal la que ahora está actuando frente a Rusia y Polonia de una forma sorprendente.

Digámoslo una vez más: todos los pueblos cargan con crímenes y atrocidades en su conciencia y, a pesar de que los alemanes lleven tristemente la delantera justo en este siglo, lo cierto es que no son los únicos pecadores. Lo que sí poseen en

exclusiva es esa ingenuidad que les lleva a exculparse y a reclamar ante un mundo, al fin y al cabo vencedor y al que han desafiado y maltratado gravemente, el derecho a que sus propios actos no tengan en absoluto consecuencias. Parte de esta ingenuidad radica, por cierto, en que los alemanes a todas luces opinan que dichos actos no serán tenidos en cuenta en tanto en cuanto los propios alemanes no hablen de ellos, de modo que tienen por costumbre acusar de traidor a todo aquel que, desde dentro, trate de lavar los trapos sucios.

A este capítulo corresponde también esa capacidad tan particular de los alemanes de ignorar no sólo sus propios actos, sino también sus propias palabras. Se asegura que en 1914 el pueblo alemán partió a la guerra «con un corazón limpio», convencido de su condición de víctima inocente de un asalto. De ser así, esto no dice mucho de la inteligencia ni de la madurez del pueblo alemán. Al fin y al cabo el pueblo alemán llevaba 20 años escuchando y leyendo a diario un único mensaje: por fin había llegado el momento de conquistar su derecho vital como potencia mundial y ocupar su lugar bajo el sol. Aquello no era motivo de vergüenza, tampoco lo fue entonces; en cierto modo resultaba incluso excepcional y fascinante. Pero el hecho de que más adelante, una vez iniciada la conquista, los alemanes se considerasen víctimas inocentes y repentinas de un asalto presupone un alto grado de dispersión mental y falta de atención o bien una insólita capacidad de autoengaño.

Claro que semejante reacción, una vez más, está relacionada con el profundo rechazo del pueblo alemán a responsabilizarse de su política o siquiera interesarse por ella. Más adelante tampoco nadie quiso saber nada de Auschwitz y puede que algunos de hecho lo hayan logrado, si bien para eso

había que tener valor. Lo cierto es que también en época de Hitler, nada más volver la esquina del campo de concentración más cercano florecía un paisaje idílico, rezumante de felicidad pequeño burguesa, cándida y amable, en absoluto consciente de su culpa. Y ese ciudadano de la República Federal que hoy escucha campanas sobre cómo su patria vuelve a ser objeto de los temores del Este y del recelo del Oeste mientras él no se preocupa más que de su negocio, su nueva casita y su coche, se preguntará con auténtica indignación: «¿Cómo? ¿Que ésos somos *nosotros*?». Entre Alemania y los alemanes existe una diferencia que el resto del mundo nunca acertará a comprender por mucho que lo intente. No en vano Thomas Mann tituló su brillante defensa de la política bélica alemana durante la Primera Guerra Mundial «Consideraciones de un apolítico». En el mismo instante en que un ciudadano alemán se arroga el derecho a ser apolítico, es decir, el derecho a carecer de responsabilidad política, a la vez da carta blanca al gobierno de turno para que también él ostente este derecho, y después el ciudadano alemán se queda de una pieza cuando el gobierno lo pone en práctica y las consecuencias recaen en el ciudadano. Se trata pues de un triste capítulo sin apenas diferencias entre 1914 y 1965.

Esto nos lleva al quinto pecado capital, que ya en una ocasión hemos llamado por su nombre a lo largo de la exposición anterior: la pérdida del sentido de la realidad. En la Primera Guerra Mundial los dirigentes del Imperio alemán —que actuaron de forma irresponsable en sentido estricto, pues en aquella Alemania apolítica no hubo nadie que les responsabilizara de nada— jamás tuvieron los pies en la tierra, ni antes del conflicto ni en su transcurso; vivían

permanentemente en un mundo irreal hecho de ilusiones, ficción y fantasía; eran víctimas constantes de su propia propaganda. El hecho más inaudito con el que se topa una y otra vez cualquier descripción de los grandes y decisivos fallos cometidos por el mando militar alemán durante la Primera Guerra Mundial es que éste jamás supo ver siquiera las alternativas disponibles, nunca se propuso afrontar seriamente los hechos que tenía ante sí y jamás debatió siquiera sobre las posibilidades de evitar un determinado error. La única excepción fue la guerra submarina; esa cuestión sí que fue debatida y la decisión a favor de emprenderla (por desgracia la opción incorrecta) se tomó tras sopesar cuidadosamente pros y contras.

El resto fue una suma de decisiones fallidas tomadas a la ligera, sin estudio ni análisis previos de la situación, sin efectuar pruebas comparativas ni considerar otras opciones, sin relación alguna con las tareas y problemas realmente planteados en cada caso; fue por tanto una constante política propia de Juan el despistado, que no acierta a dar con el peldaño, cae escaleras abajo y se rompe una pierna por estar mirando a las musarañas.

Ni siquiera en el correo interno del Ministerio de Exteriores se consideró jamás que la política de construcción naval y el desafío a Inglaterra que ésta implicaba fuese a tener un efecto sobre la política continental alemana que pudiese requerir un giro radical respecto a Francia y Rusia. En cuanto al plan Schlieffen, que supuso el desmoronamiento de la política alemana en julio de 1914, ni siquiera los miembros del triángulo más estrecho del poder, canciller-emperador-jefe del Estado Mayor, le dedicaron una sola palabra en todo el mes. La cuestión de si en el año 1916 aún habría existido una

posibilidad realista de lograr una paz victoriosa jamás se ha analizado de manera objetiva y rigurosa; de haber sido así, lo más probable es que se hubiese llegado a una respuesta negativa, pero es algo que sencillamente ni siquiera se planteó. Igual de escasas fueron la consideración y discusión que mereció entonces la posibilidad, con todas sus variantes, de alcanzar una paz general por medio del *statu quo* o una paz parcial sin anexiones. La realidad de 1916 restregaba estas cuestiones ante las narices de los dirigentes del Imperio alemán, pero ellos no la vieron, no fueron conscientes de ella, para ellos nunca existió; no concebían más que una paz victoriosa, todo lo demás no entraba en consideración. Es lamentable ver cómo las posibilidades de salvación para las que en aquel entonces había puntos de partida practicables no se desecharon de forma consciente tras efectuar un análisis objetivo, sino que simplemente se hizo caso omiso de ellas.

Y de nuevo surge la gran disyuntiva que abrió la inesperada victoria de la revolución bolchevique en Rusia: librarse de una guerra de dos frentes para concentrarse sólo en el oeste o seguir avanzando por el este para, de una forma en apariencia menos costosa, crear un imperio oriental. Sobre semejante disyuntiva no sólo se decidió mal, sino que ésta jamás fue contemplada como tal, nunca se planteó como pregunta, e incluso cuando la derrota estuvo ya ahí, a la vuelta de la esquina, y el puro instinto de supervivencia tendría que haberles hecho poner los pies en la tierra, los «responsables» se aferraron obstinadamente a sus queridas ilusiones y malgastaron los últimos efectivos que habrían sido necesarios para afrontar la derrota en unas ofensivas ya sin sentido. Y no lo hicieron porque tuviesen una razón, por muy equivocada que fuese, sino porque simplemente no se hicieron el

planteamiento al que obligaban las circunstancias.

Nos encontramos pues ante un verdadero misterio. Los dirigentes del Imperio alemán eran hombres cultos, al menos formados, por lo general medianamente inteligentes y dotados. A diferencia de los dirigentes del futuro Tercer *Reich*, aquéllos no vivían bajo un régimen de terror y lo cierto es que, en comparación, éstos salen mejor parados. Algunos, como Beck y Schacht, ya no participaron de ciertas decisiones erróneas fundamentales y prefirieron dimitir; muy pocos trataron al final de oponer incluso una resistencia patriótica y conspirativa. En el Imperio alemán no hay ni un solo paralelismo al respecto, tampoco en la República Federal de Alemania, cuya política lleva años habiendo perdido por completo todo vínculo con la realidad y ya sólo se aferra a sus ilusiones y a una ficción.

Tal vez en este caso la observación del presente de la República Federal de Alemania nos dé la clave para resolver el misterio del pasado imperial. La clave reside en la palabra «tabú», un término que hoy es moneda corriente, pero que entonces no se conocía en el ámbito político. En la política alemana de aquel entonces y de hoy grandes aspectos de la realidad están «tabuizados». El acto de concebirlos o siquiera mencionarlos se consideraba y se considera impropio y escandaloso, y tuvo y tiene como consecuencia la exclusión automática de la comunidad. Como es sabido en la época de Hitler se llegó tan lejos como para decapitar a quienes se les ocurriese reflexionar sobre una posible derrota alemana siquiera en privado, para colmo en una etapa en la que dicha posibilidad se había vuelto del todo cierta. El Imperio alemán no llegó tan lejos entonces ni tampoco hoy lo hace la República Federal de Alemania. No obstante, la actitud

básica siempre ha sido la misma: queda prohibido expresar, considerar y cuestionar todas aquellas realidades que no se correspondan con los deseos de la política alemana, así como las posibilidades que no vayan en la línea de sus expectativas y esperanzas; en definitiva, todo lo que conduzca a revisar los fundamentos de dicha política. Todo esto constituye un tabú, y quebrantarlo es un acto antipatriótico, antisocial y «antialemán». El hecho de que hoy en día este comportamiento ya no se castigue con la muerte ni con penas de cárcel, sino sólo merezca el desprecio político y social es una gracia inmerecida, fruto de la magnanimidad y del alto grado de libertad conferido al ordenamiento jurídico actual.

Toda la política alemana del siglo XX se ha basado y se basa en convertir en tabú todos los hechos que no resulten bienvenidos. De ahí se deriva esa pérdida del sentido de la realidad, al parecer incurable, de la que adolece la política alemana. De ahí las decepciones y derrotas siempre repetidas y siempre repetibles que nadie prevé y las catástrofes de las que nadie quiere responsabilizarse después. De ahí el derroche continuo, reiterado y absoluto del valor y el empeño de los que es capaz Alemania. A menos que las cosas cambien nada irá mejor. (Sólo existe por cierto un político alemán del siglo XX que durante 40 años ha ejercido su política con la máxima humildad y constancia frente a los hechos y nada más que los hechos, renunciando por completo, de forma casi exagerada y por tanto casi desagradable a todas sus preferencias, deseos y lealtades personales. Así, se ha convertido en el político alemán de mayor éxito y también en el más odiado del siglo. Su nombre es Ulbricht).

El sexto pecado capital del Imperio alemán consistió en establecer con su entorno una relación absolutamente

equivocada. El éxito de la política exterior, como el de cualquier otra empresa, se basa en tres condiciones: conocimiento del sistema en el que uno vive y observación de las reglas básicas por todos reconocidas; anticipación de los efectos retroactivos que nuestro comportamiento provocará en otros, sobre todo en los directamente afectados, y cierta toma de distancia que impida olvidar que el enemigo de hoy puede ser el aliado de mañana (y viceversa) y que, en función de las circunstancias, todos pueden necesitar a todos en alguna ocasión.

La política exterior del Imperio alemán (y la de la República Federal) siempre se ha quedado corta en las tres condiciones. En lo que respecta a la primera, los herederos de Bismarck jamás comprendieron su mayor logro, que no consistió precisamente en fundar el Imperio alemán, sino en *integrarlo en un sistema de naciones europeo y mundial sin perjuicio duradero*. Los sucesores de Bismarck siempre pretendieron alterar este sistema y, a ser posible, destruirlo, sin darse cuenta de que al hacerlo no conseguirían más que alterar y destruir su propio entorno y la base de su existencia política. El imperio bismarckiano aún podría existir hoy si sus sucesores hubiesen comprendido, como el propio Bismarck, que el equilibrio europeo y la condición especial de Inglaterra dentro de ese sistema eran los fundamentos de su propia existencia. Empeñado en revolucionar ambas premisas y llevado por una absurda codicia, el Imperio alemán tiró piedras sobre su propio tejado, es más, sobre toda la casa. La culminación de este acto propio de Eróstrato y, al mismo tiempo, el único éxito que perduró fue la bolchevización de Rusia.

La República Federal de Alemania tampoco entiende hoy

que la base de su existencia sea la división tácita, pero eficaz, de Europa entre Estados Unidos y la Unión Soviética, ni que precisamente la propia Alemania y toda su población serían la primera víctima absoluta de producirse entre ambas potencias ese conflicto que ella trata de provocar constantemente. La República Federal se niega a reconocer su fuente de vida. La idea de encontrar una fórmula para la reunificación alemana en el marco de este sistema inquebrantable (a no ser por la vía del suicidio de la propia República Federal), idea favorecida por el actual estado de distensión y acercamiento entre rusos y estadounidenses, es tabú. En su lugar hay políticos de la Alemania federal que, nada más volver a quejarse de la escasa predisposición bélica de Estados Unidos, presa de la obstinación y el descontento aspiran a una alianza con China, actual representante de la revolución mundial, contra Rusia *y* Estados Unidos. Tal cosa supondría una repetición exacta de la baza incorrecta jugada en la Gran Guerra con la revolución mundial, el ejemplo más logrado de la prepotencia alemana y en esta ocasión, además, una receta infalible de suicidio.

Tanto la política del Imperio alemán como la de la República Federal de Alemania ofrecen ejemplos de la incapacidad de anticipar y calcular los efectos retroactivos que provocarán en los demás nuestros propios actos y actitudes. Estos ejemplos son demasiados y demasiado crudos como para que merezca la pena enumerarlos uno a uno.

Sin embargo, sí es necesario decir algo sobre la actitud básicamente errónea que se deriva de la incapacidad alemana para tomar distancia, es decir, de la negativa a reconocer la diferencia clara y la relación correcta entre lo propio y lo ajeno.

A principios de siglo, hoy y siempre el ámbito político

estará formado por multitud de Estados grandes, medianos y pequeños a los que perteneció el Imperio alemán y pertenece la República Federal de Alemania. Una fusión de Estados es poco frecuente. Por regla general los Estados deben considerarse magnitudes dadas, cuyas relaciones cambian como un caleidoscopio dentro de un sistema básico de constelaciones que se modifica lentamente. Toda política exterior consiste en desplazarse por esta densa red de carreteras sufriendo los menores accidentes posibles y, allí donde no se puedan evitar las colisiones, tratar de minimizar sus consecuencias.

Ni el Imperio alemán ni la República Federal han entendido nunca este funcionamiento. Para ambos la política exterior consiste esencialmente en conquistar o dejarse conquistar, en fundar grandes imperios o formar parte de ellos. En este sentido la política de la República Federal es el negativo de la Alemania imperial. Si el Imperio alemán quiso convertir a los belgas y a los polacos, a los habitantes del Báltico, los finlandeses, los ucranianos y por último a los turkmenos y a los transcaucásicos en Estados miembro de un gran Imperio alemán sin pedirles opinión, la República Federal busca desesperadamente un gran imperio atlántico-norteamericano o franco-europeo del que formar parte como Estado miembro. Llevar una existencia humilde, digna y responsable que satisfaga lo máximo posible al resto jamás interesó ni interesa a ninguno y, sin embargo, esto es exactamente lo que su entorno, *cualquier* entorno, espera de Alemania, de *cualquier* Alemania, lo mismo que de cualquier otro Estado. Frustrar una y otra vez tal expectativa no puede ser bueno. Y el eterno *empecinamiento* de la política exterior alemana, se manifieste ya como ansia de conquista, ya como

ansia de integración, sigue poniendo en peligro al país tanto entonces como hoy.

La política exterior de la República Federal también representa el fiel negativo de la de la Alemania imperial en otro sentido. La política imperial alemana radicalizó e ideologizó la oposición del país a las potencias occidentales hasta el punto de convertir la Segunda Guerra Mundial en una guerra de religiones: la «cultura» alemana contra la «civilización» occidental, héroes o comerciantes como futuros amos y creadores del mundo, ésa era la eterna cuestión sobre la que, al parecer, giraba todo entonces. La República Federal declara hoy tabú la más ligera duda sobre su occidentalidad total y excluyente: Alemania es hoy como mínimo tan estadounidense como Estados Unidos, al menos tan francesa como Francia y así ha sido siempre (lo de ayer no cuenta). A cambio, la República Federal radicaliza e ideologiza de una forma en absoluto bien recibida por el verdadero Occidente, al tiempo que causante de una impresión excéntrica y exagerada tanto en Estados Unidos como en Inglaterra y Francia, la actual oposición Este-Oeste, ya en declive: la «civilización occidental» se enfrenta hoy al «bolchevismo mundial» y la «libertad» a las «hordas orientales», a las que también pertenecen ahora aquellos alemanes que, víctimas del azar, cayeron en la zona de influencia rusa y no en la occidental, divididas ambas por la línea de demarcación de 1945.

Es cierto que la política actual no es la misma que la de entonces; es más, puede afirmarse incluso que ambas son opuestas, pero realmente la una no es más que la imagen de la otra en negativo. Tanto hoy como entonces son dos los rasgos y principios fundamentales de la política exterior alemana: un

imperialismo que pretende suspender los límites entre lo propio y lo ajeno y que trata de imponer a los demás una intimidad y una mezcla que no desean, ya sea desde arriba o desde abajo, mediante la conquista o el sometimiento, mediante la insinuación o la integración y, al mismo tiempo, una ideologización exagerada y contraria a la realidad de las relaciones de política exterior que infla el conflicto de intereses y poderes más normal y prosaico hasta convertirlo en una especie de guerra de religiones falsa y emperifollada. Ambos son pecados capitales: pecados contra otros, pero mortales para el propio pecador.

No obstante, el séptimo y último pecado que tanto entonces como hoy hace posible los seis restantes fue y es la cobardía alemana frente al ejercicio de la razón.

Esto no significa que antes de la Primera Guerra Mundial y en su transcurso no hubiese en Alemania ni una sola mente racional (tal y como podría casi creerse a tenor del puro devenir de los acontecimientos). La razón estuvo incluso presente en el círculo más estrecho de la aristocracia dominante: por ejemplo dos embajadores, el príncipe Lichnowsky y el conde Bernstorff, predicaron desde Londres y Washington el ejercicio de la cordura mientras les fue posible. El primero incluso volvió a intentarlo más adelante a título particular desde Alemania y fue criticado y perseguido por traición a la patria. Entre la pequeña y la gran burguesía hubo visos de comportamiento racional; hombres como Ballin y Solf, Rathenau y Erzberger fueron un vivo reflejo de lucidez patriótica entre periodos de sombra igualmente patriótica (por lo que los dos últimos terminarían pagando con su vida). También había un gran fondo de cordura y sensatez entre la clase obrera alemana, la cual en el transcurso de la guerra se

hacía notar, una y otra vez, de forma más o menos articulada: la gran huelga espontánea que tuvo lugar en enero de 1918 contra el Tratado de Brest-Litovsk es el hecho político más racional y honroso de todo lo acontecido en Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Finalmente hubo todo un partido político de envergadura que, a tenor de una larga y honorable historia que había comenzado en 1871 con el rechazo a la anexión de Alsacia y Lorena, casi estaba obligado bajo juramento a ejercer la cordura y la moderación: la socialdemocracia alemana. Era el partido más fuerte y la guerra aumentó su poder en el ámbito nacional. Ni la guerra ni la política bélica eran posibles a la larga sin su apoyo. Si se lo hubiese propuesto seriamente, la socialdemocracia habría evitado mucho, casi todo aquello por lo que Alemania fracasó en la Primera Guerra Mundial, pero este partido no evitó nada. Tuvo miedo de parecer antipatriótico si aplicaba la cordura.

El hecho de que en agosto de 1914 el SPD fuese barrido por una ola de pánico mezclado con entusiasmo resulta perdonable. Incluso de no haber sido así se podría justificar que, una vez la guerra se hubo vuelto inevitable, el SPD participase en la gestión del conflicto autorizando la concesión de créditos bélicos. Lo que en modo alguno resulta justificable es la forma en la que después se desentendió del conflicto. Es cierto que, ocasionalmente, el SPD manifestó sus reservas frente a los tremendos excesos de la política de objetivos bélicos, pero fue demasiado vacilante. Una y otra vez estuvo más que dispuesto a ser despachado con ambigüedades y nada dispuesto a luchar, a conseguir algo, en definitiva, a ejercer una política en cierto modo realista. Cualquier cuestión seria amenazaba con dividir al partido y la mayoría

jamás tuvo valor para protestar. La socialdemocracia ni siquiera hizo frente común contra la guerra submarina a pesar de que en ese caso habría contado con el apoyo del canciller. No se animó a participar en la «resolución de paz» de 1917, que llegó un año tarde, hasta que otras fuerzas de la izquierda burguesa, y en especial el diputado centrista Erzberger, hubieron tomado la iniciativa. Medio año más tarde, cuando llegó el Tratado de Brest-Litovsk, la cosa no dio para más que una triste abstención. Durante todo el verano fatídico de 1918 no se vio ni se oyó nada del SPD. En octubre y noviembre se presentó de repente como la gran víctima, abandonada con un poder que ya no significaba nada y una derrota que nadie podía explicar; un año más tarde sus miembros ya eran tachados de traidores, «criminales de noviembre» y apuñaladores del «frente victorioso». La historia de la sinrazón del Imperio alemán durante la Primera Guerra Mundial es terrible, pero en cierto modo extraordinaria. La historia de la razón, en gran medida la historia del SPD, es penosa. La sinrazón se atrevió a todo; la razón, a nada. La sinrazón cantó arias, la razón tartamudeó. La sinrazón celebró triunfos, la razón fracasó. A lo largo de toda la guerra la sinrazón y la valentía fueron de la mano. La razón se alió desde el principio con la cobardía. Nada ha cambiado desde entonces.

Desde la Primera Guerra Mundial la cordura política lleva aparejada en Alemania toda una tradición de cobardes. Es más, desde el final del conflicto el SPD, aún hoy representante principal de la cordura política, sufre el trauma de la legendaria puñalada por la espalda. Nunca jamás volverá a pasarle lo que le ocurrió en noviembre de 1918 (desde entonces ésta es prácticamente la única decisión política que

han tomado). Nunca más se verá obligado a recoger los platos rotos de otros. Nunca más quiere ser acusado de haber deseado que ocurriese aquello que no pudo más que prever desde su impotencia y que, por falta de fuerzas y de valor, no supo evitar.

La relación de este fenómeno no sólo con la Primera Guerra Mundial, sino con el presente es tan obvia que no merece mayor explicación. También es demasiado dolorosa. La tragedia alemana que comenzó entonces continúa hoy. La arrogancia de la sinrazón y la cobardía de la razón no sólo han desdeñado a las víctimas de dos guerras mundiales, sino también la enseñanza impartida por dos derrotas.

EPÍLOGO (1981)

Este libro se escribió hace 17 años. El motivo externo fue el 50.° aniversario del estallido de la Primera Guerra Mundial. La razón interna fue la angustiosa sensación de que la República Federal de Alemania estaba cometiendo de otro modo los errores que en su día cometiera el Imperio alemán. Esto me dio la idea no sólo de explicar dichos errores de la manera más clara posible mediante un análisis de la Primera Guerra Mundial conciso y no tan lejano en el tiempo, sino también de apuntar en el prólogo que Alemania no había aprendido la lección y de trazar, en un epílogo más largo a modo de urgente advertencia, los paralelismos existentes entre la política de la República Federal y del Imperio alemán antes y en el transcurso de la Primera Guerra Mundial.

Estos paralelismos hoy ya no existen. Cuando en 1981 volví a leer ese pequeño libro, agotado hacía tiempo, teniendo en mente la reedición que me habían encargado, llegué a la extraña conclusión de que los siete capítulos relativos a la Primera Guerra Mundial no habían sido desacreditados ni superados por nada de lo publicado hasta el momento, pero el epílogo estaba anticuado. En 1964 era válido, en 1981 ya no lo es. Así, surgió la pregunta de si debía eliminarlo o reescribirlo. Tras una larga reflexión he decidido dejarlo como estaba, tal y como fue escrito en su momento (en cierto modo como documento histórico y recordatorio de la época en la

que surgió, en realidad no tan lejana), y he preferido explicar en un segundo epílogo lo que ha cambiado desde entonces, que no es poco.

A aquella etapa le separa de la actual un cambio generacional, un cambio de época en la historia alemana y un cambio en el pensamiento político de los alemanes, casi podría hablarse de un cambio del carácter político colectivo del pueblo alemán que tal vez no haya finalizado, pero que ya no tiene vuelta atrás.

Hablemos del cambio generacional. En los últimos 20 años la generación que vivió la Primera Guerra Mundial ha ido desapareciendo poco a poco. Los escasos supervivientes que participaron en la Gran Guerra como jóvenes soldados sobrepasan hoy los 80 años. No obstante, la retirada de esta generación del escenario de la Historia tiene una importancia insólita en tanto en cuanto dicha generación experimentó un nuevo auge tras la Segunda Guerra Mundial. El gran hombre que dirigió y determinó el carácter de la República Federal de Alemania durante sus 14 primeros años de vida, Konrad Adenauer, vivió y en cierto modo participó de la Primera Guerra Mundial rebasados los cuarenta, edad a la que ocupó altos puestos como alcalde y miembro del Parlamento prusiano. Y si bien Adenauer fue un caso extremo, no fue ninguna excepción. A grandes rasgos puede afirmarse que durante sus primeros 20 años de vida la República Federal de Alemania volvió a mirar a la generación anterior, la generación cuya experiencia vital más decisiva había sido la Primera Guerra Mundial, y lo hizo por obligación, pues la generación que realmente habría tenido que tomar las riendas en los años cincuenta y sesenta estaba muerta, desacreditada o profundamente trastornada y abatida. Los viejos tuvieron que

regresar.

Aquello tuvo sus consecuencias, pues los viejos traen consigo sus viejas ideas. También tienen una inclinación natural a ver la época de su juventud, en este caso la de la Primera Guerra Mundial, bajo una luz radiante y, de forma consciente o inconsciente, aspiran a volver a ella. Tal cosa resultaba mucho más fácil en tanto en cuanto en este caso se trataba de una época realmente «grandiosa», si bien terrible y trágica al mismo tiempo.

A esto se suma el hecho de que la relación establecida por los alemanes con ambas guerras mundiales, cuyo centro habían ocupado, también *a posteriori*, era totalmente distinta. En cuanto a la Segunda, una vez concluida, los alemanes habrían preferido borrarla de su historia y de su vida. La Primera sin embargo la defendían y, en realidad, estaban orgullosos del heroico papel desempeñado. Lo cierto es que también había diferencias objetivas y subjetivas entre ambos conflictos: desde el punto de vista objetivo la Primera Guerra Mundial se había librado entre potencias con la misma disposición y voluntad bélicas, no como la Segunda, que fue impuesta por Alemania a un mundo muy deseoso de que le dejaran en paz y que, sólo por alcanzarla, había hecho incluso las mayores concesiones a Alemania en los años anteriores al conflicto; además, la Primera Guerra Mundial no estuvo manchada con crímenes tan terribles como la Segunda. Desde el punto de vista subjetivo, los alemanes habían marchado a la Primera Guerra Mundial con un entusiasmo unánime, mientras que la Segunda a muchos de ellos siempre les generó cierta inquietud. Además, en la Primera Guerra Mundial, a diferencia de la Segunda, la derrota al fin y al cabo no se tuvo que sufrir hasta sus últimas consecuencias.

A raíz de todo esto, en los años cincuenta y aún a principios de los sesenta, los alemanes huyeron del recuerdo de la Segunda Guerra Mundial, que trataban de reprimir por todos los medios, y en cierto modo se refugiaron en el recuerdo de la Primera, que aún les merecía respeto. Y sucedió además que permanecieron fieles a la actitud fundamental que les había conducido a la Primera Guerra Mundial (y también a la derrota): la actitud de un pueblo insatisfecho y avaricioso que no tenía suficiente con lo que ya poseía, que inquietó al resto del mundo y se marcó objetivos sólo alcanzables por la vía bélica. Antes de 1914 el objetivo se llamó «hegemonía mundial»; después de 1945 el nombre fue ya menos pretencioso: «restitución de las fronteras alemanas de 1937». Sin embargo, este objetivo menos ambicioso y tristemente fallido en la Segunda Guerra Mundial tampoco podría haberse logrado en los años cincuenta y sesenta a no ser mediante una Tercera Guerra Mundial. Y si bien el objetivo se había vuelto por fuerza más modesto, el lenguaje con el que se proclamaba no lo era en absoluto.

Un ejemplo: en 1956 el entonces primer ministro francés fue uno de los primeros en criticar la política de la Guerra Fría y calificar de prioritarias las negociaciones por el desarme. El gobierno de la República Federal de Alemania contestó con la siguiente declaración: «Ningún gobierno alemán estará dispuesto a debatir seriamente cualquier propuesta de distensión basada en el reconocimiento siquiera provisional o en la aceptación tácita de la división de Alemania. La solidaridad con el mundo libre corre peligro de tambalearse si deja de estar fundamentada en el reconocimiento de la libertad de los hombres y de los pueblos».

Así de contundente y casi amenazante era el lenguaje con el que la República Federal de Alemania se dirigía incluso a sus aliados en los años cincuenta. En las palabras de Adenauer y Brentano resonaba entonces el vivo eco de las trompetas que en su día caracterizaron el discurso de Guillermo II y de Bülow, pues la que hablaba era todavía (o de nuevo) la generación de la Primera Guerra Mundial. Este tono resulta hoy ajeno y distante, como de otra época. Y es que entre la Alemania de Adenauer y la de los años ochenta no sólo se ha producido un cambio generacional, sino también un cambio de época del que hablaré a continuación.

Por lo general, la época de la historia alemana que ha finalizado y que dejamos atrás se fija entre 1871 (o 1866) y 1945 (o 1949). Por supuesto son muchos los argumentos que avalan esta definición. En el periodo comprendido entre 1866 y 1949, o en todo caso entre 1871 y 1945, Alemania fue una unidad (si bien de fronteras cambiantes, más amplias o más reducidas); ahora bien, tanto si partimos de la pequeña Alemania de Bismarck como de la gran Alemania de Hitler, desde entonces Alemania siempre se ha compuesto de dos o tres Estados. Lo cierto es que en el mayor de estos Estados, la República Federal, vive más del doble de personas que en los otros dos juntos y más del triple de las que viven en la RDA, el único Estado que ha compartido con la República Federal todo el periodo histórico de unificación imperial. La República Federal de Alemania es hoy, además, el único Estado sucesor del Imperio alemán que no ha roto de forma radical con la historia imperial, es más, a excepción de Hitler se considera continuadora y garante de su tradición, razón por la cual lleva mucho tiempo defendiendo su «derecho de representación único» de todos los alemanes del imperio

bismarckiano. Aún hoy, a pesar del reconocimiento de la RDA, la República Federal finge la existencia de una nacionalidad supraalemana, lo cual deja prácticamente a los ciudadanos de la RDA una opción siempre abierta para asumir dicha nacionalidad, siendo éste uno de los puntos de desacuerdo entre la República Federal y la RDA aún no resuelto. En este sentido cabe dudar de que para la República Federal de Alemania se produjese realmente un cambio en 1945 ó 1949.

Desde el punto de vista subjetivo, tal cosa no ocurrió. Subjetivamente, partiendo de la propia definición y de los objetivos políticos, bien es cierto que la República Federal de Alemania desechó los doce años de Hitler como camino equivocado y se desmarcó de su tradición, pero sí que volvió a entroncar con la época del Imperio alemán y de la República de Weimar de una forma en principio consciente, tanto en los buenos como en los malos momentos. Cuando fue fundada, la República Federal se consideró lo que quedaba o lo que había sido restaurado de aquel Imperio alemán anterior a Hitler; aún se identificaba con él y, como si fuese lo más natural del mundo, se marcó el objetivo de convertirse en la realidad, al igual que en su imaginación, en el «Imperio alemán con las fronteras de 1937», sin preocuparse por el hecho de que el camino hasta alcanzar ese objetivo, tal y como estaban las cosas en la política internacional, no podía conducir más que a una Tercera Guerra Mundial.

La República Federal no renunció oficialmente a este objetivo hasta los años 1970 y 1971 con la firma de los llamados Tratados del Este, es decir, los firmados con la Unión Soviética, Polonia y la RDA que establecían las fronteras existentes como inviolables y que fueron complementados por el Acuerdo Cuatripartito sobre Berlín

de 1971 y ratificados a escala internacional por el Acta final de la Conferencia de Helsinki firmada en 1975. Si la República Federal se considera una prolongación de la historia alemana de los últimos 100 años, es en este punto, 1970-1975 y no 1945-1949, donde se sitúa el auténtico cambio de época en el que un capítulo de la historia termina y otro nuevo comienza.

Y viceversa, el capítulo de la historia alemana que culminó en 1970-1971 no empezó en 1871 con la fundación del Imperio, sino ya en 1897 con la retirada de Bismarck y el avance del Imperio alemán hacia la «política mundial» que en ese primer año se tradujo en el primer gran programa de construcción naval, el nombramiento de Tirpitz como secretario de Estado de la Marina y de Bülow como secretario de Estado de Exteriores y cuyo lema encierran las palabras pronunciadas por Max Weber dos años antes:

«La unificación fue una travesura que la nación cometió hace mucho tiempo y de la que debería haber prescindido si no deseaba que se convirtiese en el punto de partida de una política hegemónica mundial».

Así, frente al periodo histórico de 1871 a 1945 que, en cierto modo, se desprende de la geografía, bien puede establecerse, tal vez con mayor legitimidad, otro que comprende de 1897 a 1971 basado en el concepto que la política alemana tenía de sí misma y en el papel que desempeñó Alemania en la política internacional. En su época y aún durante los primeros años después de Bismarck, la Alemania unificada fue y quiso ser un reducto de paz. La Alemania dividida desde 1971 está al menos de acuerdo en que ya no debe dar pie a ninguna otra guerra. Por el contrario, la Alemania del periodo comprendido entre 1897 y 1971 fue

el punto de partida y centro de dos guerras mundiales y, todavía un cuarto de siglo después del final de la Segunda, amenazó con convertirse en el punto de partida y centro de una tercera guerra.

Dicho de otro modo: el Imperio alemán de la época de Bismarck se proclamó como Estado «satisfecho» y se comportó como tal. No exigió nada que no poseyese y contempló y trató el mantenimiento de la paz europea como un interés prioritario. Eso mismo vuelven a hacer hoy, si bien a regañadientes, la República Federal de Alemania y la RDA (por no hablar de Austria), pero éstas no llevan haciéndolo más que diez años. Antes la RDA exigía como mínimo el control sobre Berlín; la República Federal, como mínimo el control sobre la RDA y, al menos verbalmente, también sobre las antiguas provincias de Prusia oriental colonizadas por polacos desde finales de los años cuarenta. Puede que los alemanes no tuviesen nada claro que con estas exigencias estaban pidiendo implícitamente una nueva guerra, es más, una nueva guerra mundial, pues era evidente que por sí solos no podían satisfacer sus demandas. Otros (los rusos o los estadounidenses) deberían haberlo hecho. Ahí reside lógicamente la diferencia entre la política alemana de los años cincuenta y sesenta y la del Imperio alemán en la Primera y la Segunda Guerras Mundiales: los alemanes de entonces se creyeron capaces de imponer por su propia fuerza todos sus objetivos «contra un mundo lleno de enemigos». No obstante, en lo que respecta a su actitud básica y sus objetivos, en un principio los alemanes divididos sí que continuaron siendo fieles herederos de los alemanes unidos del periodo de las guerras mundiales: estaban insatisfechos con lo que eran y tenían, obsesionados con algo que no eran y no tenían y

dispuestos a toda costa a poner en juego todo lo que eran y tenían a cambio de lo que querían ser y tener.

Visto desde hoy y por muchas diferencias externas que haya, la tendencia interna y la actitud política de los alemanes y, en especial, de los alemanes de la República Federal durante los años transcurridos entre 1949 y 1970-1971 se asemejan más a una repetición de la política bélica y de gran potencia practicada por la Alemania de la primera mitad de siglo que a la implantación de una política de paz a la que los alemanes divididos de hoy se sienten tan obligados. Lo que escribí en 1961 era cierto entonces: la República Federal de Alemania «no ha sido menos fiel a los pecados capitales cometidos por el Imperio alemán en 1914 de lo que lo fuera Hitler. No obstante, habrá que conceder que, a diferencia de éste, no los ha exagerado a posta. La política de Hitler fue una simplificación insoportable de la política equivocada del Imperio alemán; la de Adenauer, más bien un refinamiento de la misma, pero, en el fondo, ambas son iguales», es decir, una política por la cual Alemania «dejó de sentirse un Estado satisfecho sin motivo aparente».

Llegados a este punto presumo cierta objeción que prefiero abordar someramente. Se refiere a la expresión «sin motivo aparente». En efecto, escucho la voz interior de algún lector que afirma que el Imperio alemán actuó en verdad «sin motivo aparente», llevado más bien por un exceso de valentía y fuerza cuando, alrededor del cambio de siglo, decidió mostrarse insatisfecho con los logros de Bismarck y conquistar la hegemonía mundial; pero si tenía todo lo que necesitaba, era el Estado que unía a todos los alemanes. Sin embargo, la República Federal vive con el estado de emergencia nacional de la división alemana y tiene, por tanto,

todos los motivos para estar insatisfecha con lo que posee y representa y para aspirar nuevamente a alcanzar la unidad nacional perdida, aunque sea por la vía de una política de riesgos y de fuerza a la antigua usanza. Seguro que aún hoy éste es el argumento de algunos alemanes; hace 20 años aún eran la mayoría pero ¿significa esto que tengan razón?

No hay que olvidar una cosa: tampoco el Imperio de 1871 fue en modo alguno el Estado unido de todos los alemanes. Al igual que la de la República Federal, que al fin y al cabo reunificó las tres zonas de ocupación occidental, la fundación del imperio bismarckiano tampoco fue más que una unificación parcial, más bien fue, por así decirlo, una división alemana: los millones de alemanes que habitaban Austria, Bohemia y Moravia, Transilvania, el Banato y el Báltico quedaron excluidos de Alemania, es más, en parte *fueron* excluidos por la fundación del Imperio y no antes, cosa que generó gran descontento entre muchos de ellos. Sin embargo, Bismarck siempre mantuvo a raya estas aspiraciones lógicas de formar una «gran Alemania», en verdad comparables a las actuales aspiraciones de formar «una sola Alemania» bajo el punto de vista de la dinámica que les es inherente. Para Bismarck fue más importante la seguridad de «su» pequeño Imperio alemán, al fin y al cabo dividido, que el afán de perfeccionismo nacional, y aquélla sólo se podía conseguir evitando exigencias y amenazas. Y aunque pueda resultar muy duro, una cosa es cierta: el Imperio alemán de 1871 «no necesitaba» a los millones de alemanes que se quedaron fuera. Prosperó y se consolidó sin ellos. Otra verdad igual de implacable: tampoco la República Federal «necesita» a los alemanes de la RDA.

También ella prospera y se consolida sin necesidad de una

unidad nacional mejor que ningún otro Estado anterior; lo mismo que los alemanes de la RDA quienes, a partir de una situación mucho peor, en los últimos 30 años se han labrado una existencia respetable prescindiendo de los alemanes de la República Federal. Es cierto que sería hermoso ver cómo los alemanes de uno y otro lado vuelven a vivir bajo un mismo techo, pero tal cosa no merece una guerra, y la dualidad de Estados alemanes no tiene por qué resultar insoportable a menos que sean los propios alemanes los que, al igual que hicieron innecesariamente entre 1949 y 1971, presa de su obstinación, así lo quieran. Hablar de un «estado de emergencia nacional» es exagerado.

En este contexto se impone otra reflexión suscitada recientemente en el debate internacional por el exhaustivo estudio de Andreas Hillgruber titulado «La gran potencia fracasada» y por los escritos del norteamericano David P. Calleo y los británicos David Blackbourn y Geoff Eley. Lo que llevó al Imperio alemán de Bismarck a desechar su política de paz cautelosa y defensiva tras la retirada de su creador y convertirse en el foco más importante de inquietud internacional gracias a su «política mundial» no fue en absoluto su falta de unidad nacional. Como ya he mencionado, Alemania no necesitaba a los que se habían quedado fuera. Lo que sí creyó necesitar fue una ruptura y salida de aquella estrechez en la que consideraba encontrarse, cercada por cuatro grandes potencias europeas, todas ellas enemigos potenciales. «El Imperio alemán nació cercado», escribe Caello, y algo tiene de cierto. El sufrimiento insomne de Bismarck bajo «la pesadilla de las coaliciones» es bien conocido. Sus sucesores creyeron no ser capaces de seguir aguantando semejante padecimiento y sí ser capaces de tener

la fuerza necesaria para desprenderse de él de forma violenta; ahí radica el origen de las dos guerras mundiales.

Sin embargo, la República Federal de Alemania ha estado objetivamente exenta de esta pesadilla desde el principio; en este sentido los alemanes de la pequeña República Federal de Adenauer están incluso mejor que sus antepasados del gran Imperio alemán de Bismarck. La República Federal ya no tiene enemigos potenciales en Occidente. Más bien al contrario, los vecinos occidentales son sus fundadores y desde que la República Federal existe vive en coalición con Europa occidental y en una alianza atlántica en las que se vive muy bien gracias al apoyo de potencias amigas. El logro histórico de Adenauer consiste en haberse dado temprana cuenta de esta oportunidad y haber enfocado toda su política hacia ella a costa de la unidad nacional que tuvo que sacrificar a cambio.

Lo que desmerece este logro es que Adenauer nunca admitió ante sus compatriotas haber sacrificado la unidad nacional. Nunca sabremos si él, en su fuero interno, tuvo claro que así fue. Al menos de cara a los alemanes prometió que aquella renuncia a la unidad nacional, que en realidad significaba la integración de la República Federal en Occidente y era el precio de una nueva seguridad, implicaría justamente la restitución de la unidad nacional y, además, la recuperación de las regiones orientales; eso sin tener en cuenta que a las potencias occidentales no les interesaba ni una guerra ni la restitución del Imperio alemán. Lo dicho, nunca sabremos si Adenauer hablaba desde lo más profundo de su alma, al fin y al cabo el alma de un patriota alemán de la Primera Guerra Mundial, pero lo cierto es que así, en los años cincuenta, les regaló los oídos a la mayoría de sus compatriotas, a excepción de una minoría que entonces habría

estado dispuesta a renunciar a una integración occidental en favor de la unidad nacional. Paradójicamente fue justo esta minoría la que, tres años después del fallecimiento de Adenauer, reconoció sus logros y logró así culminar su política. Con esto llego al tercer y posiblemente más importante proceso que ha tenido lugar en Alemania en los últimos 20 años: tras el cambio generacional y el cambio extrapolítico de periodo histórico de los años 1970-1971 se produjo un cambio en la mentalidad política alemana que comenzó en los años sesenta y aún continúa hoy. Es evidente que sobre semejantes procesos de conciencia colectiva sólo se puede hablar con la máxima cautela. Éstos se desarrollan sin dramatismo pero no de forma articulada, rara vez pueden asociarse a un solo acontecimiento y, en la mayoría de los casos, no se detectan hasta que están muy avanzados. Asimismo es difícil demostrarlos. No obstante, si las eternas quejas y acusaciones de «revanchismo y militarismo» federal proferidas desde el Este en los años cincuenta y sesenta al fin y al cabo han enmudecido casi por completo y, en su lugar, surgen en el Oeste crecientes quejas (y acusaciones) de «pacifismo y neutralidad» de los alemanes federales, será que algo ha cambiado en Alemania de un modo bastante radical.

Esto no quiere decir que todo el pueblo haya dado media vuelta al unísono en formación militar. Estos cambios no se producen así, pero lo cierto es que determinadas actitudes básicas que durante mucho tiempo se consideraron obvias se han vuelto controvertidas, que las opiniones minoritarias se han hecho mayoritarias, que las esperanzas se han transformado en temores y viceversa y que incluso aquellos que han permanecido fieles a sí mismos se sorprenden de repente practicando una política distinta a la anterior.

El mejor ejemplo de este proceso es el que acabo de mencionar y que aún no ha sido lo suficientemente analizado: el paso de los adversarios de Adenauer de la política de reunificación de los años cincuenta a la política de reconocimiento de los setenta. Es obvio que han dado media vuelta, pero ellos no son conscientes de tal cosa y en su actitud se detecta de hecho también una constante, incluso de doble vertiente: tanto en aquel momento como más adelante quisieron practicar una política de paz, y tanto en aquel momento como más adelante quisieron mantener la mayor comunidad nacional posible, bien mediante la reunificación mientras ésta se antojase factible por la vía pacífica (entre 1952 y 1955, hubo de hecho una propuesta soviética), bien mediante el reconocimiento mutuo y el acercamiento vecinal entre ambos Estados alemanes una vez que la reunificación por la vía de Adenauer resultó inalcanzable. Esto fue lo que ocurrió en la crisis de Berlín sucedida entre 1958 y 1962, y estos años críticos, vistos en perspectiva, deben considerarse hoy el detonante de un cambio en la forma de pensar alemana aún en curso.

Para los alemanes la crisis de Berlín comenzó con una conmoción, siguió con una decepción y condujo a un cambio en la forma de pensar tras procesar dicha decepción.

La conmoción consistió en que fueron los rusos y no las potencias occidentales quienes acometieron la ofensiva alemana en 1958. Adenauer siempre les prometió a los alemanes que, una vez la República Federal estuviese rearmada e integrada, Occidente podría «hablar racionalmente» con los rusos desde una posición de fuerza sobre la reunificación alemana y un posible tratado de paz con la Alemania reunificada.

Pero en lugar de eso fueron los rusos los que de pronto se sintieron en una posición de fuerza a partir de la cual se creyeron capaces de imponer exigencias a las potencias occidentales, exigencias que, en forma del ultimátum de Jruschov en noviembre de 1958, aspiraban a una retirada occidental de Berlín.

A esta conmoción le sucedió una decepción, una decepción ante la actitud de las potencias europeas en verdad poco dura y firme, sino más bien confusa y molesta, empeñada en buscar desde el principio el consenso que, finalmente, tras años de jugadas de póquer diplomático, condujo a solucionar el conflicto con la construcción del muro. Los aliados occidentales acogieron esta solución con alivio, puesto que al fin y al cabo significaba la renuncia de los rusos a su exigencia original de que las potencias occidentales se retirasen de Berlín. En Alemania, por el contrario, esta decisión se consideró una derrota vergonzosa y una profunda decepción, pues para los alemanes no sólo significaba el fin del pasillo de salida llamado Berlín, sino también el retorno implícito de la coalición occidental a una política alemana puramente defensiva; es más, a la aceptación definitiva de la legitimación de una Alemania dividida, y ahora también de un Berlín dividido. Hoy casi se ha olvidado que en los últimos años de gobierno de Adenauer y de Kennedy las relaciones germano-estadounidenses estaban tan profundamente debilitadas como hoy, solo que en sentido contrario: entonces fueron los alemanes los que se sintieron abandonados con sus intereses desprotegidos y los estadounidenses los que consideraron prioritarias la paz y la distensión. Los alemanes habían apostado por la Guerra Fría; los estadounidenses de pronto no quisieron saber nada al respecto. Entonces los alemanes

reprocharon tácitamente a los norteamericanos que no hubiesen estado dispuestos a arriesgar los intereses comunes, pero sobre todo alemanes, a cambio de una guerra. Hoy ocurre lo contrario. A los ojos de los alemanes los estadounidenses se convirtieron entonces en «pacifistas y neutrales», hoy sucede al revés.

Resulta muy irónico que ese cambio de actitud alemán que hoy tanto se lamenta en Estados Unidos se haya producido a raíz de la posterior comprensión paulatina, por parte de los alemanes, de la actitud estadounidense durante la crisis de Berlín. Primero hubo mucha rabia contenida y lamentos en voz alta por el «muro de la vergüenza». Después, poco a poco, surgió una pregunta: «¿Qué podían haber hecho si no los norteamericanos?». Si el conflicto se hubiese agudizado al máximo, se habrían visto fácilmente obligados a lanzar el primer disparo (las posibilidades de bloqueo de los rusos no eran sangrientas) y no habrían podido defender Berlín sin recurrir a una escalada nuclear o al menos amenazar con ella. La reflexión sobre la crisis de Berlín y un posible desarrollo alternativo de la misma hizo que muchos alemanes fuesen por primera vez conscientes de lo que habría supuesto en realidad (o de lo que supondría) una guerra nuclear sobre suelo alemán; poco a poco generó la sensación de «nos hemos vuelto a librar» y la decepción fue convirtiéndose en alivio, de modo que, dos años después de la construcción del muro, Kennedy fue ovacionado en Berlín mientras que su acompañante, Adenauer, pasó inadvertido como el hombre que había prometido demasiado.

Como es sabido, el levantamiento del muro de Berlín fue el principio del fin de la época de Adenauer. Entonces comenzó el desplazamiento hacia la izquierda de la política federal

alemana, movimiento que continuó a lo largo de toda la década de los sesenta hasta que se produjo el relevo en el gobierno de 1969, el cual permitió a su vez el cambio de época de 1970-1971 en materia de política exterior. Sin embargo, sería superficial reducir el cambio de actitud que empezó a producirse entonces en Alemania al ámbito de los partidos políticos. En el momento en que escribo estas líneas también parece inminente un relevo de poder en dicho ámbito. Sin embargo, es importante señalar que, en esta ocasión, el relevo político no supondría ningún cambio esencial en la nueva actitud básica de la República Federal.

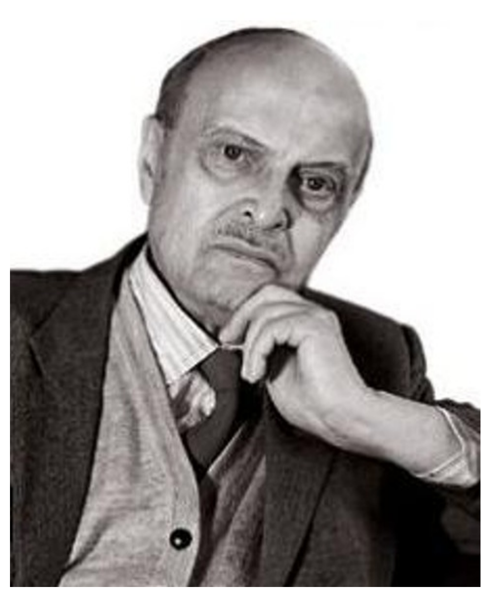
Tampoco hoy un gobierno de la Unión democristiana (CDU) volvería a la situación anterior a los Tratados del Este de 1970-1971, tampoco exigiría ya la reunificación alemana como condición previa a la distensión y tampoco pondría en práctica una política que contemplase tácitamente el riesgo de una guerra. La política exterior de un gobierno Kohl-Genscher ya no se diferenciaría en gran cosa de la de un gobierno Schmidt-Genscher, es más, tendría mucho más en común con ella que con las de los gobiernos de Adenauer y Erhard. Así, todo el espectro político alemán se ha desplazado hacia la izquierda y lo más interesante es que la oposición no está situada a la derecha, sino incluso más a la izquierda. Se trata de un cambio sorprendente. Hasta entrados los años sesenta la actitud básica de los alemanes fue revisionista y se extendió a todos los partidos. Hoy ha dejado de serlo. Hoy vuelve a imperar una tremenda necesidad de paz que se extiende de nuevo a todos los partidos, es más, se trata de cierto apocamiento ante la paz. Una declaración como la anteriormente citada del año 1956, en la que el entonces gobierno federal rechazaba cualquier tipo de distensión que

no llevase aparejada la reunificación alemana, sería hoy impensable para cualquier gobierno federal. El miedo generalizado de entonces obedecía a la posibilidad de que las potencias occidentales y orientales llegasen a un acuerdo sobre la base del *statu quo* alemán, tal y como después ocurrió. Hoy el temor responde a la posibilidad de que, a pesar de ese acuerdo alcanzado sobre Alemania, las potencias puedan volver a enemistarse por otras cuestiones hasta llegar a un enfrentamiento armado y que, en tal caso, arrastrasen a la República Federal hacia un conflicto en contra de su voluntad.

Tal cosa nada tiene que ver con la política de partidos. Se trata de un cambio de mentalidad nacional, comparable al que se ha producido en Suecia desde el siglo XVIII. En los siglos XVII y principios del XVIII, en la época de Gustavo Adolfo y Carlos XII, Suecia no fue una potencia menos beligerante ni ambiciosa de lo que lo fuera el Imperio alemán en la época de Guillermo II y de Hitler, pero desde entonces Suecia se ha convertido en el Estado pacífico por excelencia. A diferencia de Suecia, ni la República Federal ni la RDA se han vuelto Estados neutrales, pero la República Federal, al igual que Suecia, en los últimos 20 años ha comenzado a desligarse de esa época beligerante y ambiciosa de la historia alemana. La ruptura con la tradición está aún en marcha; es un proceso complejo y doloroso, no exento del riesgo de pasarse y acabar en un pacifismo utópico y de nuevo, aunque de otro modo, ajeno a la realidad. Una política de paz tampoco puede basarse sólo en la huida; es un arte difícil que requiere todo un aprendizaje.

Tal vez mi pequeño libro sobre la Primera Guerra Mundial, que ahora vuelve a editarse bajo este nuevo clima,

sea una humilde contribución a este proceso de cambio de actitud en forma de documento sobre sus orígenes. Para los historiadores alemanes los años sesenta, sobre todo su primera mitad, estuvieron regidos por una gran controversia en torno a la Primera Guerra Mundial famosa en los círculos especializados bajo el nombre de «polémica de Fischer»; la discusión fue suscitada por la extensa denuncia, profusamente documentada, de la política de objetivos bélicos seguida por Alemania en la Primera Guerra Mundial que hizo Fritz Fischer en su obra *Asalto al poder mundial*, a la que siguió otra denuncia igualmente grave de la política prebélica alemana titulada *Guerra de ilusiones*. Ambos libros calaron en el lenguaje político posterior y, si bien algunas de las tesis de Fischer siguen siendo polémicas, el resultado de la gran batalla entre intelectuales ha sido una opinión radicalmente distinta y mucho más distanciada sobre el papel que desempeñó el Imperio alemán antes y después de la Primera Guerra Mundial. A modo de resumen de esta controversia sirva la obra de Peter Graf Kielmannseggs *Alemania y la Primera Guerra Mundial*, publicada en 1968 y reeditada recientemente. Personalmente estoy orgulloso de que mi humilde intento, de corte más periodístico que historiográfico, de acercar los resultados de la polémica de Fischer, tal y como yo los vi entonces, a un público más amplio, cuatro años después se viese refrendado más que invalidado en sus ideas principales con la aparición de la gran obra de Kielmannseggs. Asimismo, me alegra mucho que el epílogo polémico y encendido que escribí en 1964 haya perdido vigencia gracias a la historia vivida desde entonces por la República Federal de Alemania, aunque este nuevo desarrollo traiga consigo nuevas preocupaciones.



SEBASTIAN HAFFNER (nombre verdadero: Raimund Pretzel, Berlín, 27 de diciembre de 1907 22 de enero de 1999), fue un periodista, escritor e historiador alemán.

Nació en una familia protestante y cursó estudios de Derecho en su ciudad natal. En 1938, debido a su malestar con el régimen nazi, emigra a Inglaterra junto a su novia judía donde trabaja como periodista para *The Observer*. Adoptó el seudónimo «Sebastian Haffner» para evitar que su familia en Alemania fuese víctima de represalias por su actividad como disidente del nazismo en el extranjero. El nombre *Haffner* lo tomó de la sinfonía del mismo nombre, compuesta por Wolfgang Amadeus Mozart.

En 1954, una vez acabada la II Guerra Mundial regresa a Alemania y colabora como columnista en varios periódicos de izquierdas.

Haffner fue un radical opositor de Hitler desde el exilio y uno de los más destacados escritores sobre la historia alemana del siglo XIX y XX.

Aunque su libro de memorias *Historia de un alemán* no se publicó hasta después de su muerte, Haffner lo había terminado en 1939.

Notas

[1] «Ceterum censeo Carthaginem esse delendam». (Además opino que Cartago debe ser destruida) es una famosa locución latina. La frase es atribuida a Catón el Viejo, que, según fuentes antiguas, la pronunciaba cada vez que finalizaba todos y cada uno de sus discursos en el Senado romano durante los últimos años de las Guerras Púnicas, alrededor del año 150 a. C.

Ninguna fuente antigua establece exactamente la forma en que pronunciaba realmente la frase, que se escribe en la actualidad de dos formas distintas: «Carthago delenda est». (Cartago debe ser destruida) o la más completa «Ceterum censeo Carthaginem esse delendam». (Además opino que Cartago debe ser destruida).

Esta expresión se utiliza para hablar de una idea fija que se persigue sin descanso hasta que es realizada. <<

[2] Helmuth Johann Ludwig von Moltke (* Gersdorf, 25 de mayo de 1848 — † Berlín, 18 de junio de 1916), también conocido como Moltke el Joven (Moltke der Jüngere), fue jefe del Estado Mayor alemán entre 1906 y 1914.

No debe ser confundido con Helmuth Karl Bernhard Graf von Moltke (* Parchim, 26 de octubre de 1800 - † Berlín, 24 de abril de 1891), conocido como Moltke el Viejo (Moltke der Ältere), que fue un Mariscal prusiano y jefe del Alto Estado Mayor durante las guerras de Prusia con Dinamarca,

Austria y Francia, que dieron lugar a la creación del Imperio Alemán. <<

[3] El Reichsgau Wartheland (inicialmente denominado Reichsgau Posen, y, en ocasiones, Warthegau) fue un distrito del Tercer Reich anexionado tras la invasión alemana de Polonia en 1939. Comprendía una extensa zona de Polonia, y sólo una pequeña parte de ella, concretamente la antigua provincia prusiana de Posen, había pertenecido a Alemania hasta la firma del Tratado de Versalles.

El nombre derivaba de la capital, Posen, y, posteriormente, de su principal río, el Warthe. <<

[4] Unidad monetaria de inferior valor al Marco. <<

ÍNDICE